XV CERTAMEN DE RELATOS

EL MUNDO ESFÉRICO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
ÉCIJA, 2018

Primera edición: mayo 2019

© de los relatos y de la presentación: los autores
Maquetación, diseño y edición: Juan Jesús Aguilar Osuna

Diseño de cubierta: *Líneas imaginarias*
© María del Valle Rodríguez Lucena

Edita: I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO — ÉCIJA

I.S.B.N.: 978-84-09-09802-6
Depósito Legal: SE-529-2019

(De izquierda a derecha, detrás:) Garoé Aguilar, Inmaculada García, Juan Pedro Gutiérrez, Juan Jesús Aguilar, Ernesto Tubía, Tomás Gutiérrez; (delante:) Aday Aguilar, Lucía Carmona, Ángel Gómez, Irene Bueno, Ángela de la Rosa, Celia Baena y Andrés Morales.

Ernesto Tubía, Andrés Morales, Juan Jesús Aguilar y Tomás Gutiérrez

PRESENTACIÓN
Líneas imaginarias

Recrea una línea imaginaria entre mi mano y tus ojos. Piensas que, en realidad, ese trazo no existe, que es tan solo una manera de hablar. Te equivocas. ¿Acaso no acabo de establecer una conexión entre tus pensamientos y los míos? Convéncete. Estamos sintonizados para que acontezca esa magia telepática sostenida por la escritura y su inseparable hermana, la lectura. Afinemos la frecuencia, tensemos el flujo de palabras que empezamos a compartir. Siente cómo las ondas de la invención nos acercan a un dominio muy especial. Sí, entre tú y yo estamos levantando un mundo de curiosa orografía, frágil como la tinta y el papel, poderoso como la invencibilidad de los sueños y las ideas.

Ya está. Hemos llegado.

Bienvenido, bienvenida al «Certamen de relatos *El Mundo Esférico*», un territorio construido con lo más sorprendente que tenemos los humanos, con eso que nos hace distintos a cualquier otra especie: la fuerza de nuestra imaginación. Si no, contempla la cubierta de este libro, ofrecida un año más por María del Valle Rodríguez.

Stonehenge ha sido desde el principio emblema de nuestro certamen, por todo lo que evoca como primitivo centro de un conocimiento ahora diluido en las marismas de la intuición. Imaginemos unas líneas que, nacidas de los inmensos trilitos, se alzaran hacia el firmamento. Su longitud dependería de la distancia a la que se hallasen esos astros con los que mantienen una relación inventada por el hombre hace milenios, olvidada ya.

Aquellos antiguos constructores diseñaron una interpretación de nuestro mundo engranándolo al entramado del universo, y nos la dejaron inscrita en esta magna construcción megalítica. Más tarde, Ptolomeo también pergeñó una historia en la que la Tierra hacía de centro de un sistema planetario. Copérnico, a su vez, compuso otra en la que Helios usurpaba ese lugar privilegiado, mientras las demás esferas orbitaban a su alrededor.

Cada una de estas historias explicó un mismo mundo en distintos momentos, y no son, ni mucho menos, las únicas. Existen infinitas líneas imaginarias que conectan toda construcción humana con aquello hacia lo que apuntan. Esas líneas se entrelazan para componer la secuencia de nuestro ADN cultural, base esencial y común a todas las historias que alguna vez se hayan contado. Dentro de ese dédalo de narraciones también se ubican los relatos de «El Mundo Esférico», los editados hasta ahora y los que están por llegar.

Somos el animal que traza líneas imaginarias entre la verdad de ahí fuera y nuestra manera de vivirla y entenderla en cada momento. Inventamos narrativas porque son un anclaje entre dos dimensiones que, de separarse, nos abismarían a un vacío existencial.

Mientras haya una historia con la que apuntalar el andamiaje de nuestra realidad, tendremos suelo firme y estaremos a salvo. De ahí que este libro, como tantos otros, esté fabricado con verdades de mentira que nos cuentan la verdad de cómo interpretamos el mundo.

Dentro de la modalidad internacional de adulto, encontrarás «Aromas de arena», obra de Andrés Morales Rotger (Tarragona), y «El más inútil de los marineros», de Ernesto Tubía Landeras (La Rioja). Tuvimos el placer de contar con ambos en la entrega de premios, velada en la que compartieron con nosotros su valiosa experiencia a la hora de abordar la escritura.

A continuación podrás leer «Rojo Amazona», obra protagonizada por uno de los tesoros que Écija conserva de cuando fuera Astigi, hace dos milenios. El relato especula sobre cómo llegó esta imponente escultura de una Amazona herida en tan perfecto estado hasta nuestros días. De nuevo, una verdad inventada.

En la modalidad de alumno, 1º y 2º E.S.O., encontrarás «El tiempo

se acabó», de Lucía Carmona Piña, y «Demencia de amor», de Ángel Gómez Rodríguez.

Las historias correspondientes al alumnado de 3º y 4º E.S.O. son «La condena de un alma triste», cuya autora es Irene Bueno Oterino, y «Esperanza», obra de Ángela del Rocío de la Rosa Ruiz.

Por último, en la modalidad de Bachillerato leerás «Demonio de la guarda», escrito por Celia Baena Mateo, y «Sueño en la ciudad», de Juan Pedro Gutiérrez Martín.

Si buscas el denominador común, el fundamento en que se sustentan las historias de nuestros escritores adultos y las ideadas por los más jóvenes, hallarás, qué duda cabe, una urdimbre de líneas imaginarias.

Líneas que hablan de una realidad creada por nosotros mismos.

Líneas que explican y justifican nuestras emociones, ese maremágnum de alegrías y sufrimientos, de experiencias vitales que nos hacen ser y sentir en el mundo.

Líneas que se refieren a otras líneas que se refieren a otras líneas que se refieren a otras líneas..., cada vez más desdibujadas, inapreciables, aunque sabemos que están ahí.

No pierdas de vista las líneas imaginarias entre las manos de nuestros escritores y tus ojos. Abre tu imaginación. Déjate arrastrar por una magia que solo nosotros, los seres humanos, hemos inventado y aprendido a practicar.

Tinta y papel... Sueños e ideas...

Estás en los dominios del «Certamen de relatos *El Mundos Esférico*». Ahora es tuyo el trabajo que queda por hacer.

Juan Jesús Aguilar Osuna

Agradecimientos

A los compañeros y amigos que me acompañaron en el jurado de esta XV edición: Inmaculada García, Miriam García, Carmen Barrios y Tomás Gutiérrez.

A la Asociación de Madres y Padres «Ronda de las Huertas» del I.E.S. Nicolás Copérnico. Cada año reconocen la trascendencia de esta aventura dentro de nuestra comunidad educativa y contribuyen a solventar los escollos económicos.

A María del Valle Rodríguez Lucena, que una vez más ha ideado la cubierta de este volumen. Gracias por ayudarnos a materializar visiones distintas de Stonehenge.

A Garoé Aguilar, por abrir y dar asiento a todos los sobres de relatos desde que existe la modalidad internacional de adulto.

A Aday Aguilar, que con sus temprano dominio del diseño gráfico y la informática ha contribuido a mejorar la cubierta de este libro y el cartel anunciador de las bases.

A Beatriz Flores, gracias por regalar las estancias de nuestros ganadores de la Modalidad Internacional en «La Casa en el Centro», su encantadora hospedería ecijana del s. XVIII.

A David Serrano, por regalarnos los diplomas que entregamos a nuestros ganadores y los marcapáginas que acompañan a este libro.

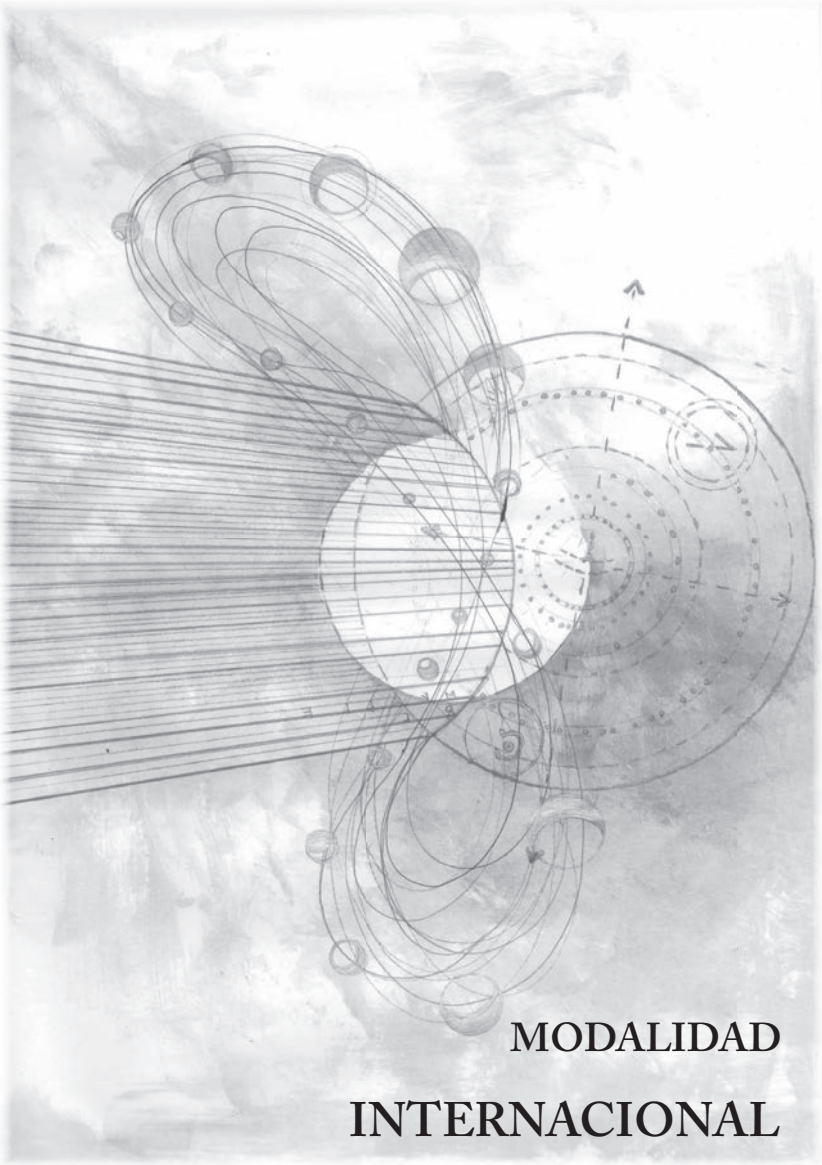
A Fernando Ramírez, por las vueltas que doy a su despacho con motivo de nuestro certamen.

A Mariló Olmo y Juana Gallardo, por la atención que tienen hacia *El Mundo Esférico*.

A Ramón de Soto, por acudir siempre a nuestros premios con su cámara.

A aquellos compañeros del I.E.S. Nicolás Copérnico y de otros centros que aprecian el esfuerzo y la dedicación con que sacamos adelante este certamen.

Y gracias, siempre gracias, a los alumnos y alumnas de nuestros institutos, así como a los escritores y escritoras de la Modalidad Internacional. Sin vosotros no existiría el «Certamen de relatos *El Mundo Esférico*».



MODALIDAD INTERNACIONAL

S.K.A. NICOLAS COPERNICO
Diploma

AROMAS DE ARENA

PRIMER PREMIO

Andrés Morales Rotger

Segur de Calafell (Tarragona)

Nace en Badalona, una ciudad costera en pleno cinturón industrial. Se licencia en Farmacia y posteriormente cursa la diplomatura de Óptica y de Administración de Empresa. Y así pasaba el tiempo, entre Farmacopeas y aridísimos tratados hasta que un buen día descubrió que existe otra literatura más allá del discurso científico y se puso a leer toda la prosa de ficción que caía en sus manos. Tanto que con el tiempo se transformó en un letraherido. Un hombre cuyas heridas no sanarán ya nunca y que precisa de las letras para aplacar esa dependencia de las palabras que lleva dentro. En la actualidad escribe a orillas del Mediterráneo, en Segur de Calafell (Tarragona).

Ha sido finalista en un gran número de certámenes, así como merecedor de los siguientes premios:

Segundo Premio XII Certamen de Relato «Villa de Pedraza» 2018 (Segovia).

Primer Premio III Certamen de Novela Corta «Castillo de Baños de la Encina» 2018 (Jaén).

Segundo premio XIV Certamen Igualdad de Género Aranda de Duero 2018 (Burgos).

Primer premio XXVI Certamen Literario «Pedro de Atarrabia» 2017, Villava (Navarra).

Primer premio XXXV Castillo de San Fernando 2017, Bolaños de Cva. (Ciudad Real).

Primer premio de Relato Corto Fernández Lema 2017, Luarca (Asturias).

Primer premio AEFLA (2016) Consejo General de Farmacéuticos 2017, Madrid.

Tercer premio XI Premio Orola de Vivencias 2017, Madrid

Primer premio XXII Certamen Literario Experiencia y Vida 2016 Mérida (Badajoz).

Primer premio XIX Certamen Igualdad de Oportunidades 2016 San Fernando (Cádiz).

Primer premio XXV Internacional Ateneo de Sanlúcar de Barrameda 2016 (Cádiz).

Primer premio III Concurso Ateneo de Relatos «Rafael Mir» 2015, Córdoba.

Primer premio XI Certamen Nacional Literario de Prosa y Verso 2015, Castellón.

Primer premio XVII Nacional de Cuentos Ciudad de Mula, 2014 (Murcia).

Accésit VIII Fuentes de la Edad, 2013, Valladolid

Segundo premio VI Concurso Relato Igualdad de Género, Aranda de Duero 2010 (Burgos).

Primer premio AEFLA Consejo General de Farmacéuticos 2009, Madrid.

Primer premio IX Certamen Letras de Baños, Baños de Montemayor, 2009 (Cáceres).

Primer premio XXXVII Certamen Internacional Guardo 2008 (Palencia).

Primer premio XI Semana Negra 1998 Ciudad de Gijón (Asturias).

Segundo premio AEFLA Consejo General de Farmacéuticos 1998, Madrid.

Primer premio AEFLA Consejo General de Farmacéuticos 1997, Madrid.

Un hallazgo. Eso es lo que significa un destello en la arena. En el campo arqueológico de Edfú cualquier resplandor preconiza la posibilidad de un hallazgo. Confundida con el sol dorado de la arena, Marie-France levanta el cofrecillo de alabastro con ambas manos. Es un estuche cuyo interior contiene varias placas con huecos para albergar perfume. No quiere ilusionarse, pero es probable que sí. Que hoy sea su día. Que haya rescatado del yacimiento un antiquísimo neceser egipcio de afeites.

Lo deposita frente a las rodillas con fervor religioso. Sentada en sus propios talones, ligeramente reclinada sobre el cofrecillo, desempolva la superficie con un pincel de cerdas finas. El sudor le pega el cabello a la cara. De alguna punta se suelta una gota y recorre treinta siglos para mojar el estuche. Marie-France se recoge el pelo bajo una gorra con visera y protección para la nuca. El rojo que le enciende a borrones los cabellos, sensual y violento, denota que la muchacha cuenta con ángeles o demonios entre sus antepasados. Y mucha suerte.

Porque nadie del equipo hubiera imaginado que tras la pared E del templo apareciera ningún hallazgo relevante. Ningún aparato electrónico de sondeo había detectado resto alguno en el sector N311-E46. Y sin embargo allí estaba, descansando sobre la arena frente a las rodillas repeladas de Marie-France. Ni ella misma daba crédito a su suerte. A la primera tentativa había desenterrado aquella extraordinaria colección de aromas. Y eso para una perfumista posee un valor incalculable. Porque antes que arqueóloga Marie-France es perfumista. Una prometedora perfumista.

—Voy a conseguirle el mejor perfume —se había comprometido Marie-France en París con el director gerente—. Un año en Egipto.

Es todo lo que le pido. Un año de trabajo en Edfú y una beca para incorporarme al equipo arqueológico del Dr. Seoane.

El gerente de la multinacional cosmética la escucha sin dejar de preguntarse si merecía la pena renunciar a aquella telaraña de cabellos rojos por la remota promesa de un perfume. Marie-France espera con las manos impacientes en los bolsillos de la bata y la vista puesta en la panoplia de diplomas que revestían la pared. Estaba segura de que el director aceptaría. Una buena perfumista puede olfatear la convicción de las personas. Y a poco de que el gerente descolgara el teléfono, Marie-France recibía en un sobre la reserva en clase ejecutiva para El Cairo y una previsión en metálico para los primeros gastos. Adjunto, un memorándum de Recursos Humanos la autorizaba a permanecer en el campo arqueológico de Edfú por un periodo no superior a nueve meses. Llegado el punto debería incorporarse al trabajo antes del 30 de marzo de 2016, lograra o no desenterrar ese misterioso perfume que andaba buscando.

Naveed Oboboyela, un nubio de piel alquitranada y grandes ojos negros, acaba de recubrir el alabastro con una resina reversible para proteger el cofre de posibles agresiones. Hombre acostumbrado al crepitante calor de la arena carga los útiles en la caja del todoterreno, pide a Alá, prudentísimo y misericordioso, amparo contra el demonio del pelo rojo que lleva sentado al lado, y toma la carretera hacia la residencia junto al río donde Marie-France y otros miembros del equipo del Dr. Seoane se hospedan.

Enfrente estaba el Nilo y un tupido palmeral en medio. Al otro lado de las tierras negras, un pedazo de luna grande asomándose por la terraza. Marie-France arrastra una silla y se sienta junto al arqueólogo jefe, un godo de tez blanca y ojos azules que conversa animado con una becaria egipcia de la expedición. El aroma violentamente suave de la perfumista le ha penetrado en la sangre.

—La vida no descansa, Marie-France, querida —el Dr. Seoane deposita su té a la menta en el posavasos y dirige a la joven becaria unas palabras en dialecto occidental egipcio. Y Marie-France descubre quién se interpone de momento entre ella y su hombre.

La becaria se retira. Desde que fuera su alumna en un seminario de paleo-botánica que impartió en la Sorbona, Marie-France recuerda lo difícil que le ha resultado encontrar al profesor Seoane

libre de la avaricia femenina. Quizá por eso lo desee. Quizá por eso lo deteste. O lo desee y lo deteste al mismo tiempo, desde que reconociera en él las señas búdicas que lo identifican como un semidiós. Porque a la finalización de aquel Seminario en París, logró encerrarlo para sí sola en la cama revuelta de una pensión. Y allí, en el transcurso de una noche temeraria, pudo comprobar la mancha en forma de esvástica en el lado del corazón, la fimosis que le protegía el glande de malos tratos y la cicatriz que le dejara en el paladar la intervención para despegarle la lengua cuando todavía era un bebé. Pudo experimentar el riesgo de dos delirios sostenidos y explorar, sobre la blancura fatigada de las sábanas, las tres señas búdicas que acreditaban las encarnaciones sobrenaturales por las que había transitado el profesor. Y desde aquella noche de orgasmos de fuego en París, Marie-France aprovecharía cualquier oportunidad para reunirse con Jesús Seoane, dondequiera que se hallara, sin exigir compromisos ni atenciones especiales a cambio.

—Había olvidado hasta qué punto se nota la mano del diablo en tus cabellos —el profesor Seoane observa a la muchacha por encima del borde dorado del *chai bi nahnah*, como le agrada puntualizar cuando se refiere al té árabe con menta.

Marie-France se retira el pelo descolgado de la cara. Hoy la perfumista no busca halagos. Simplemente espera a que la becaria se quite de en medio para que la atención del godo de tez blanca y ojos azules se concentre exclusivamente en ella. Se acaricia la rodilla y pregunta al profesor por la naturaleza del hallazgo que han desenterrado junto a las tierras rojas de Edfú.

—¿Es kyphi? ¿Crees que hemos dado con el perfume que los sacerdotes obtenían de las lágrimas de Horus? —Se da cuenta de que le tiemblan los labios. Ha ocultado la boca tras los dedos y muestra los hombros vencidos hacia delante, a la espera del veredicto del arqueólogo.

Jesús Seoane le roba un par de sorbos a la infusión y una mirada directa al cuerpo vibrante y espigado de la perfumista. A criterio de él son muchos quienes afirman poseer la fórmula del perfume sagrado desde que Galeno la mencionara en su «libro de los antídotos». Pero que Marie-France no se hiciera ilusiones: en cualquier caso nunca completará la fórmula sin el Secreto de Min.

—Te será relativamente fácil identificar el palo-rosa, el lentisco, la romaza; y así hasta completar los dieciséis componentes del perfume —Seoane fija la vista en el pecho pecoso y pequeño de Marie-France. Ella interpreta la intención de su mirada y le censura un botón más al escote del vestido—; pero no te será sencillo descifrar el arcano de Min. Me consta que nadie lo ha desvelado todavía; pero se postula que es una formulación por lo demás muy cruenta.

Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo romántico e inocente en que ella se soltaba sin censuras los botones para ese semidiós de ojos azules. Nunca le importó desnudarse para el objetivo de la Nikon, para el álbum de viajes, para envidia de los amigos de Jesús. Con modales de lord inglés Jesús Seoane firma la nota de las consumiciones y se excusa ante la que fuera su alumna. De veras que lo siente. Deja unas monedas y desaparece entre el dudoso ir y venir de muchachas que se exhiben a la entrada del hotel mientras la luna se bebe la oscuridad de la noche. Y a Marie-France el óxido de la soledad se le va depositando en el alma.

—¿*Sayyida*, triste? —la voz de Naveed se pierde en el alboroto de la terraza jardín.

—¿*Sayyida*, triste? —el olor del nubio ha rozado la piel de Marie-France; pero su voz aún no.

—¿*Sayyida*, triste? —el cabello de la perfumista se vuelve al recibir, ahora sí, la voz de su ayudante. Marie-France sonríe. No, de ningún modo. No hay tristeza en la señora. Tal vez un ligero abatimiento.

La figura de Naveed le habla desde el mismo lugar que no ha mucho ocupara el Dr. Seoane. A la perfumista se le antoja un soberbio ejemplar. Un hombre cuya suerte lo había desplazado desde la pobreza más oscura hasta el lado donde más corre el dinero; a ese lado donde trabajar no significa sumisión sino un trato justo y bien remunerado. Y muy servicial, sin duda. Destacan los seis pies y medio de estatura y ese rostro suyo de ángulos duros y contundentes; su cuerpo de piel tersa, de músculos marcados, de brazos y piernas bien formados. Y destaca sobremanera la sonrisa de azúcar con que adorna las facciones.

—Naveed acompañando a *Sayyida* a intrada sicreta de templo —un calor que no pertenece a la noche le trepa a la cara—. Naveed

acompañando a tú y enseña ahora dónde sicreto de Min esconde. Grande sicreto que Min escribiendo con sangre. Pero *Sayyida* promete no nunca impuja al infierno a Naveed. *Sayyida* dimonio bueno.

Es tarde y está agotada. Le tienta el deseo de aplazar para otra noche la oferta de Naveed. Pero una punzada admonitoria le advierte que no debe perder la oportunidad que le brinda el nubio. Decidido, sí, irá adondequiera que Naveed Oboboyela la lleve; sin más dilación. No obstante y tras cruzar el espacio de arena y luna que separa las terrazas del coche, Naveed le insiste antes de encender el motor.

—¿*Sayyida*, no *Saitán*? —el hombre valora la posibilidad de pasar la mano por los escondites de un cuerpo que considera patrimonio de Satán. La audacia de la idea le tiembla en los dedos— ¿Naveed toca piel de ti? —los dedos del nubio rozan el escote plano de Marie-France hasta abrasarse. O quizá no. Quizá no han llegado a rozarla siquiera y son sólo sensaciones de una imaginación afiebrada. Pero es momento de que la perfumista ponga punto y final a la imprudencia de su ayudante. Un beso inesperado es lo más efectivo en cualquier situación. Ella le toma el rostro entre las manos y le acerca su boca pintada de rojo líquido.

—Tú indica el camino; ya llevo yo el coche —todavía con miedo a expresar o confesar emociones, Naveed busca señas de aprobación en la mirada de ella.

—Baja, todo irá bien.

El coche arranca sin sobresaltos. Conduce ella hasta donde el camino les lleva. Luego Naveed le indica un punto en dirección al azul de la noche. El desierto les va metiendo el fresco en las venas. Entran en las tinieblas como quien entra en el aroma del perfume que destila la arena. El nubio prende la linterna de mano y el anillo de luz recorre la pared de lo que fuera el obrador anexo a un milenario templo. Y a Marie-France ya no le cabe ninguna duda: entre aquellas paredes había habitado un dios y aquellos jeroglíficos desvelaban punto por punto la crueldad del Secreto de Min; ese arcano cuyo conocimiento permitiría elaborar perfumes de antiguos dioses egipcios.

Toma fotos de cada paño de pared, levanta un mapa de apuntes, descifra algunos cartuchos jeroglíficos. Sin embargo, los glifos que

aparecen nos son sencillos de interpretar. A Marie-France no se le pasa por alto que hay cierto temor a la magia en esas palabras que los egipcios consideraban divinas. Advierte intentos para limitar el poder de los jeroglíficos que describen a humanos, pájaros o animales y cuyas representaciones eran suprimidas o simplemente cercenadas por miedo a que consumieran las ofrendas depositadas para el muerto o que atacaran incluso al cadáver. Ante este contratiempo Marie-France calcula que invertirá varios días en descifrar el texto de Min. O varias noches, si se tiene en cuenta que piensa realizar la investigación en solitario y amparada en el más riguroso secreto, valiéndose únicamente de la colaboración espontánea de Naveed Oboboyela. No; no le va a ser fácil interpretar esos glifos a los que la superstición ha modificado para que pierdan movilidad. Le costará interpretar esas figuras humanas mutiladas, esas cabezas de insectos y serpientes omitidas; esos cuerpos de pájaros recortados, esas figuras de animales divididas.

Tras dos noches de intensa investigación decide acudir al profesor Seoane para completar el jeroglífico. O tal vez no; tal vez sólo quiere preguntarle por qué los glifos cuyo contenido representan a la serpiente Apophis la muestran siempre ensartada en un cuchillo o clavada en una lanza. O puede que, en definitiva, lo que pretende es averiguar si Jesús Seoane duerme en compañía o espera despierto a que ella ocupe esa parcela que en tiempos le reservaba en la otra mitad de su cama. Y con mucho recelo apretado en los labios Marie-France golpea con los nudillos la puerta de la suite reservada al doctor. Ha sido un golpe suave.

Repite el golpe con mayor determinación.

Alguna ayudante del profesor Seoane entreabre la puerta. La hoja se separa del marco lo preciso para que trascienda el aroma a sexo contenido en la habitación. La becaría la mira con una sonrisa bailando en los ojos y un tatuaje azul y negro estampado en el hombro. Hubo un tiempo en que Marie-France sonreía así a las visitantes inoportunas. Hubo un tiempo, no tan lejano, en que no sólo se ocupaba de espantar a las mosconas que lo importunaban sino que se responsabilizaba incluso de las compras más personales del doctor, a cuyo efecto él le había entregado una tarjeta de débito con todo y su número secreto. Un tiempo en que era ella quien

aparecía tras la puerta entreabierta, con una sonrisa mucho más jodedora y braguitas de indudable más categoría que las que me lleva la coima esa o lo que sea, y es que hay que ver qué bajo has caído, Jesús.

—¿No entras? —la voz desmenuzada de su semidiós le llega desde más allá del humo dulzón del narguile, de quién sabe qué exótica bebida y del tiempo que estuvieron unidos, ella y él.

—No te pongas sentimental y entra, Marie-France —y lo que más coraje le da es la convincente prontitud con que la ha identificado. Ni el menor resquicio a la duda. Y este cinismo suyo que le alborota la bilis. Con una lágrima de rabia al borde de las pestañas Marie-France pega la vuelta y se lleva consigo toda aquella ilusión que se trajo del desierto.

A la séptima noche después del séptimo día la perfumista y Naveed se citan de nuevo frente las ruinas de lo que fuera obrador anexo al templo. Con todo y las dificultades añadidas ella cree que ha resuelto el enigma que conduce a la preparación del perfume. El secreto de Min consiste, al parecer, en añadir al oro y la plata otros dieciocho gramos de lapislázuli, jaspe rojo y feldespato verde, además de turquesa, fayenza y coralina. Y todavía un último componente que precisa para completar la verdadera belleza del perfume: el bárbaro ingrediente final que Marie-France piensa conseguir a toda costa esta noche.

La radio del coche dice que son las ocho. Apenas si queda un soplo de luz cruda mezclada con aromas de arena. Marie-France se ha anticipado a la cita en un vehículo alquilado con la *AMERICAN EXPRESS* del profesor Seoane que inusitadamente conserva todavía activa. Viene provista de un bolsón con ropa, un neceser de maquillaje y un maletín con efectos quirúrgicos de urgencia. Los útiles de arqueología le llegarán con una hora de demora en la caja del todoterreno que conduce dando bandazos Naveed, si antes no lo consume la aprensión de encontrarse a solas con Marie-France. Si antes no lo devora el vértigo por arder cuanto antes en los cabellos de aquella mujer.

Cuando su ayudante estaciona el cuatroporcuatro en la sombra cuarteada del templo, de inmediato lo recibe el olor que trae consigo el Khamsin; ese viento procedente del desierto que se levanta

después de retirarse el sol, al desaparecer la luna o cuando quieren anunciarse con algún prodigio los eclipses. De entre la neblina azul se eleva una figura envuelta en tenues gasas que se aproxima a él. El pelo suelto, rabiosamente rojo, le cae sobre los hombros. Por todo maquillaje, un poco de orcaneta en los labios y del cuello, un collar de aguamarinas entre cuyas cuentas brotan unos senos en botón casi infantiles. Encaramada sobre sandalias persas no alcanza por poco la estatura del nubio.

—¿Tú me harías el amor? —En la belleza de los movimientos, en la transparencia velada de su piel, en los encantamientos o ensoñaciones que produce la mente de Naveed Oboboyela se hallan presentes los rasgos de Isis. La confusión de Naveed es notable; el resto hasta reconocer a la diosa en el cuerpo de Marie-France lo pondrán las atávicas supersticiones del nubio.

—¿Aunque murieras después? —le habla mordiéndole los labios, mirándole a los ojos desde muy cerca, casi desde dentro de ellos, volcando el terror a ser feliz en el interior de sus pupilas.

Ella le ordena que se desprenda de la chilaba de algodón y él la obedece. Naveed parece a punto de llorar. Le puede su turbación. Se pregunta si eso es Maat. Si es conforme a la ley de sus antepasados. Si en la «Sala de la Pesada del Alma» la diosa Maat equilibrará convenientemente el plato donde le pesarán el corazón. Un sudor rojo le brota por los poros cuando Isis o Marie-France le ordena que se tienda en una duna.

Lo monta a horcajadas. No soporta a nadie encima de ella durante el coito. Le muestra la luz de la libido en los labios y él le sonríe complacido. A Marie-France le ha bastado con ofrecerle la boca para que un aire nuevo crezca en el pecho del nubio. Ya no le cabe la menor duda: la mujer que se sienta encima de él es la encarnación de Isis. Es la protectora de los perfumes, las bodegas y los vinos. Es la corriente del Nilo en sus primeras crecidas. Y a la diosa le basta una breve cabalgata para que el nubio entre en erupción. Un trueno sacude la noche encerrada en las paredes del templo.

—Está bien. Ahora cierra los ojos y sueña con tus diosas, Naveed. —El viento encuentra a Marie-France y le aparta el cabello a un lado. La perfumista abre el maletín de cirugía y extrae un vial de pentotal y cloruro sódicos, a dosis incuestionablemente letales.

Parece que el Khamsin le ha descargado su soplo de arena entre la ropa y la piel. La aguja encuentra la vena en el antebrazo de Naveed. Marie-France espera que caigan los segundos mirando a unos ojos que ya no la miran. O la miran desde el resplandor eterno de la otra vida, perpetuamente abiertos. Besa su boca aún cálida.

Con el rostro oculto entre el cabello busca un bisturí y un escalpelo entre los implementos quirúrgicos. Pasea la mirada por las dunas; pero en ningún caso teme al eco del miedo ni siente el frío del arrepentimiento en las sienes. Sacude el cabello y le queda al descubierto la cara, aún más bella a pesar de las líneas que la fatiga traza en su rostro. Nadie la verá. Marie-France separa las piernas de Naveed y le alza los testículos. Coge el bisturí con la derecha y corta por debajo, de un tajo rápido. Ahí tiene Isis los genitales del cuerpo descuartizado de su esposo que tanto buscara. Ahí tiene Min el Secreto hecho sangre, por los siglos de los siglos. Ahí tiene Marie-France la sangre hecha traición, el último componente que precisa para completar la verdadera belleza del perfume: el ingrediente final que se había propuesto conseguir a toda costa esta noche. La sangre, el semen y los testículos de Naveed Oboboyela guardados en sendos lekitos de fondo blanco y cuello alto, con la imagen de la diosa esmaltada en la comba del ánfora.

Marie-France se separa un poco para ver el cuerpo emasculado del nubio por última vez. Desaparecido Naveed, no será fácil encontrar la entrada que conduce al perfume sagrado. Guarda la bolsa con la ropa, el maletín quirúrgico y el neceser en la caja del todoterreno en el cual Naveed Oboboyela había acudido a la cita. A unos metros de allí, en el aliento alterado de la noche o del desierto o en el arañazo del aire, reposa el cuatroporcuatro que Marie-France alquilara con la tarjeta de débito y el *pin* del doctor Seoane. Llegado el caso, al arqueólogo no le supondrá esfuerzo aplacar el celo corrupto de la brigada criminal de El Cairo: el soborno ha sido práctica habitual en la densa historia de Egipto. Ajusta el asiento que Naveed había retirado del volante hasta sentirse cómoda. Lo siente por el nubio; la perfumista le había tomado auténtico cariño. Y un punto de cínica tristeza le emborrona los ojos. Pero que nadie se llame a engaño: no existe otro final para quienes se desposan con Isis cuando la diosa se mete a puta. Arranca el motor. El cabello incandescente casi le

roza los labios. La espuria encarnación de Isis vuelca hacia atrás un mechón y suelta el pie del embrague.

Antes del 30 de marzo de 2016, la fecha límite pactada para incorporarse al trabajo, Marie-France repite el mismo gesto, allá en París, frente al gerente de la multinacional cosmética. Aparta el cabello de los labios, vuelca hacia atrás un mechón y roza el borde perfumado de una copa de oporto. Está segura de que el director elogiará su fórmula. Una buena perfumista puede olfatear en ocasiones la reacción de las personas. Lleva puesta una bata blanca de laboratorio cuyo doble le llega terciado el arranque del muslo. Muslos tersos, de arena y mármol, de miel y arena. El gerente seca la copa de oporto de un trago: mereció la pena perderse aquella telaraña rojiza y aquellos pechos de bailarina clásica por promocionar el nuevo perfume. Había olido un nanogramo de aquella esencia diluido en un litro de etanol sin fijadores y se había enamorado de ella. El gerente ha encontrado que la fragancia es excepcional y se lo dice:

—Me he enamorado perdidamente de tu esencia. Es una perla. Una joya sin herederos. —El gerente sabe que nadie heredará ese lujo superfluo que se desvanece a las pocas horas como agua en la arena. De ahí su carácter frívolo, mundano, altamente selectivo. Un lujo cuya principal cualidad consiste en llamar la atención de los demás, en proporcionar placer a los demás pues la persona que usa el perfume no lo huele. ¡Y al desorbitado precio de 400€ la onza; mínimo!—. Has conseguido que me enamore perdidamente de tu trabajo, Marie-France, te soy sincero. Será el perfume del entusiasmo. El genuino kyphi.

Y el viernes 5 de abril de 2016, en la Muestra de Perfumes y Cosméticos de El Cairo, el kyphi celebra su puesta de largo en sociedad. Se viste de largo en la alta costura, en la piel rotulada por el sol, en el aura roja y criminal de Marie-France. Y cuando al fin entra en la carpa del Museo Arqueológico se hace un silencio irreal. Los miembros de las delegaciones presentes, el comité organizador de la muestra, el cuerpo diplomático en pleno, el personal contratado para agasajar a los invitados, los chicos del servicio de seguridad, la prensa y televisión acreditadas. Sólo ojos y bocas abiertas.

El milagro ha ocurrido.

Es ella. Sin duda es Nefertiti o Hatshepsut o todas y cada una de las 40 mujeres bellas y sin defectos que Amenhotep III encargara al príncipe de Gezer para amenizar las veladas. Es la encarnación total de la belleza. La auténtica Isis camina bajo lámparas de metal labrado, acunando contra el pecho un lekitos del cual afloran fragancias que inundan la carpa de una abrumadora sensación de afecto. La nueva Marie-France camina sobre alfombras de tres mil nudos, acunando precisamente aquel lekitos de fondo blanco y cuello alto, con imágenes de la diosa esmaltadas en la comba del ánfora. Un velo blanco le cubre el rostro; pero tras el escaso espacio que permite el chador estalla la rebeldía de sus ojos. Se toca con un pañuelo del mismo color, ceñido a la cabeza con un anillo de piel de camello, y viste una túnica blanca y oro bajo la cual habita el kyphi sobre la piel desnuda. Han reconocido a la mujer por más que se esconda bajo el blanco de mil pliegues: es ella. Hay quien se postra con la frente contra el piso y los brazos extendidos. Hay quien entra en éxtasis al percibir su aura perfumada y brutal. Es Nefertiti, es Hatshepsut, es Isis. Soy Marie-France, la nueva diosa de este nuevo Egipto. Y las divinidades paganas no escondemos crímenes en el corazón.

Camina en línea recta sin contener la agitación de sus pequeños pechos a cada paso. Al llegar junto a Jesús Seoane se desprende del anillo que sujeta la toca, desvela su rostro y da suelta al revoloteo encendido de sus cabellos. Ha sido como el fogonazo de luz que perdura tras la explosión de una estrella. En los ojos de Marie-France se aprecia todo ese desafío que no consigue ocultar la exagerada máscara de kohol y rojo henna que tacha su rostro de sien a sien. Dominado por la fragancia del kyphi y la provocación de sus pupilas, el arqueólogo se extingue en una delirante sensación de lujuria que le impide enfrentarse a los antojos de la deidad.

—¿Cumplirías condena en mi lugar, Jesús? —El godo de los ojos claros levanta la cabeza y aspira la seducción del kyphi en el aire, un aroma de tintes hipnóticos capaz de privar a la víctima de toda razón. Frente a él hay unos ojos que le hablan de muerte.

—¿Pena de prisión a cambio de una última noche conmigo? —Los restantes sesenta segundos que recorrieron la mente de Marie-France llenaron de placer aquel minuto inolvidable. El ídolo de

los pies de barro hace un gesto afirmativo con la cabeza. Quiere hablar pero la voz se le apaga en el cuello. Permanece quieto. Permanece callado. Y seguirá quieto. Y seguirá callado hasta que los minutos saturen de kyphi la carpa de la Muestra y Marie-France acuda junto a él y lo tome de la mano.

—Esta noche nadie me ha besado aún, Jesús —hay cierto deje de ingenua tolerancia en las palabras de Marie-France y el desorden de su pelo.

—¿No vienes? —un mandato milenario arrastra los restos de voluntad del hombre tras el perfume de ella y tras las bocanadas de aire que empieza a escupir la noche en la calle. Son los primeros soplos del Khamsin; ese viento que se agita con furia cuando quiere anunciar algún prodigio. El viento que empuja al profesor al hotel donde se hospedan la mayoría de las delegaciones. Un hostal puesto en algún lugar lejos de la noche de El Cairo, entre las cinco mil palmeras y los diecinueve pozos del oasis de al-Bahareya.

Cuando el Khamsin deja de soplar Marie-France está ya profundamente dormida. Jesús Seoane la contempla sentado a los pies de la cama, absolutamente preso del kyphi. Aún no está en condiciones de hablar. De hecho no ha pronunciado palabra desde que su antigua alumna se desprendiera del anillo que le sujetaba la toca y diera suelta a sus cabellos y bebiera a pleno pulmón el veneno de su perfume. Ha permanecido velándola en silencio a un extremo de la cama, sin apartar la vista del cuerpo de Marie-France y de su pecho oculto tras las aguamarinas del collar. Le tiene una mano tomada y se pregunta en qué momento salió la muchacha de entre los pliegues de la túnica. Le acaricia la mano mientras espera una respuesta que no llega. Se pregunta por los cabellos de Marie-France y el rastro de fuego que deja sobre la almohada; por el suave pubis de la que fue su amante y toda esa quietud prisionera de sus piernas; por las veces que había visto temblar aquella piel de bronce oscuro y por los hilos invisibles del kyphi que lo mantienen sujeto a ella. Por el prodigioso poder del perfume que lo paraliza. Se pregunta por qué se limita a velarla desde una esquina de la cama y cómo no ha reunido aún el valor suficiente para perderse en su cuerpo. Se pregunta por los cabellos de Marie-France y el rastro de fuego que imprime sobre todas y cada una de las almohadas en que ha dormido.

Al godo de tez blanca y ojos azules o al semidiós de pies de barro o al conspicuo profesor Seoane le duele la tardanza con que le llegan las respuestas que él supone andan escritas en el viento. Pero la locura del Khamsin se calmó hace tiempo y los labios de la perfumista siguen intactos para él, porque esta noche nadie me ha besado aún, Jesús, siquiera tú me has besado. El doctor Seoane recuerda el beso en los labios que aún no le ha dado y se abalanza sobre ellos con fervor hambriento, a medio camino entre la cárcel y el manicomio.

Un golpe en la puerta paraliza su propósito.

Con el deseo metido aún en la masa de la sangre, el arqueólogo se encamina de puntillas hacia la puerta. Abre la hoja tomando precaución de no mover el silencio opaco del dormitorio. Pero el golpe ha despertado también a Marie-France y un hipo de rechazo le sube a la garganta. Puede intuir el tatuaje azul y negro estampado en el hombro de la becaria o la prostituta o quienquiera sea la muchacha recortada a contraluz en el umbral. Y a Jesús con el cuerpo vuelto a Marie-France mientras habla con la desconocida. Oye cómo se excusa. Ahora no puede. Imposible.

—No alces la voz; sé buena —le susurra recostado en la puerta, ocultando en lo posible la visión a la muchacha— mañana te cuento.

—No me seas cabronazo, Jesús —le suelta furiosa con mucho brillo de colirio en los ojos, antes de que el arqueólogo le cierre la puerta en la cara—: podría cometer el error de mi vida y creerme tus excusas.

Cuando Seoane regresa a su esquina en la cama ella respira dejando morir el aire dentro del pecho, como respira la gente dormida. Aun así siente la mirada de él sobre cada línea de su cuerpo, como quien repasa el temario la víspera del examen. La mirada del profesor que aún conserva la memoria de aquella piel, de aquel vello, de aquellos cabellos rojos derramados sobre aquellas almohadas de pensión donde inventaban el amor a diario. Que la recuerda en la intimidad de su olor, en el hilillo de sudor entre los pechos, en el aire que envuelve sus humores y las tenues puntas que aún persisten de ese perfume que deslumbró a todos. Pasado un tiempo, Marie-France nota que el hombre se inclina para bajarle a los labios el beso que le debía. Un beso que prolongue para él el aroma de la noche, antes de apagar la luz y salir de la habitación cuidando de no desvelarla.

Desde la tiniebla de dentro de los párpados Marie-France espera que el amanecer inunde el cuarto con su luz rosada y pálida. La luz del nuevo día la sienta en la cama. Se abrocha la correa del reloj, recoge sus cosas y se viste de calle sin detenerse casi frente al espejo. Los cabellos arremolinados sobre el rostro, corta de pestañas, descompuesta y desarreglada y con esa inocente maldad en los ojos, difícilmente nadie reconocerá en aquella muchacha a la diosa que encandiló a la Muestra de Perfumes arropada en la fascinante perversión del kyphi. Con todo, los espejos repetidos del ascensor no le mienten sobre la sensualidad a borbotones que ella intenta a toda costa disimular.

Aun así, en la recepción del hotel utiliza como espejo la mirada aprobatoria del empleado.

—¿Perdón? —es coqueta y cuando se mira al espejo no escucha.

—¿Perdón? —insiste el empleado con la máxima cortesía.

Marie-France sale de su espejo de Reina Mala sintiéndose hermosa a pesar de su aspecto desaliñado. Despacha al de la recepción con un asomo de sonrisa y le da instrucciones para que le bajen el equipaje. Y para que entregue al jefe de seguridad un sobre rotulado como confidencial, en cuyo interior incluye la *AMERICAN EXPRESS* del profesor Seoane y el justificante del cuatroporcuatro con que se desplazó a su postrera cita con Naveed Oboboyela. En nota adjunta solicita a la Seguridad del Hotel que lo hagan llegar cuanto antes al jefe local de policía para su consideración, aunque en ello resulte seriamente implicado su antiguo amante, el eximio arqueólogo de la Sorbona doctor Jesús Seoane. Y es que siempre es de agradecer que el visitante tenga detalles que permita a algún policía corrupto meterse unas libras egipcias en el bolsillo.

En el porche del hotel le sale al encuentro el aroma de la arena. La perfumista se encamina hacia las cinco mil palmeras y los diecinueve pozos del oasis de al-Bahareya sin volver la vista atrás. Regresa a la luz rosada de las dunas.

Le apetece ser una aventurera del desierto. Regresará al campo arqueológico de Edfú y devolverá la placa de alabastro al lugar que pertenece. El kyphi pertenece a Egipto, a sus dioses y a sus legendarios secretos, y en el ánimo de Marie-France está el enterrarlo para siempre en el obrador anexo al templo. Sí; durante algunos atarde-

ceres será una de tantas diosas extraviadas. Una más. Una diosa de sangre humana y alma negra que se adentra en el desierto, de frente a los ídolos de arena que la esperan y la abrazan con las dunas.

I.E.S. NICOLAS COPERNICO

EL MÁS INÚTIL DE LOS MARINEROS

SEGUNDO PREMIO

Ernesto Tubía Landeras

Haro (La Rioja)

Nace en 1975 y en la actualidad trabaja como Técnico de Laboratorio. Lector desde su infancia, hace poco más de diez años comenzó a escribir relatos cortos que envío a diferentes concursos. Esta actividad le ha llevado a ganar más de doscientos premios literarios. Entre ellos se podrían destacar: «Villa de Iniesta», «Villa de Mendavia», «Esteban Manuel de Villegas» de Nájera en los años 2007 y 2012, «Letras Riojanas», «Manuel Bretón de los Herreros» de Quel 2010, 2012, 2013, 2017 y 2018, El certamen de la Sociedad Cántabra de Escritores, el «San Esteban de Gormaz», el «Villa de Moraleja», el certamen de Alfambra, el «Albaricoque de oro» de Moratalla (Murcia), el «Castillejo Benigno-Vaquero» en Pinos Puente (Granada), el «Ana de Velasco» en Marcilla (Navarra), el «Villa de Binéfar», en Binéfar (Huesca) o el Frida Kahlo en Rivas-Vaciamadrid, entre muchos otros en el ámbito del relato corto.

Además, ha ganado el XXI Certamen de novela corta »José Luis Castillo-Puche» en Yecla (Murcia), con la obra *Corderos*, el Certamen de novela «Valdemembra» en Quintanar del Rey (Cuenca), con *El local de jazz*, el Certamen de narrativa «Princesa Galiana», con *Mañana hoy será ayer*, el Premio Otoño «Villa de Chiva», con la novela *La Mala Sangre*, y el certamen de novela corta «Ciudad de Tíjola», con *El Plagio*.

Es colaborador habitual de *Belezos*, revista editada por el Instituto de Estudios Riojanos, con artículos sobre tradiciones riojanas.

Hasta ahora ha publicado las novelas *El mar de Lomé*, Editorial Ochoa, 2009; *El anhelo del diablo*, Uno Editorial, 2014; *El local de Jazz*, Ediciones Quintanar, 2015; *Corderos*, Edición Hécula, 2016; y *Mañana hoy será ayer*, DB Ediciones, 2016.

A mi compañero y amigo, Juan Carlos Calvo.
Porque la vida es más sencilla y agradable
con alguien como tú en mi día a día.

Puerto de Pasaia (Guipúzcoa)
Mayo de 1539

El Santa Bárbara amarró en el puerto con el vientre repleto, hacía tiempo que no ocurría. Se le tenía por uno de los navíos que más vergüenza arrastraba de toda la flota de txalupas balleneras baskonas, por lo que rara vez se aguardaba su llegada con el ansia de otras, como las de los capitanes Arranz o Aretxabaleta, a quienes poco menos que se reverenciaba. Hasta la fecha, el Santa Bárbara solía regresar con más bacalaos que ballenas arponeadas, hecho que con el tiempo, hizo que los arponeros de renombre se negasen a enrolarse en su tripulación, y ésta únicamente se compusiera de trapaceros, viejos arponeros de vista menguada, marinos huidos de otras naves por hurtos o deudas de sangre y malnacidos sin suerte, que buscaban en el mar, lo que la tierra les había negado.

Aquel atardecer empero, cuando el sol se desplomaba por detrás de lo que muchos seguían considerando el fin del mundo, los cánticos desde la borda de la tripulación del capitán Koldo Kristobalena, hacían presagiar que el sino del navío había variado y que, al fin, el estómago de los quinqués podía ser alimentado por el saín que traía de regreso el ballenero.

Mientras se descargaba, la fiesta amenazaba con hacer la faena eterna. No eran aquellos marinos, hombres acostumbrados a ser recibidos con pellejos de vino, loas a su buen hacer, ni felicitaciones

por parte de los armadores. Así las cosas, mientras el bacalao era descargado para derivarse a las lonjas y el saín de las ballenas, hubiera completado un barril tras otro, la embriaguez de los marineros era cada vez más notable.

—¡Vive Dios que esta noche el arpón se lo clavaré a alguna de las fulanas del puerto! —bramaba Jonás, al que le tildaban «El Bastardo», un arponero de fama ingrata al que no se le recordaba un acierto en el lance desde hacía años.

—¡Pues espero que tengas más tino que con las ballenas! —gritó Miguel, un cocinero de dentadura renegrida, que sabía cocinar poco más que gachas y pescado a la sartén, que en aquel momento volteaba con esfuerzo un barril que supuraba grasa.

El Bastardo, mientras recogía sus arpones, tras darles una mano de sebo, en unas telas que les protegieran de la herrumbre, dejó su quehacer para buscar al orondo Miguel con la mirada. El cocinero, un hombre de carácter jocundo que el resto de la tripulación admiraba a pesar de no tener dotes de marinero, se contoneó y le lanzó un rijoso beso, cuando las miradas de ambos chocaron sobre la pila de barriles que se iban hacinando junto a los amarres.

—Lo que te pasa es que a lo mejor eres tú el que busca un buen arpón, uno que arrastre ese culo de mujerona que te ha tocado en charra suerte—se jactó el arponero, regresando al mimo de los arpones, en compañía del joven Bruno, su ayudante y con suerte, futuro arponero.

El muchacho parecía tener la vista perdida en lo alto del barco, aunque cuando el Bastardo le siguió la mirada, descubrió que en realidad contemplaba al capitán, que sobre el castillo de popa, junto al timón de codaste, avistaba una caja de madera postrada en una de las txalupas. Se trataba de uno de los rudimentarios ataúdes en los que se trasladaba a los muertos que yacidos en alta mar, habían dejado palabra de ser enterrados en tierra. O bien de aquellos que aunque hubieran deseado formar parte del mar, no hubiesen hecho merecimientos para ello. En este caso se daba una y otra, pues el finado, del que no se conocía ni el nombre, y recibía el de Moreno por el color del pelo, ni había hecho méritos para ser recibido por el abrazo eterno del Cantábrico, ni dictó palabras sobre qué hacer con su cuerpo una vez falleciese; algo que ya se barruntaba desde que le

encontraron escondido entre las redes de cubierta, con una herida abierta en el abdomen.

—¡Capitán! —gritó el Bastardo, alzando la mano, haciendo que Koldo Kristobalena mirase hacia donde él se encontraba, con su habitual semblante, entre melancólico y ausente—. No se haga mala sangre, capitán, que ese hombre ya estaba muerto aun cuando respiraba y apareció entre las redes. No era un hombre de mar. Todo lo más un inútil que usted se empeñó en emplear para lo que no había nacido.

Ignorando las palabras de su arponero menos certero, Koldo siguió mirando el tosco ataúd de aquel hombre, que había exhalado su último aliento hacía un par de jornadas. Después, mientras el Bastardo seguía eructando y vociferando sobre las mujeres que iba a profanar a base de monedas, sacó del interior de su gabán un manuscrito envuelto en una sabanilla de cuero; el mismo que aquel tipo portaba encima, cuando lo encontraron de polizón, poco después de partir del puerto y en el que se empleaba con presteza en cuanto tenía ocasión. Esas cuartillas, junto a un tintero de metal y una pluma astillada, eran las exiguas posesiones del hombre que el capitán Kristobalena se había empeñado en emplear como peón de limpieza. Pero, cierto era, y tal y como había afirmado el arponero, todo el arte que poseía para la escritura se le negaba para la vida en alta mar. Además, la herida del abdomen lo limitaba sobremanera. Tal y como afirmaba el Bastardo, era poco más que un inútil.

A pesar de que su herida no había cerrado, el polizón se empeñó en pagar su viaje con las labores menos exigentes del barco. Normalmente se le podía ver doblado sobre su vientre, con un cepillo entre ambas manos, restregando el casco. Sin embargo, en el preciso instante en que trataba de ponerse en pie vomitaba sobre lo recién limpiado, convirtiendo su labor en un bucle inacabable del que todos se mofaban.

Su inutilidad se hizo aún más manifiesta cuando las ballenas aparecieron a lo lejos, divisadas por Solozábal desde la canasta del oteadero al final del mástil, y las txalupas se hicieron a la mar, demostrando el arrojo de todos y cada uno de los marineros. Él fue uno de los pocos que no zarpó en una de esas pequeñas barcazas, en las que la gallardía marinera se manifestaba en su máxima expresión, un

segundo antes de que los hombres se enfrentaran contra uno de los mayores colosos marinos. Y tampoco ayudó cuando, una vez amarradas las codiciadas piezas, comenzó a vomitar sobre las partes sajadas, debido al profundo hedor que ascendía, cálido, desde el interior del cetáceo abierto en canal. Cualquier otro capitán, harto de la nula ayuda de un hombre así, hubiera hecho lo posible por librarse de él. No hubiese sido la primera vez que un marinero especialmente nulo para las labores, o haragán a la hora de afrontar las mismas, desaparecía en mitad de la noche. En alta mar el sustento de una sola persona podía significar, con el tiempo, una semana más de navegación o menos carestía si la faena se prolongaba más de lo habitual. Adelgazar la nómina de empleados en un medio tan agreste y caprichoso como el mar, podía resultar fundamental. Y aunque algunos de sus hombres barruntaron en voz alta la posibilidad de entregar al mar el cuerpo desastrado de aquel erudito, que de todos modos tenía toda la pinta de morir en breve, Koldo se negó una y otra vez. Incluso se negó a hacerlo cuando, dos días después de haber puesto el Santa Bárbara de regreso a la costa, con la panza del navío repleta de saín, el polizón murió en los brazos del capitán, después de que el inútil marinero le hubiera susurrado al oído quién sabe qué. Lo único seguro es que mientras agonizaba entre estertores, el capitán Kristobalena «malgastó» dos pellejos de agua en el moribundo, y que tras la muerte ordenó que se le honrara, introduciendo su ataúd en una de las txalupas; un gesto que sólo se daba para los que yacían en la mortal brega contra los cetáceos. Después de eso se encerró en su camarote con el manuscrito de aquel pobre desgraciado y no volvió a salir hasta que la costa apareció en el horizonte, como una chismosa sobre el visillo. Juraban que durante su encierro, desde el camarote del capitán Koldo Kristobalena se escuchaban carcajadas y hondos lamentos, gritos alegres y blasfemias que hubieran hecho palidecer al más severo de los inquisidores de la época. Quién sabe sobre lo cierto de aquellas palabras. Ya eran muchas las jornadas con el balanceo borracho del casco bajo los pies, y en ocasiones aunque se mantiene el pulso y la firmeza, el cerebro se harta de un vaivén en el que, según juraban los hombres de mar de la época, la cabeza camina por un sendero diferente al del cuerpo; cómo si no explicar que haya hombres que pierden la cordura manteniendo un cuerpo fuerte.

Una vez descendieron todos los barriles y Ugartebide, el primero de a bordo, condujo las carretas hacia el horno del puerto, donde convertirían el saín en aceite, el capitán ordenó a Iñaki Portuondo, su hombre de mayor confianza, que tomara la lengua de la ballena y la echara a la carreta, junto al féretro del polizón. Iñaki torció el gesto al recibir la orden. Comprendía que, tal y como solían hacer los balleneros baskones, entregaría esa codiciada lengua como diezmo del mar a la Iglesia parroquial de San Juan. Lo que no acertaba a comprender era qué pintaba el polizón en toda esa historia, toda vez su presencia en el barco, desde su aparición, no había sido sino una molestia, cuando no una afrenta al trabajo y brega del resto de marineros.

Era costumbre que los armadores, los verdaderos dueños de los barcos, repartieran dividendos en la iglesia, pues así los rendimientos eran bendecidos. Algo cómico si se tenía en cuenta que buena parte de lo ganado, minutos después, era dilapidado en alcohol, mujeres de vida alegre y naipes.

Don Juan Zulogorri, el sacerdote, bendijo a los recién llegados, con aún más fervor cuando observó la dádiva ofrecida, que subastada en los mercados, concedería un buen dinero a la parroquia y a su propio bolsillo. El capitán, después de dejar caer un par de monedas en la ansiosa mano del religioso, le pidió que se diera sepultura con honores cristianos al desconocido polizón. Y, a pesar de que la iglesia no atendía entre los suyos a hombres sin nombre, asintió y prometió concederle un rincón en una de las fosas comunes, cada vez más concurridas.

Tras ese momento llegó el instante en que los armadores, Justo Baigorrikoetxea y Calixto Aguirre, hicieron reparto. Así el nivel más bajo recibía un cuarto de parte, media parte para los marineros novatos, una parte para los más experimentados, dos para los arponeros… así hasta llegar a las siete partes que recibía el capitán. Todo hubiera ido bien si un detalle, que en realidad no significaba apenas nada a nivel ganancial, no hubiera enervado a parte de la tripulación. Y es que, al citar a los grumetes, que recibían un cuarto de parte, el capitán nombró al polizón sin nombre y recogió las monedas en un saquito, que introdujo junto a su paga en la faltriquera.

Al salir del reparto, mientras se dispersaba por Pasaia el áspero aroma a grasa derretida, que exhalaba en un fétido e interminable

eructo el horno del puerto, algunos de los hombres del Santa Bárbara se apostaron junto a la carreta que pretendía tomar su capitán. Entre ellos se encontraba el Bastardo, que sujetaba entre sus manos el hato que protegía su juego de arpones. Sin duda, la más valiosa pertenencia que aquel hombre poseería en toda su vida, por mucho que ésta se prolongase, algo que rara vez sucedía entre los de su profesión.

—Se bebió nuestra agua, nuestro aceite cubrió sus heridas y se abasteció de nuestra comida, hasta morir —comenzó a decir Ugartebide—. Un gandul, el más inútil de los marineros jamás conocido, que tuvo la dicha, al menos, de dejar el aliento en el regreso, y ahora vos, capitán, guardáis la misma proporción de ganancia que la que merecen el hijo de Vidal o el joven Urruti.

—Y a la afrenta de sus simple existir en el barco, se le suma las monedas que habéis tomado y que ni siquiera ese miserable puede malgastar, allí donde el diablo de los estólidos haya tenido a bien condenarle —apostilló el joven Trifón Urrutikoetxea, que se había apostado junto a Ugartebide, en el preciso instante en que el primero le había citado.

Junto a ellos se encontraba buena parte de su tripulación, incluido su amigo Iñaki, aunque a juzgar por el modo en el que éste protegía su mano bajo el gabán, sin duda buscando la empuñadura de su verduguillo, su presencia era más como protección hacia el capitán que como miembro de aquella inesperada e inquietante conjura.

Desde lo alto de la carreta, de la que tiraban dos rocines a los que se les asomaban las costillas como las teclas de un pellejudo piano, el capitán Koldo Kristobalena asintió con la cabeza en un ademán lento y ceremonioso, mientras ocultaba a su espalda el manuscrito que el desconocido había dejado como único legado.

—Un único éxito y ya nos creemos con derecho a negar al finado su último deseo, por más que fuera un desconocido —comenzó a argüir—. Bien sabe Dios que no era su lugar un barco, y bastante desgracia tuvo al morir en uno, tan lejos de su tierra. Puede que esas puercas monedas que le han tocado en suerte y que reclamo para dar sentido a su muerte, y por ende, a su vida, no se las ganara con su trabajo. Pero ¿acaso vosotros os habéis merecido pago cuando vol-

víamos con cuatro bacalaos, porque éramos incapaces de avistar una sola ballena? ¿Merecías tú tu parte, Bastardo, cuando una vez tras otra has pinchado agua con tus arpones? Todos vosotros recibisteis vuestra parte a pesar del fracaso, a nadie se le negó nada que no le correspondiera. Y ahora que la fortuna nos trajo a las ballenas, que los arpones encontraron la piel y el saín inundó nuestras bodegas, ahora le negáis las monedas a la memoria de un muerto en el mar. Y como muerto en el mar merece honra de marinero, que si bien se le vetó al no darle cobijo en las aguas, al menos que estas monedas sirvan para pagar su última voluntad.

—¿Y cuál era si puede saberse? —preguntó Urruti, voz en cuello.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó a su vez Montoya, otro de los arponeros, tuerto del ojo zurdo.

—¿Acaso los muertos merecen tal bendición, si en vida no la ganaron?

Eso último lo había preguntado Solozábal, el hombre que solía ocupar el oteadero y que apenas dormía, salvo cuando se excedía con el vino.

—Era un escritor y un hombre de Dios, poco más puedo decir —asintió Koldo.

—¿No tenía nombre?

—Supongo que su padre le puso uno, pero no creyó necesario que se supiese—continuó el capitán—. Y ahora partid a disfrutar de lo bien ganado, y dejad que yo cumpla con el deseo de un fantasma, que no quiero que me ronde en lo que me quede de vida. En un par de semanas estaré de regreso y volveré a echarme a las aguas, en busca de esas malditas criaturas que llenan de saín nuestra bodega, de pan nuestra boca y monedas los bolsillos —gritó, haciendo que sus hombres entonasen alegres vítores, mientras, para su alivio, se dispersaban.

En cualquier otro momento esa monserga no hubiera conseguido aplacar el malestar entre su tripulación, pero ocho toneladas de saín les había reportado la compensación suficiente como para minimizar sus pretensiones. En apenas un instante tan sólo su amigo Iñaki Portuondo seguía a su lado, junto a la carreta cuyos rocines raspaban con las herraduras el adoquinado, ansiosos por comenzar la marcha.

—¿Qué tenía ese hombre? —le preguntó Iñaki, colocando una mano sobre los cuartos traseros de uno de los jamelgos— Jamás vi al Capitán Kristobalena rendirse al deseo de un moribundo, ni reblar ante los coqueteos de esa furcia llamada Destino —finalizó.

Koldo asintió con la cabeza, recogió de nuevo el manuscrito que había dejado tras de sí, cuando creyó que la rebelión de sus hombres podría pasar a mayores, y se lo mostró a Iñaki, como si con ese gesto pudiera comprender el porqué de su decisión.

—Soy hombre de letras tanto como de mar, tú lo sabes amigo. He leído mucho, todo lo que he podido desde que madre me enseñó a distinguir una ce de una zeta, y jamás disfruté de una lectura como la que ese hombre ha dejado de legado. No, mi deber como capitán es velar por mi tripulación y si no consigo hacerlo, si no puedo evitar que la parca reclame sus almas, al menos tengo que proteger su último deseo.

—¿Y cuál era el de aquel hombre? —preguntó un cada vez más intrigado Portuondo.

Koldo suspiró hondo, aquel era su mejor amigo, el hombre con el que había sufrido las hambrunas más severas en interminables jornadas de pesca, el que había dado a su hijo su nombre, incluso el que lloró sobre su hombro y enjugó las lágrimas contrarias. En aquel momento empero, no podía responderle con sinceridad. Una promesa dada en alta mar es una promesa inquebrantable.

—A Medina de Pomar —indicó el capitán al carretero, obviando la pregunta de su amigo, que quedó sin respuesta.

El conductor arreó con un golpe de riendas a los dos rocines y estos emprendieron la marcha, dejando a Iñaki Portuondo viendo marchar sobre un traqueteo tartamudo a un hombre, el Capitán Kristobalena, que como había dicho en cientos de ocasiones, no sabía vivir si no era sobre el oleaje.

El polizón agarró el brazo del capitán con el ansia de quien sabe su fin cerca y necesita ponerse en paz, sino con Dios, sí al menos con el hombre al que más se le parece. Tras esconderse de los inquisidores entre las redes

del barco, herido en el abdomen, Koldo fue quien lo protegió cuando el resto de tripulantes pretendían acabar con él, a pesar de su inutilidad. Incluso le había obsequiado con la tinta necesaria para rematar su obra, cuando su tintero se agotó por completo. Había pasado toda una vida entre hermanos, y era al final de sus días cuando verdaderamente había encontrado a un amigo.

—Capitán Kristobalena, Koldo —bisbiseó, haciendo que Koldo agachara la cabeza, mientras le tomaba la mano.

—Puede que sea mejor que guardes silencio, descansad.

—No, he guardado silencio mucho, mucho tiempo. Ahora es cuando tengo que contar todo y pedir a un amigo una última ayuda.

El capitán lo reincorporó, le ofreció un trago de agua y tras beberlo entre toses, volvió a tenderlo sobre su propio camastro. La infección de la herida, que durante un tiempo parecía haber remitido, se había extendido por todo su cuerpo de forma acelerada y ya resultaba evidente que aquel hombre no vería un nuevo amanecer, y mucho menos tierra firme.

—Pues habla entonces, y veré si puedo concederte esa ayuda que reclamas como último deseo.

El polizón le mostró algo parecido a una sonrisa, que de serlo, era la más triste que jamás hubiera contemplado. Las manchas de sangre sobre los dientes le conferían un aspecto macabro.

—Mi nombre es Jacinto Rosa, Fray Jacinto Rosa, en realidad. Soy un… era un —corrigió sobre la marcha— monje del monasterio de San Pedro de Cardeña, en Castrillo del Val. Pasé allí casi toda mi vida. Aprendí a leer y más tarde a escribir, incluso con el tiempo, aprendí a pensar. Cosa que no siempre se da entre ascetas.

En esa enseñanza tuve ocasión de leer grandes obras, páginas que hablaban de la relación entre hombres y mujeres, entre Dios y los hombres, entre el bien y el mal, y sobre todo, leí mucho humor. Tantas obras a medio camino de la sátira pude disfrutar, que llegó el momento en que decidí escribir la mía propia. Qué mayor gloria para el hombre que poder dejar como legado un libro que salga del alma. Escribí día y noche, escondido en la penumbra de mi celdilla. Pergeñé una obra en la que tiene cabida el humor y la melancolía, la aventura y el drama, lo divino y lo humano.

Pero cometí un descuido y uno de los hermanos leyó la última página escrita, después de haberla dejado olvidada en mi cuarto. Montó en cólera,

alzó la voz gritando «Herejía» y el boca a boca hizo que me convirtiera en objetivo de la Santa Inquisición. Hui llevándome lo único que merecía la pena después de tantos años de vida cenobita, esa obra inacabada, que al he logrado concluir gracias a su ayuda, capitán.

—¿Y la herida?

—Me encontraron a pie de puerto, mendigando un trozo de pan. Continuaba vistiendo el hábito, porque gracias a él resultaba sencillo conseguir algo que masticar y un trago de vino con el que empujar el bocado. Fue un error y un estilete se abrió paso entre mi piel. Logré escapar, deshacerme del hábito y subir al barco, escondiéndome entre las redes, fue el primer lugar que encontré. El resto de la historia, vos ya la sabéis.

Compungido, el capitán puso la mano sobre el pecho de aquel antiguo religioso, condenado por el dudoso delito de crear arte con una pluma y un tintero. Su respiración era pausada y estertórea, agotándose con cada soplo de aire que besaba sus labios al ser expirado con suavidad.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—En Medina de Pomar hay una imprenta, una de un anciano llamado Rodrigo Rosa, es mi padre, aunque no debe saber que yo le envío. No lo he vuelto a ver desde que me entregó a la Iglesia siendo un niño. Por unas cuantas monedas imprimirá mi obra y la llevará allí donde otros hombres valientes la multiplicarán. Deme su palabra como hombre de mar, dígame que hará lo posible para que mi obra me sobreviva.

—Toda promesa dada en alta mar ha de cumplirse, y yo acabo, con estas palabras, de sellar la mía —juró el capitán.

—Y ahora diga mi nombre ¿lo recuerda?

—Fray Jacinto Ro…

—No, amigo, ese no es mi nombre, porque yo no tengo nombre. Así no tendrán el qué ensuciar con su creencias crueles en favor de un dios que difícilmente aprobaría el fuego y el acero.

—Un hombre sin nombre —musitó Koldo Kristobalena.

—Un hombre libre —le replicó el polizón, tan sólo un suspiro antes de que su alma huyera del cuerpo dejando tras de sí el fardo exánime de un hombre en paz consigo mismo.

El carretero frenó en la entrada de Medina de Pomar y extendió la mano, no fuera a ser que su acompañante, concluido el trecho, fuese a olvidar que su compañía, camino y tiro, tenían un precio.

—Buena tierra esta, Castilla siempre bendice a todo hombre que quiera visitar sus campos, probar sus asados y beber su vino. Aquí encontrará todo eso y más —canturreó el carretero, mientras agitaba los dedos al aire.

Koldo entregó al conductor el pago acordado antes de salir y descendió con premura, sintiendo bajo los pies esa sensación extraña que marea al hombre de mar, cuando siente el suelo demasiado recio.

—No lo dudo. ¿Es usted de la tierra?

—No de muy lejos, a unos días está mi villa, Berlangas de Duero se dice mi hogar. ¿Por qué lo pregunta, mi buen amigo? —dijo, mientras se llevaba el pago a la faltriquera.

—Por si conocía Medina de Pomar y sabe dónde puedo encontrar una imprenta, la que regenta un tal Rodrigo Rosa.

El carretero escupió al suelo y plisó el ceño.

—Más vale que no diga el apellido en alto, ni siquiera Rodrigo lo usa, desde que a su hijo le condenó la Inquisición por hereje. Aún se le busca —masculló, con los dientes apretados.

—¿Se sabe por qué?

—Quién sabe. Son cosas de la Iglesia y yo, más allá del respeto que me merece el Señor y sus hombres en la tierra, ahí no me meto. Lo que se sabe es que la Inquisición ya ha pasado varias veces por la imprenta. Tenga cuidado con lo que sea que quiera de ese hombre.

—Rendido sin duda a la causa de la Inquisición —aventuró el marino.

El carretero contuvo una carcajada a mitad de garganta.

—No demasiado, a decir verdad —le replicó—. Entregó a su hijo a los monjes de San Pedro Cardeña porque era el cuarto y así tocaba. Y como razones para que su hijo fuera buscado y aprehendido no le dieron, en lugar de aliado se ha buscado la iglesia una enemistad eterna con ese hombre. Por eso le digo, hombre de mar, que tenga cuidado con quien confabula, no vaya a ser que le dé por preferir la compañía de los tiburones, que a buen seguro no dan mordiscos más fieros que los de algunos que sobre dos piernas deambulan.

—¿Y la imprenta?

El carretero alzó la mano diestra y extendió el índice, mostrando un callejón de empedrado seco y gris, que serpenteaba entre casas bajas, entre la que destacaba una herrería. Del patio de la misma, acompasando el sonido de un martillo golpeando sobre el yunque, asomaban cortinas de lágrimas incandescentes. Una de ellas alcanzó el lomo de un gato, que dormitaba junto a unos herrumbrosos aperos de labranza, y éste salió despavorido, maullando, revolcándose sobre el lomo.

El capitán Kristobalena se despidió del carretero con un ademán de mano y tomó la calle que le había sido indicada, cruzando junto al gato, que lamía la calva que las ascuas habían dejado sobre el brillante pelaje, negro como un mal augurio. El herrero continuaba con su cantinela de martillazos, enmudeciendo el paso de Koldo sobre el empedrado de la rue.

Se trataba de una hermosa villa, con casas de piedra y tejados relucientes, muy distintos a los que la humedad renegreaba en la costa. En el ambiente confluían, mediado el día, los aromas a pan recién horneado y piezas de carne asadas. Mientras caminaba hacia la imprenta, el marinero envidiaba la disponibilidad inmediata de sabrosa carne de la que los lugareños disponían.

Los vecinos, hombres y mujeres robustas, de mejillas sonrosadas y miradas vivarachas, le saludaban con la mano al pasar, como si en aquel lugar el foráneo dejara atrás esa condición nada más pisar el pueblo. Apenas llevaba un par de calles recorridas, y ya le alcanzaba la certeza de que cuando, años vista, dejara su vida en el mar, buscaría el abrigo de una tierra como aquella, de una villa con aroma a hogaza y cordero, en la que los pimientos secos y los ajos colgaran de las paredes, sobre enormes tinajas de barro en las que se conservaban los alimentos cubiertos de valiosa sal.

Al llegar a la imprenta la encontró abierta y pasó con la naturalidad de quien entra en su propia casa. Junto a una mesa, con infinidad de letras grabadas en metal dispersas sobre ella, había un anciano dándole la espalda.

—Bienvenido a la casa de Rodrigo, buen hombre —canturreó el de la imprenta sin volverse.

—Bienhallado sea usted, amigo —le devolvió el marinero—. Tengo un trabajo que requiere la sapiencia de un hombre que sepa

de imprenta y de multiplicar un manuscrito, creado para la celebridad —concluyó.

El anciano descendió de la silla y miró a Koldo con severidad, como si tratase de escrutar la verdad oculta entre los pliegues de una piel curtida por el salitre y el sol.

—Ese acento…

—Bascón.

—Bueno, no son tan buenos como los castellanos, pero se les supone hombres nobles… de palabra.

—Y palabras traigo —dijo Koldo, dejando el manuscrito del polizón sobre una mesa.

El anciano se llegó hasta él y abrió la sabanilla de cuero que lo protegía, leyendo lo inscrito en la primera página, mientras recorría las letras con los dedos. Bien parecía que el relieve que acariciaban sus pulpejos debiera confirmar lo que sus ojos le dictaban que decía aquel título, escrito con letras que ocupaban media cuartilla.

Mientras lo hacía, el capitán Kristobalena rescataba de sus rasgos los parecidos con el polizón que había expirado entre sus brazos, mientras le encomendaba aquella misión que él había emprendido con alacridad, y que estaba a punto de concluir. Aun con los años que les separaban compartían ciertos matices, como la hendidura de la barbilla, las mejillas huesudas y el color oscuro y ratonil de los ojos. En su fuero interno creía que aquel hombre se sentiría orgulloso de lo que había hecho su hijo, pero una promesa dada en alta mar debe cumplirse; no había mayor dogma que ese.

—Esta obra no tiene autoría. Da mala suerte imprimir sin bautizar —dijo el anciano.

El capitán sacó su bolsa de la faltriquera. No la que correspondía a lo que le tocaba en suerte al polizón, sino la suya propia, la que contenía el salario más elevado que jamás hubiera cobrado en sus muchos años en el mar. Lentamente dejó caer todas las monedas sobre la mesa, consiguiendo que a aquel anciano se le olvidara súbitamente toda suerte de maldiciones, oscuros presagios e imprecaciones que se les suponía a las obras que no mostraban a su autor junto al título.

—Es una obra complicada —asumió Koldo—. Una genialidad, pero que habla de temas delicados, que algunos podrían perseguir, y

que sólo debe darse a las manos y los ojos adecuados. Un manuscrito peligroso, simplemente eso.

—Sin nombre y peligroso —dijo, para después dejar en el aire una espesa pausa—. Ha venido usted a la imprenta adecuada.

—En sus manos lo dejo. Imprima usted esa obra y divúlguela, la historia y la memoria de un hombre bueno se lo agradecerán.

El anciano sonrió, aquella sí que era una sonrisa sincera y hermosa. Muy distinta a la que había visto en los labios de su hijo, no mucho tiempo atrás.

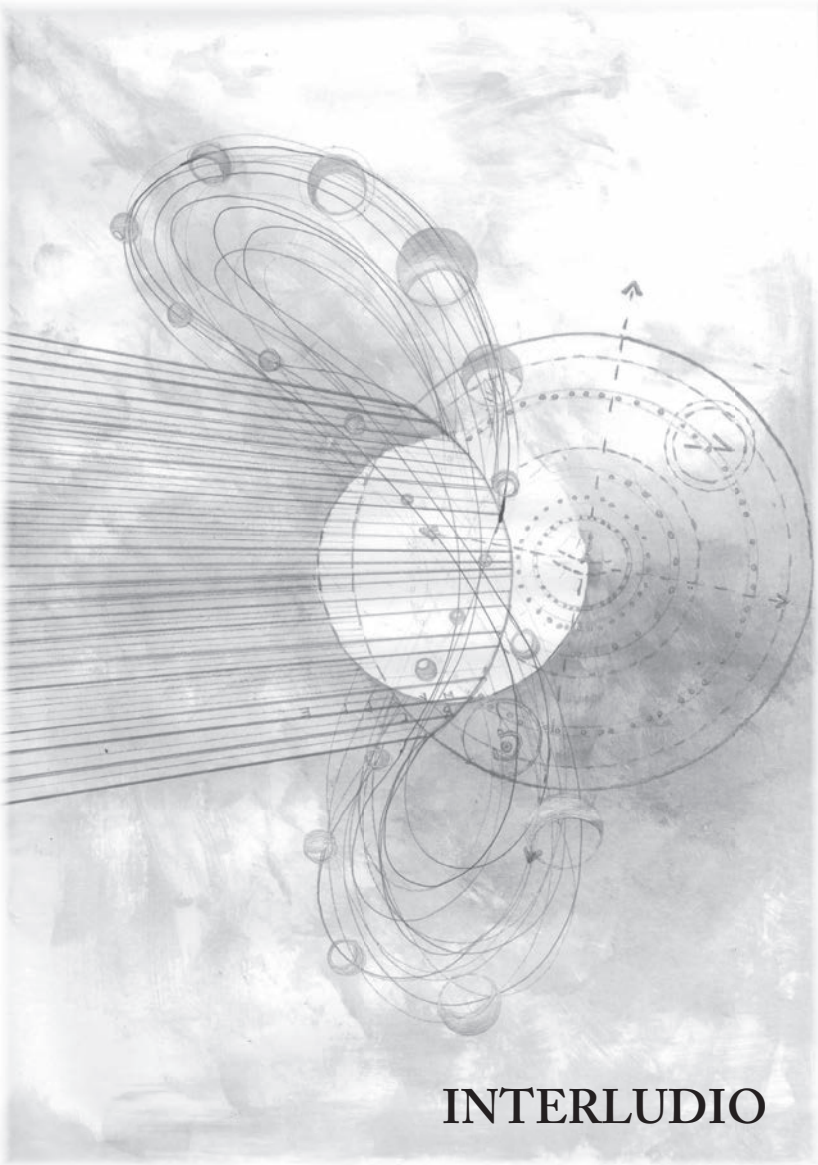
—¿Conoce o conoció usted al autor? —le preguntó, mientras el capitán Kristobalena alcanzaba la puerta, dispuesto a marcharse de aquel lugar.

—Sí, era un gran escritor, uno genial, un hombre en paz consigo mismo. Usted también se sentirá cerca de él cuando lea esa historia, aprovéchelo.

El anciano observó cómo su cliente se alejaba, calle abajo, dejándole a cargo de un trabajo cuyo pago le concedía meses de trago y bocado. Cuando se supo solo en su taller, volvió a pasar los dedos por la portada del manuscrito recién entregado. A pesar de la ausencia de autoría, había algo en él que le invitaba a pensar que estaba en sus manos una obra especial, una de esas que merecen leerse y divulgarse, de boca en boca, de plaza en plaza, de siglo en siglo.

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades

Incluso el título poseía cierta armonía y una enigmática belleza.

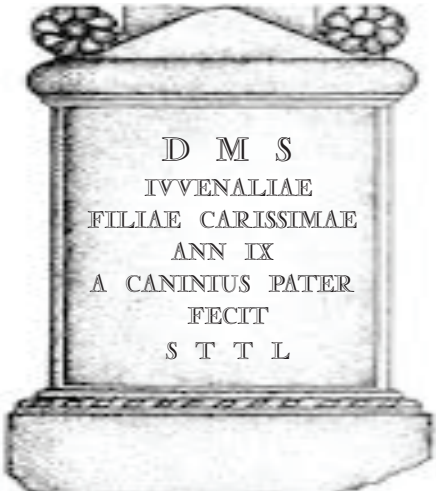


INTERLUDIO

ROJO AMAZONA[1]

Juan Jesús Aguilar Osuna

La silueta togada se detiene en medio de un silencio asaeteado por chirridos de vencejo. Parecería una escultura recortada contra el ocaso, de no ser porque una ligera brisa estremece los bordes de sus telas. Los céfiros de la añoranza y la impotencia, por el contrario, azotan el alma del magistrado mientras sus ojos recorren la inscripción sobre una estela funeraria. Desde hace tres años, se enfrenta a ella cada atardecer.



[1] Este relato fue merecedor del primer premio en la modalidad internacional del *XXXI Certamen Literario «Álvarez Tendero», Premio «Arjona» de Relato Breve* (Arjona, Jaén), en junio de 2018.

Si removiese la tierra aplacada bajo sus pies hallaría un hogar eterno levantado con ladrillos en soga. Seis hileras superpuestas y culminadas por tejas. Dentro, un sarcófago de plomo. Las bandas en zigzag que recorren el borde y la tapa permanecen frescas en sus retinas, al igual que los ungüentarios, los vasos de vidrio, las cuentas y las dos lucernas que componen el ajuar. El cuerpo que descansa en su interior, en cambio, empieza a desdibujarse de tanto recrearlo por miedo al olvido. Le angustia pensar que un día despertará y se descubrirá incapaz de recomponer el zafiro de sus ojos, la seda azabache de su melena amansada por una diadema de violetas, su risa de cristal…

Lo presintió en las estrías del cielo y en el siseo de una culebra. Luego lo hostigaron los sueños. Inundó su lecho de sudor al presenciar cómo se la llevaba el agua. Lo había visto, el augurio era claro: su joven y tierna Iuvenalia moriría ahogada antes de hacerse mujer. Por eso prohibió que la niña se aproximara a las orillas del Singilius, donde arriban las barcazas para cargar las ánforas que han de transportar el aceite astigitano hasta los confines del Imperio. Dio orden de que tampoco se acercara al arroyo y de que las esclavas mostrasen especial celo con los estanques.

El aciago porvenir se había manifestado ante sus ojos de augur para brindarle una oportunidad, para que protegiera la vida de su hija. Las pesadillas no dejaron de visitarlo. Un alarido en medio de la noche solía ahuyentar el sufrimiento hasta que la premonición volviera a resonar en las cavidades adormecidas de su mente… Y un día, cuando apenas frisaba los dos lustros, Iuvenalia cayó enferma. Las precauciones tomadas por su padre no evitaron que la niña muriera ahogada. En ella misma. Su sangre se tornó agua.

La pequeña fue valiente, luchó por su vida, pero el futuro se desplomó ante ella sin que las yemas de sus tiernos dedos pudieran tocarlo.

Unos gañidos estridentes rescatan al augur de su ensimismamiento. Dos sombras aladas planean contra el crepúsculo anaranjado, espantando a gorriones y vencejos. Los ojos del hombre estudian los desplazamientos de las rapaces. Sus oídos interpretan la conversación entre ambas aves. Libera su mente, trata de dejarla en blanco para que los hados vuelquen su mensaje en ella. Una nueva retahíla

de graznidos le atraviesa la conciencia con la daga fría de un mal augurio.

La voz del destino se aloja en su espíritu y reverbera en sus tímpanos como la herida abierta por la hoja acanalada de una falcata íbera, imposible de acallar.

Pronto te habremos sacado de este lecho. No hace tanto que descubrí tu codo, después me miraste a los ojos y desde entonces nada ha sido igual. Mis colegas se ríen cuando les digo que no ocurrió por casualidad, que estabas aguardando a que te descubriésemos, empeñada en volver a contemplar el cielo de una Astigi a la que ahora llamamos Écija.

Está siendo un parto largo, minucioso, sin prisas. Aunque, pensándolo bien, has sido tú quien ha vuelto a alumbrar mi vida.

No se lo he dicho a nadie, pero estoy convencida de que la rosa fue la señal que nos indicó dónde te encontrabas. Llevábamos excavados dos escalones del estanque romano y una semana de agua nos obligó a detenernos. A la vuelta, entre las aristas de unos sillares de calcarenita y los charcos que el sol no tardó en secar, descubrimos un delgado tallo espinoso con varias hojas y la insinuación de un diminuto capullo. Tenía su gracia que entre la aridez de aquellos estratos del pasado germinase una preciosa y delicada flor roja. Me la llevé a casa y la trasplanté en una maceta. Ha arraigado con fuerza y, a medida que te desenterramos, las rosas siguen brotando, exquisitamente hermosas. Rojo sangre.

Te tocas la cabeza y nos muestras tu herida, pero no te has rendido. Has resistido siglos, casi dos milenios de espera, para llenar tus pulmones marmóreos con un aire de otra época y gritarnos que sigues viva.

Todos nos preguntamos lo mismo sin hallar respuesta. ¿Quién fue tu benefactor? ¿Quién quiso protegerte y de qué… o de quién? Tal vez procuró que descansaras en paz, que murieras sin dolor… Aunque estoy convencida de que fue todo lo contrario. Se tomó

demasiadas molestias para que permanecieras íntegra, para que prosiguieras tu viaje hasta llegar a nosotros.

Me canso más que antes, sobre todo en estos días en que es imposible trabajar sin toldos. El sol de la mañana abrasa hasta amedrentar las sombras del presente y del pasado. Ya queda poco para que el astro se descuelgue por el azul y nos ofrezca una tregua. Entonces volveré a casa y tú permanecerás aquí, una noche más, avistando el cielo estrellado, semienterrada en tu perfección, renacida, brotada del vientre de la tierra, arrancada del olvido del tiempo, alumbrada al presente tras lo que debió de parecerte una eternidad.

Una leve brisa arrebata a los rosales su dulce esencia y la esparce por el jardín, mezclándola con el incesante gorgoteo de las fuentes. La luna riela menguada sobre las ondas de un inmenso estanque alimentado por bocas de leona. Entre arbustos y setos descollan esculturas de mármol. Se congregan en un mudo encuentro, las miradas imperturbables, cristalizadas en el instante exacto que les regaló una promesa de perpetuidad.

Sobre pedestales, las advocaciones a las virtudes y divinidades duplican sus bendiciones en la laguna de plata recreada a espaldas del templo. Minerva, Bonus Eventus, Pietas, Pantheus… Más allá Calíope, musa de la poesía y la elocuencia. Todas las policromías se han ensombrecido con tonos de noche.

—Nada es para siempre. Todo comienzo abre el camino hacia su final —explica el magistrado y augur astigitano a Naso, su esclavo de confianza. Mientras piensa en voz alta, los ojos de vaticinador están encallados en los bancos arenosos de sus adivinaciones—. Nuestros padres extendieron este mundo sobre el *oppidum* que otros ya habían levantado y sus vaguadas. Pero nada queda de aquella gente, ni siquiera recuerdos embozados en sombras de historias. Lo arrasamos todo. Hicimos tabla rasa y construimos Astigi *ex novo* con la ayuda de colonos. Incluso alteramos el curso natural del arroyo con el que hasta entonces habían convivido. Mi antepasado fue uno de los pri-

meros artífices: Lucio Caninio Pomptino, augur y duovir, miliciano de la Legión II Pansiana. —El magistrado enfrenta los ojos de su esclavo, al tiempo que lo agarra por el brazo—. ¿Acaso él no vio lo que yo he presenciado? ¿Acaso no soñó que seríamos iguales al resto y que para nosotros también habría de llegar un final?

El esclavo se estremece ante el severo cuestionamiento de su dueño, para el que no tiene respuesta. Le tiemblan las piernas bajo la túnica. Sabe que Aulio Caninio jamás ha errado en sus auspicios. Cree ciegamente en sus palabras, y le está diciendo que se aproxima el fin.

—Ya hemos arrojado los sillares al fondo del estanque, mi señor, tal y como ha sido su voluntad —anuncia Naso, que aguarda las próximas órdenes. Lo invade una mezcla de respeto y temor. Todos saben que su amo ve lo que otros no alcanzan a vislumbrar. ¿Qué infortunio se cierne sobre Astigi?

—Ahora le toca a ella —indica el togado—. Tratadla como si acariciaseis el vidrio más frágil que jamás haya producido un taller egipcio. Recordad que fue esculpida en una sola pieza y es así como ha de continuar.

El rocío de luna hace evidente la turbación de los esclavos. Todos los ojos vueltos hacia el augur han seguido el trazo de su mirada. Se detienen sobre la escultura que preside una de las fuentes del jardín. Es la réplica marmórea de una amazona de bronce fundida por el escultor griego Policleto siglos atrás. La guerrera los contempla con serenidad, a pesar de la herida mortal que su brazo levantado deja al descubierto en el costado derecho. El dolor contenido añade dulzura y belleza a su delicado rostro. Nació para convertirse en heroína. Su fortaleza trasluce a través de la agonía reprimida y de los pliegues de su chitón, ceñido al talle con las riendas de su fiel montura.

—Depositadla entre el lecho de piedras —ordena el magistrado—. Ahí descansará mientras sanan sus heridas y las nuestras nos consumen.

El trabajo es complejo y requiere gran esfuerzo. Las sogas se tensan sostenidas por el brío de una docena de brazos. Los esclavos sudan y resuellan mientras, al fin, la Amazona se sumerge lentamente en un lago de mercurio lunar que, según la ubicación del observador, deja entrever su fondo.

—¿Cuál es su deseo ahora, mi señor? —pregunta el esclavo de confianza—. Si quiere proteger de los cristianos cuanto se pueda, haremos lo mismo con la imagen en bronce de nuestro dios y emperador, y luego con los tesoros del *témenos*. Solo tiene que abrirnos el cancel para que los hombres entren en el templo y…

La mano alzada del augur lo acalla. No se molesta en girar la cabeza hacia la reja áurea anclada al podio del majestuoso edificio que preside el foro.

—Solo ella —concreta, tajante—. Han de creer que terminan con todo, como una vez hicimos nosotros. La que descansa en el líquido de vida será nuestra emisaria. Ella hablará de Astigi, de toda la Baetica y de Hispania cuando no seamos sino escombros y medias palabras escritas en piedra. Vaciad el estanque y cubrid la Amazona con tierra.

—Se-señor… —tartamudea el esclavo—, ¿por qué ella?

—Porque posee la fuerza y la constancia —asegura—. Aun herida, vino de otro mundo al nuestro y continuará su camino. —Se detiene y, una vez más, atemoriza al esclavo con la convicción alojada en sus ojos—. Lo he visto, Naso. La doble muralla que protege nuestra urbe no logrará contener los designios del destino. Ha llegado nuestra hora, como también llegará para aquellos que no comulgan con nuestros dioses. Unos suceden a los otros; tal es el peaje que hemos de pagar como hijos de Saturno… Pero ella nos rescatará de la gangrena del tiempo, del manto de anonimato que otros pueblos y otras épocas tenderán sobre nosotros. La veo en mis sueños: surge entre brumas, los cabellos húmedos tras emerger de las aguas. Me mira desde la otra orilla cristalina de los días. Me muestra su herida y, en contra de lo que pudiera ser una derrota, percibo su arrojo y determinación. Ella hablará de nosotros, edificará historias a partir de los sillares de nuestras ruinas. Seguiremos siendo Astigi, Colonia Augusta, gracias a ella.

—Cuando dice *ella*… —murmura Naso, casi en contra de su voluntad.

—Me refiero a la que no tiene pecho —aclara su señor—. Esa a la que dais sepultura: la Amazona.

La diosa Luna avanza por la cúpula estrellada soslayando el amanecer. Las primeras rasgaduras del alba despiden el rostro de la guerrera.

Naso no quita ojo a su dueño, temeroso de los presagios ocultos tras tan melancólico semblante. Cuando una última palada ciega los ojos azulados de la estatua, el augur exige que se detengan. Ante el asombro de los esclavos, arranca un rosal de cuajo con las manos. Las duras espinas hacen brotar hilos de sangre. No parece importarle. Las mejillas del togado brillan con lágrimas convocadas por sentimientos más atávicos y profundos que el mero dolor.

Aulio Caninio eleva la mirada a un firmamento que rompe a azulear. Dos halcones planean en las alturas y arrojan gañidos estridentes sobre Astigi. El augur levanta el rosal hacia ellos mientras murmura palabras que los esclavos apenas logran descifrar. Podría tratarse de una oración; quizá sea una invocación o un conjuro. De tanto en tanto, entreoyen voces como «*vida..., muerte...*», también «*aguas..., eterna guerrera...*» y, en más de una ocasión, «*Iuvenalia...*».

La sangre chorrea por los antebrazos del magistrado. Impregna su toga con ecos deformes del *latus clavus* púrpura que advierte de su condición social. Una vez da por concluido el ensalmo, arroja el rosal sobre la sepultura de la Amazona. Los pétalos de una rosa —rojo sangre, vida y muerte— compiten en suavidad con el codo de la eterna guerrera.

—¡Cubridla del todo… con cuidado! —ordena.

Mientras los esclavos cumplen órdenes, Naso lee en los labios de su señor un eco que nadie oye.

Iuvenalia... Iuvenalia...

No hace tanto que deseé, desde lo más profundo del alma, que este vapor que me envuelve cuando me ducho llenase mi existencia al completo hasta ayudarme a desaparecer. Fue tan duro… Todo se acababa. Nada tenía ya sentido; no me quedaban fuerzas con que aferrarme a unos pocos retales de vida. Incapaz de apartar los ojos de mi herida, la única elección era reconocer la derrota…

Hasta aquel día en que me di cuenta de que algo resistía inmune a la niebla que me consumía. Unos pétalos rojos brotados en el estanque romano desafiaban las fauces de la invisibilidad, la antesala

de la nada. No quiero olvidar la lección. Por eso, desde entonces procuro que no falte una rosa en este baño.

Rojo sangre. Rojo vida… y rojo muerte. Los opuestos no significan nada en ausencia de su contrario.

Sigues vivo, cada vez con más fuerza. Tu simiente ha perdurado milenios y me he propuesto propagarla por toda la Tierra. He replantado varias macetas en el patio. Muchos amigos se han llevado esquejes porque naciste sobre nuestra Amazona, ¿quién sabe si de ella? Todos tus vástagos se aferran al suelo y hacen brotar rosas ensangrentadas. Protegen con espinas sus ansias por vivir.

Te huelo por las noches, tu fragancia se adentra por la ventana abierta del dormitorio y me transporta en sueños a un mundo donde empiezo a creer que alguna vez viví. Un orbe donde existe un foro con su inmenso templo sostenido por altas columnas de mármol. Peristilos regados por fuentes y estanques, acompañados por bellas esculturas policromadas. También he soñado con un anfiteatro y un circo extramuros. El teatro aprovecha la pendiente de una antigua ladera. He visto casas con paredes estucadas y suelos de exquisito mosaico. Fuera, anchos viarios de losas calizas terminados en aceras porticadas. Por debajo cruzan cloacas que vierten hacia el este, a las aguas del Singilius, las mismas por las que se alejan las naves cargadas con ánforas olearias en busca del Baetis y, más allá, del mar. El barro de los alfares astigitanos sigue elevando el Monte Testaccio o acaba quebrado en alguna tierra lejana colonizada por un imperio.

Tu esencia me embriaga con recuerdos de una vida que alguna vez fue mía. Y bajo tus raíces aguardaba ella, la que no teme a la muerte, la que vino a rescatarme del abismo de la desolación. Ella me enseñó a no llorar cuando retiro el vaho del espejo y descubro mi cuerpo desnudo. Me hizo ver que aunque las cicatrices hablan de la ausencia de mi pecho, no están ahí para perpetuar el recuerdo de otra vida mejor. No son el grito de mi incompletitud, ni el comienzo de ningún fin.

Me enfrento al espejo y vislumbro unos ojos al otro lado, unas pupilas que admiraron a nuestra Amazona cuando todavía éramos una colonia romana… Y esos ojos —ojalá no me esté volviendo loca— me susurran «*Iuvenalia…, Iuvenalia…*» mientras me piden

que luche, que siga excavando en busca de verdades, que abra las entrañas de la tierra para encontrar el sentido de mi existencia.

Hace meses que presides nuestro museo y no hay día en que no despiertes la admiración de quienes se detienen a contemplarte. Cada vez que salgo de la ducha, desnuda y con el pelo —que vuelve a crecer recio— mojado, me gusta imitar tu pose. Me anudo los picos de la toalla sobre el hombro derecho, la ausencia de mi pecho al descubierto. Llevo ese mismo brazo hacia atrás, hasta que la mano descansa sobre la cabeza. Dejo caer el peso del cuerpo sobre una pierna…

Ahora sé que, al igual que yo, tenías los ojos color cielo.

Día a día soy más consciente de cuánto tenemos en común. Presiento por qué has llegado hasta nosotros y por qué sigo yo aquí. Alguien tenía que encontrarte. Alguien tenía que interrumpir tu sueño para que atrajeses nuestra atención hacia aquel tiempo en que viviste.

Tu fragancia de rosas me colma el pecho. Rojo vida y rojo muerte. Sangre. Es la mejor medicina que puedo tomar cada mañana, antes de retornar al yacimiento para sacar nuestros orígenes a la luz, para apuntalar nuestro momento presente con un significado y una razón de ser.

Una vez concluya la jornada, he de repasar la ponencia que presentaré en Roma el próximo fin de semana. Les hablaré de ti y de cómo era tu mundo, nuestro mundo… Aunque tal vez no sea yo, mi hermana guerrera, quien recree Astigi, los cimientos de Écija, sino tú a través de mi alma y de mi voz.

«*Regresa a la vida desde los confines de la muerte, Iuvenalia*», susurran los ojos que me escudriñan a través de un océano de tiempo. «*Rescátanos de las aguas turbias del olvido, Iuvenalia, nuestra eterna guerrera*».

MODALIDAD

ALUMNO

1º y 2º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
Diploma

EL TIEMPO SE ACABÓ

Primer Premio

LUCÍA CARMONA PIÑA

2º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

Un árbol, un columpio, una sombra…

Un árbol, un columpio, una sombra…

No sé cuánto tiempo llevo sumergida en mis pensamientos, en los que solo puedo ver esas imágenes. Esas malditas imágenes que llevan azotando mi mente no sé cuánto tiempo. Un día, tres meses, cuatro, ni idea. No recuerdo nada, solo sé que estoy sola. No pudo ver, ni oír, ni tocar, solo estamos yo y mis pensamientos.

¿Por qué?

¿Qué me pasa?

Sandra era una chica de diecisiete años que destacaba por su sobriedad. Su belleza era descomunal. Tenía unos ojos grises que te atrapaban en su mirada sin poder evitarlo, unos labios carnosos en forma de corazón, con dientes perfectos que no solía enseñar, y un cabello pelirrojo como el fuego.

Era bastante afortunada en el sentido de que sus padres eran ricos. Vivía en una mansión y asistía a fiestas sofisticadas todas las semanas. Pero no era muy dichosa en el amor y la amistad, no porque no tuviera pretendientes ni la invitaran a fiestas, sino porque eso nunca le importó demasiado. Desde pequeña se había considerado una chica libre, autodidacta; le gustaba descubrir cosas por si misma, sin recibir la ayuda de nadie. Sandra tenía un lugar secreto en medio del bosque. Un paisaje que ella misma se había encargado de mantener escondido. En ese lugar podía pasarse horas y horas haciendo lo que más le gustaba: escribir. Le encantaba escribir, darle vida a unos personajes, mantener una trama y darle un final a la historia. Con los años sus historias fueron mejorando y eran dignas

de aparecer en una librería, pero eso no le importaba. Escribía por y para ella y no le interesaba la fama. No le gustaba que la gente juzgara su trabajo, ni nada por el estilo.

Zack era el típico chico mujeriego de dieciocho años, cuya meta en la vida era tener sexo con todas las chicas de su instituto. Era moreno, con ojazos azules y una sonrisa perfecta. Quizás por eso era tan popular entre las chicas de la edad de Sandra, ya que cada vez que Zack pasaba por delante de un grupo de ellas, a todas se les escapaba una risita nerviosa. Para Sandra, sin embargo, era diferente: su corazón era libre y no tenía dueño.

Zack y sus amigos solían hacer apuestas en torno a las chicas. Para ver quién conseguía conquistar antes a una o a ver quién era el más rápido en llevársela a la cama. Eran apuestas absurdas, sin sentido, que utilizaban a las adolescentes como objetos de diversión. Algo repugnante. Normalmente el juego giraba en torno a chicas populares pero ese día fue diferente. Retaron a Zack con el objetivo de conquistar a Sandra. Al principio se negó, pero terminó aceptando porque le ofrecieron una gran cantidad de dinero.

Al día siguiente Sandra llegaba temprano, como siempre. Le tocaba literatura, su asignatura favorita. Quedaban quince minutos para el comienzo de la clase, por lo que sacó un lápiz y un papel y empezó a escribir. Quería terminar una historia que había empezado. No llevaba ni dos minutos escribiendo cuando notó que le tocaban la espalda.

—¡Auch!

—Hola, soy Zack. Estamos en la misma clase de Historia. ¿Me podrías dejar los apuntes?

A Sandra no le entusiasmó mucho la idea, pero accedió.

—Sí, sé quién eres. Bueno, yo soy Sandra y aquí tienes los apuntes, pero los quiero de vuelta —dijo mirándolo desafiante.

—Eso está hecho, no te preocupes. Gracias.

Sonó la sirena y dio comienzo la clase. Sandra sacó su libro de literatura de la mochila y se cayó una nota. La abrió con curiosidad y la leyó.

«Si quieres que te devuelva los apuntes, ven mañana a las cinco a la cafetería de la plaza.»

A Sandra se le escapó una sonrisa sin saber muy bien por qué. «¿Acaso le gustaba Zack?». No, no, definitivamente, no.

Pensó en la «cita» y al final decidió que ir no sería mala idea. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer.

Sandra llegó puntual y allí está Zack.

Se sentó junto a él y le dio dos besos. Para él fue un gesto normal, pero a ella la puso feliz.

—Hola, ¿y mis apuntes?

—Así que solo has venido por eso... Pues no los tengo.

—¿Qué? ¿Dónde están? ¡No lo habrás perdido!

—Tranquila, es broma. Aquí los tienes.

Zack alzó la mano para que Sandra los cogiera. Falló en el intento. Se rieron y cruzaron miradas. Los dos sintieron un cosquilleo incómodo. Al final Zack le dio los apuntes y pidió un batido para compartir. Entre risas y muchos temas de conversación, Zack llevó a Sandra a casa.

—Me ha gustado mucho pasar la tarde contigo. Esto hay que repetirlo —dijo Zack.

—Bueno... no ha estado mal. Podríamos repetir —dijo ella, sonriendo.

Sandra había sido feliz aquel día. Se sentía incluso extraña porque nunca nadie le había prestado tanta atención ni dado tanta seguridad.

Los encuentros entre risas y abrazos se repitieron. A Sandra le gustaba mucho Zack. Él había conseguido sacar de ella una parte alegre y divertida que desconocía. Se sentía feliz a su lado y eso era lo más importante. Se lo dijo a sus padres, ya que empezaron a sospechar de sus salidas. Sus padres no lo aceptaron, pero no le dieron mucha importancia, como a todos los problemas de Sandra.

Era sábado, iba a ducharse, y se fijó en el reflejo de su cuerpo desnudo. Nunca le había gustado su cuerpo, pero desde que había empezado a salir con Zack se preocupaba más de su físico. Eso no era malo, pero tampoco debía abusar de ello, y mucho menos cambiar por una persona. En esto Sandra cometió un grave error.

En esos últimos meses había cogido mucho peso. Se le ocurrió una idea para perder más peso y gustarle más a Zack. Podría con-

trolar lo que comía y vomitar una pequeña parte. Cenó, se metió en la ducha y probó lo que había ideado. Se sintió bien y lo siguió repitiendo durante días.

Aunque al principio Zack solo se había acercado a Sandra por la apuesta, la verdad es que sus sentimientos hacia ella no estaban muy claros. Le atraía mucho... ¿Tanto como para enamorarse?

Sandra estaba feliz y Zack, sin saber por qué, también lo estaba. «¿Acaso le gusta Sandra de verdad? No, definitivamente, no.»

Tras pensarlo mucho, Sandra se decidió. Estaba muy nerviosa. Había quedado con Zack para enseñarle su lugar secreto, y no estaba segura de cuál sería su reacción.

Zack pasó a recogerla y Sandra le indicó el camino. Llegaron al bosque y ella le pidió que cerrara los ojos.

—¡Jo! ¿Por qué?

—Hazme caso.

Anduvieron durante unos minutos y llegaron al lugar deseado. Sandra, poco a poco, despegó las manos de los ojos de Zack y este se quedó asombrado.

—¡Guau! Pero ¿por qué a mí? ¿Nadie sabe de este lugar?

—Vengo aquí desde pequeña a escribir y dibujar. Nadie lo sabe, excepto mi padre, que fue quien colocó el columpio en el árbol. Te lo he enseñado a ti porque te quiero, Zack, te quiero.

Zack no supo cómo responder y lo hizo de la mejor manera que pudo. Se acercó a ella y la besó. Fue un beso suave, lento, apasionado y lleno de amor. Los dos se dieron cuenta de aquello. Tras esto Sandra le enseñó algunas de sus historias y se sintió querida por primera vez en mucho tiempo.

Sandra sufría mareos, algunos la dejaban inconsciente durante horas, pero afortunadamente no sufrió ninguno delante de Zack. Tenía problemas, era consciente de ello. Ya no podía controlar lo que comía y lo que no, pero no estaba dispuesta a pedir ayuda.

Por su parte, Zack estaba confundido. ¿Qué le pasaba? Ella nunca había sido así, ¿qué acababa de pasar? Ese beso había sido la clave para que se diera cuenta de que estaba locamente enamorado de Sandra. No le iba a decir nada a sus amigos, ya que se reirían de él. Sería mejor mantenerlo en secreto, pero se lo tenía que decir, tenía que decirle a Sandra que estaba enamorado.

El trece de diciembre quedaron en el bosque. Sandra iba a contarle sus problemas ya que no aguantaba más. Zack iba a confesarle sus sentimientos y lo de la apuesta, ya que no estaba dispuesto a seguir haciéndole daño.

Sandra iría andando y Zack en coche. Eran ya las seis y habían quedado a las cinco y media. «¿Dónde estaba? ¿Se habría olvidado?».

Zack estaba llegando, pero había mucho tráfico. Estaba nervioso. Llegaba muy tarde, tenía miedo de que no lo perdonara. Sandra estaba columpiándose cuando sintió que su estómago le daba un vuelco. No era como los que había sufrido anteriormente. Era más intenso, más doloroso. Cayó al suelo y se dio un golpe en la cabeza.

Estaba medio inconsciente cuando vio la sombra de Zack. Ya era tarde. Zack acudió a ella lo más rápido que pudo. Lágrimas caían de sus ojos sin cesar. Cogió el móvil y, tembloroso, llamó a una ambulancia.

Todo pasó muy rápido. A Zack le costaba respirar. No podía asimilar lo ocurrido. En el hospital, los médicos le comunicaron que sería difícil que saliera con vida. Había entrado en coma, debido a sus problemas con la comida y al golpe en la cabeza.

A Zack le costó muchísimo aceptar lo que había ocurrido. Se pasó la noche en el hospital, lamentándose y culpándose de lo sucedido.

Al día siguiente fue al bosque y recopiló los relatos de Sandra. Se prometió a sí mismo que iría todos los días al hospital a leerle cada una de sus historias, hasta que despertara del coma.

Lamentablemente, ese día nunca llegó…

A veces esperamos demasiado y puede que el tiempo se nos acabe…

DEMENCIA DE AMOR

Segundo Premio

ÁNGEL GÓMEZ RODRÍGUEZ

1º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
Diploma

Era el 21 de enero de 2016. Hacía tanto frío que la fuente de la plaza del pueblo estaba medio congelada. Conchi, una anciana de setenta y seis años, disfrutaba de un café con sus amigas. Al otro lado de la plaza, unos niños lanzaban piedras a un árbol. Una de las piedras hizo que todos los pájaros que estaban en el nido volaran en bandada. Todos menos uno, un pájaro negro, con el ala derecha de color canela, que había caído al suelo. Los niños se iban, riéndose, como si estuvieran orgullosos.

—Vaya par de estúpidos —pensaba Lucas, un niño que iba de camino al bar.

Conchi se fijó en el pájaro e hizo un movimiento, como si fuera a levantarse. Lucas se detuvo, fijándose en el pájaro, igual que Conchi. Salió corriendo para cogerlo. Conchi tenía demencia senil y siempre iba con su cuidadora, a la que consideraba su mejor amiga. Cuando cogió el pájaro, Lucas se dirigió otra vez al bar, para tomarse un colacao con su abuela.

—Oye, chico. ¿Qué piensas hacer con ese pájaro? —dijo Conchi.

—Le daré comida y agua, y cuando pueda volar, lo soltaré.

—¿Me lo podrías dar? Me encantan los pájaros.

Lucas se lo dio. Antes que nada, Conchi se lo propuso a Marta, su cuidadora, a la que le pareció buena idea que cuidase del pájaro.

—Señora, ¿usted donde vive? Es para pasarme y ver al pájaro.

—En la calle Abedul, número nueve.

Pasaban los días y Lucas iba cada tarde a visitar a Conchi y a su pájaro. Lo llamó Azabache. Era muy tranquilo y adoraba a Conchi y a Lucas. Le encantaba el alpiste. Se hicieron inseparables. Lucas quería a Conchi como si fuera su abuela. Lucas acompañaba a Conchi, junto con Marta, prácticamente a todos lados. Durante los meses de abril y mayo, Conchi evolucionó drásticamente con su terrible enfermedad.

Un 10 de junio, Lucas llegó a casa de Conchi y se encontró con Marta. Estaba en la cocina, preparando una manzanilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas, confuso.

—Conchi se encontraba un poco mal, con ganas de vomitar, y no quería estar en el salón, porque dice que la ven los que están en el televisor.

—Ya está con esa historia. Miré en la web «Ayuda en la demencia» y he leído que es uno de los delirios más comunes entre ellos.

—Y también está con azabache. Le improvisé una jaula en la habitación de Conchi, porque dice que esa jaula no entra en la habitación.

—Voy a verla, a ver qué dice.

—Hola, Lucas. —Conchi estaba todavía indispuesta.

—Hola, me ha dicho Marta que no quieres estar en el salón.

—Esos del televisor me ven, no pienso vomitar delante de ellos.

Lucas se tuvo que ir, porque era tarde. Estaba preocupado, porque podía empeorar. Al día siguiente, cuando Lucas fue a visitarla, se calmó y pudo estar en el salón. Había un programa de folclore andaluz, «Y que viva el sur». Ella saludaba a la presentadora, decía que se conocían desde hacía tiempo, de cuando ella vivía en el campo. Afortunadamente, Conchi mejoró y los delirios no empeoraron. Los días pasaban y Lucas se daba cuenta de que Conchi y Azabache estaban unidos, como si estuvieran sincronizados.

Conchi y Azabache eran uña y carne, eran inseparables. Conchi le había enseñado trucos.

El 6 de octubre, Lucas estaba de camino a casa de Conchi, como cada día. Pero antes de llegar a la casa, se la encontró con Marta.

—¿Adónde vais? —preguntó Lucas.

—A ver en directo «Y que viva el sur», que nos han dejado ir a verlo —respondió Marta.

—¡Y que viva el sur! Hoy a mi amiga la saludo yo por la leche que mamé. Hoy esa no se escapa como en el televisor. ¡Vaya si hablo hoy con ella! —dijo Conchi.

—Bueno, que lo paséis bien. ¡Adiós! —se despidió Lucas.

Antes de irse, Marta le dejó a Azabache para que el pajarito no estuviera solo.

En enero le cambió la vida. Su abuela Puri se convirtió en una

gran amiga de Conchi. Toda la familia de Lucas la conocía y se llevaban muy bien.

Todo siguió muy tranquilo, hasta que en diciembre, al entrar en casa de Conchi, Lucas se encontró una nota de Marta:

Hola, pequeñín, soy Conchi, pero como no puedo escribir, se lo estoy dictando a Marta. He sufrido un ictus, aunque ya estoy bien. Tardaré una semana en volver. Marta dice que el día 7 podrás venir al hospital. Tu madre ha hablado con Marta y sabe la dirección.

Te quiero mucho.

Conchi

Debajo de ese párrafo había otra nota, escrita por Marta:

Hola Lucas,

Conchi no lo sabe, pero el ictus está provocando una muerte lenta en ella. Me lo han confirmado los médicos. El día 7 podrás venir porque es el último día que, con certeza, seguirá con vida. Por favor, cuida de Azabache. Tienes la comida al lado de la nota. Llévatelo a tu casa. Por cierto, todos los días a las 10:00 me pasaré a dejarte una nota en la casa de Conchi.

Atentamente,

Marta

Lucas cogió a Azabache y su comida y se fueron directos a casa de Lucas.

5 de diciembre.

Hola Lucas,

Conchi se acuerda mucho de ti y está deseando que sea el viernes 7. Yo estoy aguantando como puedo. Estar en el hospital con Conchi en sus últimos días es desolador. Tengo un nudo en la garganta y no puedo casi ni hablar. Recuerda, mañana te escribiré otra carta.

Besos,

Marta

6 de diciembre.

Lucas, hoy no te puedo escribir mucho porque las notas las escribo en la casa. Conchi se ha puesto muy alterada cuando me fui. Ya le queda poco, pero la angustia es eterna.

Al fin era 7 de diciembre y Lucas fue con Azabache al hospital. El médico le dijo que le quedaban horas de vida. Lucas, con las lágrimas en los ojos, decidió entrar.

—Lucas, te quiero mucho —dijo Conchi.

Lucas se abrazó a Conchi y la besó, por última vez.

18 de diciembre.

Lucas por fin tuvo el valor de ir a ver la tumba de Conchi, acompañado por Marta y Azabache. En ese momento, las lágrimas casi no le dejaban ver nada. El pajarillo tuvo unas ganas incontrolables de salir de la jaula. Cuando salió, se quedó parado encima de la tumba de Conchi y no se movió. Lucas le dejó allí, y se fue.

Desde entonces, Marta fue a darle de comer todos los días. siempre estaba en ese sitio. Hasta que el 21 de enero de 2017, cuando fue a darle de comer, Azabache no quiso, descendió del extremo de la tumba de Conchi, y allí falleció.

Con el tiempo, las cosas cambiaron. En septiembre de ese mismo año Lucas se tuvo que marchar del pueblo, pero aún tenía contacto con Marta.

21 de enero de 2019.

Marta está desayunando en la casa de Conchi. Se la regaló en su testamento.

En las noticias ve a un joven muy parecido a Lucas.

Periodista: Bueno, Lucas, ¿cómo es este proyecto?

Lucas: *Deamor* es un proyecto dedicado a las personas con demencia y alzhéimer. Tenemos la sede en un pequeño local, donde los abuelitos y abuelitas pueden divertirse mientras sus cuidadores aprenden algunas técnicas para hacer más amenas estas horribles enfermedades. Y, por cierto, somos una asociación sin ánimo de lucro. Pueden venir totalmente gratis…

Marta apagó el televisor, y como cada 21 de enero, fue a hacer una ofrenda de alpiste y flores a Conchi y Azabache. El pajarillo estaba enterrado cinco centímetros a la derecha de Conchi. Sobre la tumba de ella cayeron lágrimas, que cristalizaron por el frío polar de ese año.

Marta volvió a decirle que la quería y que esperaban que estuviera bien allá arriba, en el cielo, junto a Azabache.

MODALIDAD

ALUMNO

3º y 4º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
Diploma

LA CONDENA DE UN ALMA TRISTE

Primer Premio

IRENE BUENO OTERINO

3º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

«Escribo todo lo que siento y siento todo lo que escribo,
estoy despierta, pero todo en mí está dormido;
sigo en pie, pero hundiéndome en el vacío,
me ahogo y nadie escucha mis quejidos,
estoy rota y aun así sonrío;
estoy viva, pero me muero en cada latido.»

Apenas eran la seis de la mañana y James salía de su casa a paso tranquilo. La luz del sol iluminaba con sus primeros y tenues rayos las pequeñas casitas de aquel pueblo irlandés. El aire fresco y húmedo le mojaba la cara, queriendo atravesar su piel y adherirse a sus huesos sin conseguirlo. Una pequeña brisa se escurría entre las viviendas. No se escuchaba apenas ruido, salvo el que hacían los vecinos que se levantaban de madrugada para ir a trabajar a Dublín, la capital, que quedaba a una hora en coche.

James caminaba sin prisa, pero con firmeza, a pesar de lo temprano que era para un adolescente de su edad. Tarareaba muy bajito la música que salía de sus auriculares. A simple vista parecía un chico normal de dieciséis años, pero estaba lejos de serlo. Tenía el pelo castaño oscuro y unos casi hipnóticos ojos verdes, la piel clara, y vestía unos vaqueros, un par de converses viejas y decoloradas por el tiempo, una camiseta cualquiera y su chaqueta de cuero.

Iba envuelto en sus pensamientos cuando, de repente, un hombre serio y muy bien vestido pasó a su lado rozándole el hombro. Una oleada de ansias y estrés le crispó el cuerpo entero. «No entiendo cómo puede vivir así la gente», pensó muy angustiado. En efecto, James tenía ese algo (además de su vivaracha, loca y un tanto extraña personalidad) que lo hacía muy especial. Desde su más tierna infancia, James había tenido una habilidad especial para detectar lo que las personas a su alrededor sentían y necesitaban, pero al ir creciendo se dio cuenta de que no era una habilidad social cualquiera.

James podía sentir lo que cualquier otra persona en el mundo estuviera sintiendo con solo rozarla. Con el tiempo, aprendió a aceptar esa extraña virtud, que a veces le parecía, más bien, una maldición.

Había encontrado en el instituto un par de amigos, con los que finalmente creó una especie de club secreto en el que todos se apoyaban, se querían y, aunque a decir verdad eran bastante distintos entre ellos, se comprendían. Tenían su sede localizada en un pequeño monte que se alzaba entre los campos que rodeaban el pueblo. En aquel monte, solitario, silencioso y fresco, había una cabaña de madera que debían haber construido hacía una o dos décadas los niños que habitaron el pueblo antes que ellos. A pesar de los años transcurridos, la cabaña no había sufrido más que un par de desperfectos por la lluvia y el aire, cosa que pudieron arreglar sin ningún problema para darle a aquel lugar la magia y el encanto que había tenido antaño. De hecho, era allí adonde se dirigía ahora.

Nunca quedaban tan temprano, pero la noche anterior Lukas, uno de los miembros del club, le había llamado para contarle que habían decidido incluir a una muchacha en este. Muy emocionado, le preguntó si le gustaría conocerla. James sabía que aquella joven, la primera en ser candidata a unirse al club, no podría entrar sin el voto positivo de todos sus miembros; así que aceptó gustoso.

Como habían empezado las vacaciones de verano hacía un par de días, Lukas le citó temprano para que pudieran pasar todo el día juntos y divertirse haciendo alguna de sus locuras. Casi sin darse cuenta, el muchacho bordeó la última casa y salió a campo abierto. La leve brisa corría sin encontrar ningún obstáculo, haciendo ondear aquel manto verde de pasto que se extendía ante sus ojos. Conseguía levantar a su vez las últimas gotas de rocío de la mañana, arrancándolas de los tiernos brotecillos. Eran tantas y tan brillantes que cuando el tenue reflejo del sol las acariciaba despedían chispas irisadas, creando un espectáculo digno de contemplar. El cielo estaba raso, celeste, limpio. James respiró hondo y el aroma a hierba fresca le llenó los pulmones. Amaba su tierra, amaba aquel pueblo. Para muchos no era más que una pequeña aldea aburrida, pero para él aquel lugar estaba lleno de magia.

Caminaba sereno, con los ojos brillantes; no tenía prisas. Sus pies, que bien conocían ya el camino, lo guiaban hacia su destino.

No tardó mucho en encontrarse entre los frondosos y altos árboles que formaban el bosque de aquel montecito, ni en cruzar el rudimentario puente de madera que sorteaba aquel pequeño arroyuelo que dividía el lugar en dos. Pronto se encontró en la puerta de la sede. Llamó firmemente a la puerta.

—¿Contraseña?

—Daiquiri

—Puedes pasar.

La puerta se abrió y divisó la cara de Mike, un muchacho gracioso, bromista y simpático que conocía desde hacía no más de dos años. La contraseña, como era de esperar, era idea suya. Se le ocurrió un día porque simplemente le gustaba cómo sonaba aquella palabra, aunque nunca había visto y menos probado un sorbo de esa bebida. Ambos amigos se abrazaron, contentos de verse de nuevo y pasaron dentro de la cabaña. Allí, dispuestos en círculo alrededor de la vieja y maciza mesa de madera, sentados en troncos igual de recios, se hallaban los demás miembros del club, que lo saludaron efusivamente. James saludó y los examinó a todos con una sonrisa. De repente, su mirada se detuvo sobre ella. Tenía la piel clara y los ojos azules más transparentes que había visto en su vida. Su pelo caía en ondas cortas y rubias sobre sus hombros. Era menuda, pero tenía una bonita silueta. No debía de ser muy alta y parecía frágil, pero sonreía brillantemente, dejando resplandecer sus dientes de nieve. Llevaba unos vaqueros de cintura alta y una blusa blanca que estilizaban su bien proporcionado y voluptuoso cuerpo. Era, sin dudas, una muchacha muy guapa. James se acercó a ella, que se levantó rápidamente ofreciéndole una cálida sonrisa.

—Hola! Mi nombre es Norma Jeane, pero puedes llamarme Norma.

Lo saludó efusivamente, tendiéndole la mano.

—Yo soy James.

Estrechó con suavidad su delicada mano y entonces lo sintió. Una oleada de profundo dolor y tristeza cegadora le atenazaron el corazón, casi dejándolo sin aliento. A pesar de su hermosa sonrisa, aquella chica estaba sufriendo algo tan devastador que James sintió el impulso de estrecharla entre sus brazos y decirle que todo iba a estar bien. Hizo su mayor esfuerzo por sonreír a Norma y se sentó entre sus amigos.

—Bueno, James, Norma es hija única de la familia Baker. Insistió tanto que no pude resistirme a contarle lo del club y enseguida quiso unirse.

Lukas comenzó a hablar, desvelando los detalles de la procedencia, la vida y la forma de ser de aquella chiquilla. James, muy curioso, escuchó con atención. Pudo darse cuenta de que ella tenía una vida casi perfecta, sin problemas realmente graves. Pero, entonces…, ¿por qué estaba rota por dentro? Incluso sus ojos aguardiente reflejaban ese dolor… del que nadie parecía haberse dado cuenta.

—¿Qué me dices, James? ¿Estás de acuerdo en que entre?

James salió de la nube de sus pensamientos y enseguida sonrió de medio lado.

—Claro, bienvenida al club.

Y Norma le dedicó la sonrisa más dulce que hubiera visto jamás. Pero él sabía que era falsa.

—¡Genial! Pues salgamos a celebrarlo. Todos a por sus bañadores. Nos vemos en la Caída del Ángel en una hora. Traeré comida y juegos de mesa, para pasar el día.

James sonrió. La Caída del Ángel era una pequeña cascada que desembocaba en un lago al que los chicos del club solían ir a bañarse en verano. El agua estaba siempre helada, pero a ellos no les importaba y hacían concursos de salto y buceo, entre otras cosas. Siempre se lo pasaba bien con aquellos jóvenes, pero hoy intuía que habría algo que no le dejaría desconectar del todo. Y ese algo era Norma.

James no tardó en ir a su casa, y para volver más rápido tomó la vieja bicicleta de su hermano mayor, que hacía años que no usaba. Cuando llegó a la Caída del Ángel todos estaban ya bañándose. Todos menos Norma, que con su radiante bañador blanco leía tendida sobre una toalla en la orilla. James se acercó con curiosidad, soltó la mochila que había traído de casa y se sentó junto a ella, quién sonrió.

—¿Puedo preguntar qué estás leyendo?

—Es una recopilación de la poesía de Bécquer. —Norma sonrió.

—¿Te gusta la poesía?

—Me encanta… Es una de mis formas favoritas de expresarme.

Aquella chica cada vez llamaba más la atención de James. Ambos permanecieron por un rato en silencio. Ella estaba enfrascada en su

libro y él simplemente escuchaba el agua deslizarse entre las rocas. Era algo que lo relajaba.

—¿Puedo preguntarte una cosa más?

La joven levantó la vista del libro y sus ojos chocaron con los del chico.

—Claro, es normal que quieras conocerme un poco. Puedes preguntar lo que desees.

James se preparó antes de pronunciar palabra y se decidió por la forma más suave que se le ocurrió para plantear aquella pregunta.

—¿Por qué decidiste unirte a este club? Es decir, una chica como tú debe de tener muchos amigos y, sin embargo, te quedaste con nosotros.

—En eso te equivocas. No tengo muchos amigos, no me gusta hacer amigos. No deseo molestar a nadie y lo cierto es que soy complicada, así que la mayoría de las veces estoy sola. Pero de vez en cuando el ser humano necesita compañía.

Aquella respuesta desconcertó a James, que se quedó pensativo sin encontrar una buena razón. Simplemente optó por asentir y mantener la boca cerrada. Al ver su reacción, una risa que sonaba tan melodiosa como el agua que bullía frente a ellos se escapó de la garganta de Norma y, sin decir nada, cogió a James de la mano y lo llevó hasta el lago. Con ese simple roce, el joven volvió a sentir aquel vacío abrumador y miró a la chica desconcertado. «Pareces tan feliz…», pensó.

El resto de la tarde se pasó entre risas, bromas y juegos. Norma era una chica tan divertida, encantadora y sencilla… Era tan fácil ser su amigo. Y, sin embargo, ella pasó la tarde intentando no molestar, excluyéndose de vez en cuando y excusándose para pasar tiempo a solas. Aun así, los chicos estuvieron muy cómodos con ella y pasaron una velada increíble.

El verano fue poco a poco escurriéndose entre risas y buenos momentos. Aquel monte y los prados de los alrededores fueron testigos de los largos paseos en bici, las meriendas al aire libre, la tranquilidad y la fresca felicidad de aquel grupo de jóvenes. Norma había cogido confianza con los chicos, que se habían convertido en una especie de hermanos para ella, aunque por alguna razón nunca se acercaba del todo. Siempre estaba distante. En especial le había

cogido cariño a James, llegando a considerarlo su mejor amigo.

James había ido más allá. No podía mirar a la joven sin querer observarla todo el día, ni tenerla cerca sin ponerse demasiado nervioso… Sólo había pasado un verano y él no podía alejarse de Norma. Algo en ella le gustaba, algo en ella aceleraba su corazón y lo estaba quemando por dentro. Adoraba a aquella chica. Pero cada vez que la rozaba se le partía el corazón. Ella siempre estaba sonriendo, haciendo reír a los demás; pero estaba destrozada, rota, triste. Y James no conseguía entender por qué. No es que no hubiera intentado ya averiguarlo, pero ella siempre lo evitaba.

—Estoy bien. Mejor que nunca —afirmaba, y sonreía, pero él sabía que no era cierto. Tenía los ojos vacíos, carentes de expresión alguna. Eso lo asustaba mucho.

Al fin llegó el último día de vacaciones y, tras pasar un día estupendo, James llevó a Norma a su casa y se despidió de ella.

—Adiós, James.

—Hasta mañana, Norma.

Una sonrisa triste curvó los labios de la chica mientras cerraba la puerta. Fue ahí cuando James supo que algo no iba bien. Fue entonces cuando se percató de que un pequeño cuaderno de cuero yacía en el suelo. Tenía las letras NB grabadas en cursiva sobre la portada. James lo cogió. No pesaba mucho y desprendía un dulce olor a rosas y a vainilla. Decidió ojear la primera página.

«*Este diario pertenece a: Norma Jeane.*»

Su letra era hermosa, al igual que ella. James pensó en devolvérselo, pero era tarde y de todas formas la vería al día siguiente. Finalmente se decidió a meter el pequeño cuadernito en la mochila y comenzó a pedalear hacia su casa. Al llegar, el joven se dio una ducha. Mientras dejaba el agua resbalar por su cuerpo para que se llevara la suciedad, fue consciente de que, si bien su cuerpo estaba allí, su mente parecía estar en otro sitio. Era su diario personal, su intimidad, y sabía muy bien que no debía entrometerse; pero sospechaba que aquel cuaderno tenía la respuesta a todas sus preguntas. Con la mente fresca salió del baño y encendió la lamparita de su cuarto. Abrió el diario de Norma y el perfume de la chica lo invadió por completo.

Querido diario:

Siempre lo mismo. ¿Por qué nunca soy suficiente? Duele mucho. Duele sentir que solo molesto, que estorbo… Es como una presión incesante en el pecho, que me consume dejándome sin aliento. No tengo una vida mala, es más, ni siquiera me siento merecedora de ella. Ese es mi problema. La felicidad no dura nunca, siempre estoy triste. Esta amarga pesadilla me está matando. Ahora estoy aquí, en mi habitación…, todo está oscuro y me siento terriblemente sola. Odio estar sola, nadie puede protegerme de mí misma si estoy sola. Y es entonces cuando estos demonios me llenan de un incesante dolor. No puedo ya ni mirarme al espejo sin sentir que no valgo para nada, que soy horrible y que quizás sería mejor para todos que estuviese muerta. Pero no puedo, diario, aún le tengo un desgarrador miedo a la muerte. Aunque esté oscuro a mi alrededor tengo que seguir atada a la vida. Solo un poco más, solo hasta que todos sean felices. Por lo menos, quiero saber cómo se siente crecer. Quiero vivir con tantas fuerzas. Pero las ganas me están abandonando el cuerpo.

Hay días en los que no siento nada en absoluto y eso me asusta.

Querido diario…, me estoy muriendo.

Querido diario:

Felicidad... ¿qué es eso? ¿Alguien la ha visto? ¿Existe? No lo sé ¿Qué sé yo de eso?

Estoy triste, muy triste... tanto que si me apuñalaran el corazón, lo único que gotearía serían lágrimas. ¿Y qué más da? ¿A quién le importa? Apuesto a que tú, sí, tú que estás gastando tu tiempo en leer esto ni siquiera llegas al final. No te importa. Al fin y al cabo, lo he dicho antes, muchas veces. Tantas que incluso me he acostumbrado a estar triste, muy triste; rota y vacía. Sola. Lo he escrito muchas, muchísimas veces. No lo entiende nadie, por muchas veces que lo haya repetido. Sólo lo entiende mi tristeza.

¿Eres adulto? ¿Lo eres? Dímelo. ¿Eres mayor y «maduro»? Entonces, para, para por un momento. No pienses en nada y a la vez piensa en todo, se puede hacer. A menudo te enfrascas tanto en todo lo que tienes que hacer que se te olvida mirar alrededor y darte cuenta que hay personas diferentes, con mentes diferentes y corazones y almas diferentes. Mírame a mí, por ejemplo. Sólo soy una simple adolescente con la cabeza llena de pájaros. Qué sabré yo, ¿verdad? Pues sé muchas cosas. No lo sé todo. Pensarás que tengo la cabeza desordenada; soy soñadora, pero sé pensar.

Sé muy bien lo que quiero y lo que tengo que hacer. Soy joven, no estúpida. No sé más que tú, pero pienso más que tú. Tengo más tiempo para hacerlo ¿Crees que eso es bueno? Yo no lo creo. La mente es nuestro mayor enemigo, uno del que no puedes esconderte. Quizás soy un poco dramática, un poco tonta, un poco olvidadiza, un poco desordenada... y estoy un poco loca. Pero sé muy bien lo que digo y lo estoy diciendo en serio. Sé muy bien lo que siento y lo estoy sintiendo en serio. Sé muy bien de qué hablo.

Me he dado cuenta por fin de la verdad. Mi destino es estar sola. Alguien lo escogió para mí y yo voy a aceptarlo con los brazos abiertos. Al fin y al cabo, es mejor callar más y molestar menos. No voy a dejar a nadie entrar otra vez. Y soy bastante terca. Quiero hacer el bien en el mundo, quiero ayudar y luego, simplemente, desaparecer. Quiero dar sin recibir, entregarme a mis pasiones, quiero ser mi verdadero yo y luego... esfumarme. No pido mucho. Quiero soñar y después irme de aquí. No estoy hecha para esto.

No sé, realmente, por qué me molesto en escribir esto sí soy consciente de que no vas a entenderlo nunca. Supongo que nací para ser cabezota. Quiero dejar luz y sueños, que el mundo se entere de que estuve aquí y que reciban mi amor durante mi tiempo de vida, que será corto. Y cuando me vaya, nadie sufrirá por mí. No importo tanto.

Simplemente, no estoy hecha para vivir.

Es mejor mantener la cabeza fría y el corazón helado, dulzura. Ya te he dicho que sé muy bien lo que hago.

El amor que dejaré es necesario en este mundo. El amor que me llevaré no existe porque quedará todo en vuestros corazones.

Estoy triste, muy triste. Y por primera vez en mi vida, eso es lo único que me mantiene en pie...

Había cartas así, dedicadas a cientos de personas y personajes distintos. Lágrimas saladas comenzaron a resbalarse por las mejillas de James. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta antes? Norma estaba luchando una batalla contra ella misma y sus horribles demonios estaban ganando. Ella se consumía y él no se había dado cuenta. Una oleada de dolor se refugió en su pecho haciéndole perder el aliento de tal manera que tuvo que agarrarse a la mesa para no caerse. ¿Cómo podía un ángel cargar el infierno entero sobre sus hombros?

Alterado, James buscó la última página escrita y comenzó a leer.

Querido diario:

Creo que ellos han ganado la batalla. Mañana empezarán de nuevo las clases, pero ya no puedo soportarlo más. Me abrazaré a mi tristeza. He vivido suficiente. Cuando deje este mundo todo será mejor. Le tiendo la mano a la muerte esta misma noche. Al fin voy a descansar en paz…

La mueca de dolor en la cara de James fue inmediatamente sustituida por una de horror puro. Sin importarle nada ni nadie, bajó las escaleras tan rápido que estuvo a punto de caerse y asestarse un golpe fatal. Subió a la bicicleta y pedaleó a la casa de Norma tan veloz como pudo. Al llegar, tocó la puerta con insistencia. Las lágrimas que salían incontrolables de sus ojos apenas le dejaban ver, y respiraba con mucha dificultad. La madre de la muchacha abrió la puerta y al ver al joven en ese estado comenzó a preguntarle que sucedía, pero él no escuchaba nada.

—¡Por favor! —dijo con la voz rota—. ¡Llame a una ambulancia! ¡Norma puede estar muerta!

Y dejando a su madre petrificada en la puerta James subió los escalones de dos en dos. Al llegar arriba vio algo que le partió el corazón… La puerta de su cuarto estaba abierta de par en par y ella estaba en el suelo, pálida. A su alrededor había decenas de pequeñas cápsulas blancas y un frasco tirado en el suelo.

Pastillas…

James se acercó corriendo al cuerpo pálido e inconsciente de Norma, mientras un grito desgarrador le abrasaba la garganta. Con las lágrimas nublándole la visión y el corazón latiéndole a toda velocidad, tocó el cuello de Norma. La muchacha aún tenía pulso, muy débil, pero lo tenía. Aún había esperanzas.

—Norma…, no me dejes por favor. Aguanta. Te quiero, ¿me oyes? ¿Por qué no te lo dije antes? ¿Por qué tú nunca me dijiste lo que sentías? Si te mueres hoy, jamás me lo perdonaré.

Aquella noche sería la más difícil en la vida de James. De hecho, nunca la olvidaría; ni eso ni lo que vendría después.

Aquella noche un ángel estuvo a punto de morir.

ESPERANZA

Segundo Premio

ÁNGELA DEL ROCÍO DE LA ROSA RUIZ

3º E.S.O.

I.E.S. SAN FULGENCIO (ÉCIJA)

I.E.S.
SALICAS
I.E.S. NICOLÁS COPERNICO
Diploma

Quedaban pocos kilómetros para llegar a su esperado destino cuando la noche comenzó a adentrarlos en su temida oscuridad. Sobre el cielo caía un denso manto del color de la tinta más negra, dispuesto a hacer contraste con los débiles rayos de sol que tímidamente asomaban por el horizonte. Mientras tanto, varios grupos de Salvamento Marítimo aguardaban impacientes la llegada de algunas pateras. Sabían que las posibilidades de que lloviese aquella noche eran muy elevadas y no se permitirían otra catástrofe, sobre todo delante de los nuevos integrantes, que ya formaban parte de ese conjunto de personas que arriesgaban sus vidas para rescatar a otras que recorrían el Estrecho sobre unos minúsculos botes, víctimas de una actividad ilegal que se mantiene en continuo movimiento.

Entre los principiantes se encontraba una pareja joven, que a pesar de su inexperiencia, se presentaba esa noche con un ánimo servicial y encantador. En el caso de Alicia, siempre le había apasionado la historia y cómo las diferentes culturas convivían en paz, fusionando así los más diversos estilos arquitectónicos. Una excelente alumna que gracias a su esfuerzo pudo conseguir el título de historiadora del Arte. Conoció a su marido cuando este estudiaba arquitectura en su misma universidad, ya que coincidían en varias clases. Francisco Javier era, al igual que Alicia, un estudiante aplicado y trabajador y pocas veces se alteraba. Sin embargo, su afán de superación, lo llevó a participar en un debate donde su única contrincante era Alicia. En aquel momento no se conocían y ambos se veían como rivales duros, pero fáciles de superar si solo utilizaban algunos argumentos discutidos en el aula en clases anteriores. Por el contrario, tras un largo tiempo debatiendo sobre el tema elegido, el catedrático decidió dar por finalizado el arduo debate con un mere-

cido empate. Ofendidos por la actuación de este, hablaron durante todo el día hasta conocerse al completo y reconocer que quizás podían ser muy buenos amigos.

Con el paso del tiempo, esa amistad se transformó en el alegre matrimonio que actualmente formaban. Sabiendo la dura tarea que les esperaba, permanecían dentro de las instalaciones donde se encontraba todo el equipo médico. De pronto, algunas gotas de agua comenzaron a precipitar sutilmente de sus nubes de origen y a estas les siguieron otras que parecían estrellarse contra el mismo mar. Las olas colisionaban violentamente con las afiladas rocas del acantilado, y en el mar se producían fuertes remolinos que succionaban a todas las criaturas que pasaban cerca de él. Desafortunadamente, una pequeña embarcación repleta de personas se acercaba a la costa tambaleándose peligrosamente. Pocos segundos después de verla aparecer por el límite del revuelto océano, el director de Salvamento Marítimo ordenó recoger todo el material e instrumental médico necesario e introducirlo en el barco para zarpar cuanto antes.

El caos se abría camino entre la asustada tripulación, pero solo una persona seguía mirando la luna y cómo su enigmático brillo parecía observar y juzgar a todos los seres vivos que habían pisado la Tierra en algún momento de la existencia del Universo. El porqué de su comportamiento ante la presente situación de vida o muerte se encontraba en su pasado, un pasado que parecía perfecto, pero que dio un giro inesperado cuando seis meses atrás murió su marido, la persona a la que más quería. Este era considerado el más amable y talentoso del poblado, ya que siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Además, en su tiempo libre le gustaba pintar todos los paisajes, situaciones, pasadas, presentes y futuras de todas las personas, ancianas o jóvenes, que vivían a su alrededor. Siempre era muy perfeccionista con todas sus pinturas y obtenía los pigmentos de todos los recursos posibles que la naturaleza le ofrecía. El día de su boda, este le había regalado a su mujer un pequeño colgante hecho a mano con los materiales que pudo obtener de una mina que se encontraba

cerca de su aldea. De él colgaba una especie de medallón que se abría, y en su interior descansaba una pequeña y abstracta pintura que daba a entender su amor infinito más allá de los tiempos. Antes de morir, este le pidió que llevase a su hijo a un lugar seguro, lejos de la explotación que le esperaba tras la llegada de aquellos exploradores a los que solo le interesaban los minerales de la mina.

Tras seis meses huyendo, por fin encontró la forma de llegar a España, pensando que allí recuperaría la felicidad que había perdido. Pero cuando previó lo que ocurriría aquella noche, solo le preocupaba salvar la vida de su hijo, al que le quedaba poco tiempo para nacer y, considerando sus contracciones, sabía que ese tiempo era cada vez más reducido.

En ese momento, el buque rojo alcanzó la patera y comenzó a rescatar a todas las personas posibles. Alicia y Francisco Javier iban en él, cuando se percataron de que una de las inmigrantes estaba a punto de dar a luz. El director decidió dar prioridad a este asunto y, mientras que los demás seguían subiendo a otros, consiguieron situarla en un lugar seguro. Una enfermera acudió para ayudarla. Tras más de diez minutos, una pequeña radiante abrió los ojos, contemplando su primera visión del mundo y, parece ser que debido a la confusión que se vivía allí, empezó a llorar. La enfermera, que seguía sosteniendo a la niña en una manta, se la ofreció a la pareja que observaba expectante la increíble escena. Al sentir el calor de la joven Alicia, paró su llanto y comenzó a mirarla de manera simpática y curiosa. Su madre, que se encontraba muy débil, se quitó el tan apreciado collar y se lo tendió a Francisco, pronunciando su última palabra antes de expirar: «Alika».

Alicia miró a su marido de forma decidida y no necesitaron palabras para comprender que tenían que adoptar a esa dulce niña huérfana de madre y, probablemente, también de padre. Cuando hubieron finalizado su dura tarea volvieron a tierra, sabiendo que a partir de entonces comenzaba una etapa nueva en sus vidas. Ya no iban a formar parte de aquella sociedad, ahora debían darle mayor importancia a resolver cuanto antes los papeles de adopción, ya que si no se apresuraban, se la llevarían a un orfanato.

Después de unos largos y complicados trámites que les llevaron varias semanas, esta joven pareja recibió el documento donde se ga-

rantizaba que la pequeña pasaba a formar parte de su familia, por lo tanto convirtiendo a Alicia en madre y a Francisco Javier en padre. Ambos se sentían ilusionados con su nueva y primera hija, sobre todo cuando comenzaron a preparar su habitación, con los más diversos juguetes y aparatos destinados a bebés. Por otro lado, también le compraron un vestuario al completo, ya que era invierno y querían evitar que la niña tuviera frío. Encontraron desde abrigos y mantas, hasta guantes y diminutos gorros. Su única intención era protegerla y cuidarla, porque sabían que sus padres biológicos hubieran querido lo mismo para su hija.

Una vez estuvo terminada su habitación, colocaron un bonito moisés cerca de la cama de matrimonio, dentro del cuarto de sus nuevos padres. En él acomodaron unas pequeñas mantas con una dulce ilustración de la luna y algunas brillantes estrellas a su alrededor, además de un blando osito de peluche y un cojín de su mismo tamaño. Cuando situaron por primera vez a su bebé en la nueva camita, esta comenzó a sonreír y les lanzó otra de sus mejores sonrisas.

Sin embargo, todavía quedaba algo que quizás pudiera ser lo más importante: el nombre de la pequeña. Tras un largo tiempo pensando, decidieron que le pondrían como su madre biológica hubiese querido, la última palabra que pronunció utilizando sus fuerzas finales. Ya estaba todo aclarado, le pondrían de nombre Alika Esperanza. Querían cumplir la última voluntad de aquella pobre mujer y también señalar que esta siempre había tenido fe en salvar a su hija. De esta forma, quedaría constancia de que su sacrificio no había sido en vano.

Los próximos años estuvieron llenos de felicidad, la madre de Alika consiguió trabajo como profesora de historia tras pasar unas largas oposiciones y su marido fue admitido en una importante empresa de construcción. En cuanto a Alika, que ya cursaba en preescolar, se convirtió en una niña inteligente y amable, aunque seguía conservando ese brillo especial que dio a conocer cuando nació. Además, tenía un don: Alika pintaba, y no se cansaba de seguir pintando los paisajes más diversos que veía. Si los habitantes del poblado de sus padres biológicos la hubieran visto, no dudarían en que esa cualidad la había heredado de su padre. La profesora siempre enseñaba satisfecha los dibujos que uno de sus alumnos podía crear,

y es que los paisajes que la pequeña inventaba presentaban un brillo tan radiante como el suyo. Podría decirse que todo el que los miraba quedaba fascinado por los mismos. Sus padres se sentían muy orgullosos de su niñita, la habían visto crecer y ellos le habían enseñado prácticamente todo lo que sabía. Alicia, encantada por el amor que su hija profesaba al arte, le relataba las biografías a modo de cuento de los más famosos pintores de toda la historia y también le hablaba de sus obras más maravillosas. Alika quedaba alucinada por estas historias y trataba de dejar plasmado en un papel las escenas que su madre le describía.

Entre toda esta felicidad, Alika dejó de ser hija única para dar paso a una nueva hermanita. Aunque esta solo contaba con tres años, se sintió muy ilusionada cuando sus padres le contaron la inesperada noticia. Además, se animó a dibujar un futuro próximo donde se veía a una mujer pelirroja con unos claros ojos azules sosteniendo a un pequeño bebé entre mantas cuyo color de piel era claro. A su derecha, se podía observar a un hombre rubio y de ojos marrones que llevaba consigo una niña muy linda con una gran sonrisa y con un tono de piel de color avellana. Sus padres quedaron impresionados por el dibujo, porque además de acercarse mucho a la realidad teniendo en cuenta su edad, Alika sabía que el color de piel de su futura hermana sería claro. Esto les llenó de entusiasmo y decidieron regalarle lo que ella quisiese. Sin embargo, solo pidió unirse a unas clases de pintura que se impartían en una academia cercana a su apartamento.

Nueve meses después, Clara vino al mundo. Era una niña muy pequeña, de pelo rubio y ojos marrones. Por el contrario, sus delicadas facciones se parecían bastante a las de su madre. Su hermana Alika, que seguía asistiendo a clases de pintura, le regaló un hermoso cuadro de un atardecer con colores rosáceos, que obviamente fue colocado en la habitación que las dos hermanas compartirían cuando la nueva integrante de la familia creciese. Al igual que con Alika, los recientes padres prepararon toda la ropa necesaria con más ilusión, ya que esta vez contaban con su otra hija para disfrutar este momento.

Pasaban los meses y las dos hermanas crecían felices. Se querían mucho entre sí y tanto Francisco Javier como Alicia compartían su

amor y cariño con ambas. El talento de Alika en la pintura iba a más. Todos sus compañeros de clase y profesores la respetaban, nunca había importado su color de piel y, además, en su familia era muy querida. Ahora podía compartir todo esto con su nueva hermana. Le contaba todo lo que le sucedía mientras que esta la escuchaba fascinada. Su madre, con la ayuda de su padre, les contaban historias sobre antiguas civilizaciones y sobre las maravillas que nos han dejado para que podamos disfrutar de su belleza infinita.

Un día, cuando Francisco entraba al colegio para recoger a sus hijas mientras su mujer daba clases de Historia, Alika, que acababa de cumplir ocho años, informó a su padre de un concurso a nivel comarcal donde cada participante tendría que exponer su cuadro y que la profesora de Arte había enviado como trabajo. El padre quedó muy emocionado con la noticia, al igual que Alicia y la pequeña Clara, ya que, excepto esta última, sabían que podía ser la oportunidad de la pequeña artista para que todos conocieran su talento. Pero cuando su profesora de Arte anunció que la edad mínima para participar era de ocho años y la máxima de catorce, se entristeció al pensar que era imposible que, perteneciendo al rango más joven, pudiera ganar o como mínimo quedar finalista.

Ese mismo día, sus padres notaron una inusual tristeza en Alika y le preguntaron por su comportamiento. Cuando esta les explicó las bases del concurso, Alicia y Francisco Javier comprendieron cuál era la preocupación de su hija. Pero entonces, mientras los dos se miraban tratando de decidir cómo animarla, la pequeña Clara alzó su voz para decirle a su hermana que primero tendría que intentarlo para saber si era cierto que la edad influía en aquel concurso y que, con su talento, era imposible que a los organizadores del certamen no les interesasen sus cuadros. Todos quedaron impresionados con las palabras de la hija menor de la familia, especialmente Alika, que al fin se dispuso a realizar el mejor cuadro que hubiera pintado hasta la fecha.

Al día siguiente, en clase de Arte, empezó a preparar los utensilios para su pintura y a pensar qué podría dibujar en el lienzo. Quería plasmar alguna escena que llegase al corazón de todas las personas que la vieran, que no solo fuese un trozo de tela y que detrás de la imagen se encontrase una historia emocional. Sabía que

en el concurso los jueces no podían conocer la edad de la persona que pintaba el cuadro, por lo que solo podían evaluar la lámina y lo que representaba.

Pasaban las clases y no se le ocurría ninguna idea. No obstante, el trabajo tenía una fecha límite de entrega, y no podía permitirse perder más tiempo del que ya le faltaba. Su profesora de Arte observó que la única alumna que no había comenzado con el proyecto era una de las más brillantes y decidió acudir a su mesa para ayudarla y orientarla. Entonces le preguntó cuál era su problema, a lo que ella respondió que era la primera vez que se encontraba perdida frente al lienzo y que no sabía cómo salir de aquella situación. Su maestra, llamada Ana, aclaró que para esta situación solo tenía que responderse a una pregunta: ¿Por qué pintas? La mirada de Alika se esclareció más que nunca, porque sin duda conocía esa respuesta y después de agradecerle a Ana su ayuda, comenzó a delinear enérgicamente sobre el lienzo. Quedaba poco tiempo para el día de entrega y aunque la escena que tenía en mente se ajustaba a sus requisitos, contaba con muchos detalles para terminarla a tiempo.

Con mucha dedicación, trabajó durante todo el día y también parte de la noche. La mañana del día anterior al concurso finalizó su esperada obra. La cubrió con un paño y esperó a que su profesora de Arte apareciera por la puerta para presentárselo mientras dejaba al descubierto algunas zonas donde la pintura todavía estaba húmeda. Poco tiempo después, Ana entró en el aula de Arte muy emocionada para anunciar que al día siguiente se enviarían todos los cuadros y que, posteriormente, se darían a conocer los dos únicos finalistas de todos los participantes. Tras dejar claro todo esto, fue a la zona de trabajo de Alika para conocer al fin cuál sería la escena por la que se había decidido la pequeña artista. Esta agarró una de las esquinas de la delicada tela y estaba dispuesta a tirar de ella cuando Ana se lo impidió al decirle que no era justo que fuese ella la primera en verlo y que llamaría a sus padres y a su hermana menor para que fuesen los primeros en observar el resultado de tanto trabajo y esfuerzo. Una vez más, Alika le dio las gracias por todo mientras la mujer comenzaba a marcar el número de su padre y seguidamente el de su madre. Después de convencer a sus respectivos jefes, se pusieron de camino al colegio donde sus hijas estudiaban, a la vez que Ana pedía

permiso a la profesora que se encontraba en la clase de Clara para que esta pudiera ausentarse varios minutos.

Una vez reunidos todos, Alika apartó el paño que escondía la majestuosa escena, una escena que, como había imaginado varios días atrás, llegaba al corazón de todos los allí presentes y que, efectivamente, contaba una historia conmovedora que hizo llorar a la misma profesora de Arte. Incluso los alumnos que se encontraban a su alrededor hablando sobre el concurso empezaron a aplaudir por la increíble obra que se encontraba justamente en el centro de la clase de Arte, como si fuera esta la que tendría que impartir clases a todas las demás esculturas y cuadros que fueron realizados por alumnos de cursos anteriores. Su madre remarcó algo que todos sabían, que era precioso, y su hermana Clara se lanzó hacia ella en un profundo y emotivo abrazo, proclamando que siempre había creído en ella.

El fantástico cuadro que parecía atraer a todos se trataba de una persona de espaldas frente a un lienzo de tamaño medio y que sostenía una paleta repleta de colores en su mano izquierda, mientras con la otra trazaba una escena con un pincel de madera que consistía en un paisaje hermoso, donde a lo lejos podían verse varias montañas jóvenes por las que pasaba un río de aguas cristalinas que terminaba en una cascada y frente a esta, una extensa llanura rebosante de verde hierba, donde pastaban algunos animales, y un lago donde crecían algunas plantas que aportaban encanto a la imagen. Por el contrario, el paisaje real que se encontraba delante de aquella persona era el mismo, pero devastado por la guerra que allí sucedía. El lago, como el río y la cascada, había desaparecido, y en su lugar se encontraba una enorme piedra a modo de obstáculo. Las mismas montañas se encontraban al fondo y el cielo ya no se veía con el brillo de la escena anterior. Los animales ya no pastaban porque además de la situación que se vivía, la hierba tampoco se encontraba a causa de los explosivos y los diversos vehículos que pasaron por allí. Y, sin embargo, aquel extraño pintor era invisible a ojos de los soldados, como si solo quisiera olvidar aquella etapa de pobreza y miseria, como demostraba su lienzo, a través de la pintura.

Esa era la respuesta a la pregunta que le hizo su profesora: pintaba para olvidar los problemas que se producían en el exterior y así transportarse a los lugares más recónditos a los que le llevaba

su mente. En ese momento, se encontraba sola en la habitación, junto a su lienzo, su paleta y sus pinceles. Con estos podía cambiar el mundo y plasmar en su cuadro cómo sería si no existieran catástrofes. También podía expresar ideas o compartir los más profundos sentimientos.

Al día siguiente los cuadros fueron enviados. Todos los alumnos esperaban que Alika ganase tras conocer el sentido tan profundo que presentaba su pintura. Le daban ánimos y la felicitaban por el merecido resultado de su duro trabajo. Pasado el tiempo, llegó el día en que el certamen enviaba un correo a todos los colegios e institutos participantes donde se resumían las felicitaciones a todos por su dedicación y se mencionaban los dos finalistas y el instituto al que pertenecían. Tras leer la carta de agradecimiento, pasaron a descubrir quiénes habían resultado finalistas y, para satisfacción de todo el colegio, una de ellas era Alika. Al parecer, su composición también había conmovido a los jueces, y probablemente a los organizadores del concurso de pintura. La pequeña artista no se lo podía creer. Mientras sus compañeros la felicitaban, la profesora volvía a recorrer los mismos pasos para informar a sus padres y a su hermana menor, Clara.

Después, vieron que la otra finalista era una chica de unos catorce años que estudiaba Arte en un curso bastante superior. El cuadro que la había llevado a ser finalista era un retrato de sus padres caminando tras ella cuando aún era pequeña, bajo un bonito paisaje invernal donde se veían árboles escarchados que cubrían toda la zona. Aunque sabían que sería muy difícil ganar a aquella chica, también reconocían que llegar a ese puesto ya tenía mucho mérito. La felicidad abundaba en aquel grupo por el triunfo de una de sus integrantes, pero la que se sentía más orgullosa de Alika dentro de esa clase era Ana, porque sabía que aquel lienzo era la respuesta a su pregunta, una pregunta que muy pocos le habían contestado a lo largo de su carrera.

Cuando la pequeña llegó a casa junto con su madre y su hermana visiblemente contentas, su padre le dio la enhorabuena por todo lo

que había cumplido y formaron una pequeña fiesta para celebrar su merecida victoria frente a las demás láminas, porque, para sus padres, Alika ya era una ganadora desde el momento en que vieron por primera vez la maravillosa pintura que había realizado sin ayuda.

Varios días después, anunciaron la fecha en la cual las dos finalistas deberían acudir para ser premiadas y conocer la ganadora final del concurso. El certamen se celebraría en un museo de Arte donde se expondrían todas las obras que habían participado en el mismo, con los dos cuadros finalistas situados en el centro del edificio. Todos aguardaban impacientes a que llegase el grandioso día, ya que asistiría toda la clase acompañada de Ana, la profesora de Arte. Al igual que la pequeña artista Alika, sus padres y su hermana menor.

Pasado el tiempo de espera, el museo ya se encontraba preparado para el acontecimiento que allí tendría lugar. Por lo tanto, comenzaron a entrar los primeros invitados y, tras ellos, los tres jueces que se encargarían de dar a conocer al ganador de aquella edición. Poco después, Alika hizo su aparición junto a su familia y su profesora Ana, que también era la tutora del grupo de niños a los que pertenecía una de las protagonistas del concurso. Además, también los acompañaban los participantes de grupos superiores y que habían apoyado a Alika al ver su maravillosa obra.

El conjunto de niños se colocó en las sillas que se encontraban frente al cuadro de su compañera, que permanecía cubierto con un paño para que no pudiese ser observado hasta el epicentro del certamen. A su izquierda se encontraba el lienzo rival, también oculto bajo tela. Alika lo miró insegura, ya que no conocía la escena que presentaba ni los sentimientos que podía provocar a los que la contemplaran. Finalmente, decidió no mirar para no sentirse más nerviosa de lo que ya estaba. Su mano rozó el colgante que siempre había llevado desde pequeña: un precioso medallón que se abría y mostraba una pintura ininteligible, pero que poseía un brillo tan especial que la atraía, el mismo resplandor que caracterizaba a la pequeña. Sus padres le habían explicado que ese colgante se lo había entregado su madre biológica antes de fallecer y que ellos habían decidido ocupar el lugar que fue restringido para ella. Al principio, esta noticia entristeció a Alika al conocer la tragedia que vivió su madre para ponerla a salvo, pero después de meditar sobre la situa-

ción, comprendió que su último deseo se vio cumplido gracias a la fantástica familia y amigos con los que actualmente contaba.

De pronto, el sonido de la puerta abriéndose sacó a Alika de sus pensamientos cuando observó por primera vez a la que sería su contrincante. Una chica que desde el campo de visión de Alika parecía muy alta, de pelo castaño y extensión media, y ojos de un misterioso verde oscuro. Entró desafiante, seguida de su profesor de Arte y compañeros de clase. También iba acompañada de sus padres. Lo primero que hizo al llegar allí fue dirigirse a los organizadores del concurso para preguntarles quién era la otra chica finalista junto a ella. Alika ya se sentía demasiado nerviosa con la aparición de su contrincante cuando el hombre al que esta le hablaba la señaló indicando que ella era la autora del otro cuadro que seguía intacto en el centro del edificio. Fue entonces cuando Elena, la otra finalista, lanzó una mirada penetrante a Alika. Sin embargo, tras pocos segundos, su mirada se relajó y caminó hacia donde estaba su profesor de Arte para contarle lo sucedido.

Alika hundió la cara en sus manos, que pronto se cubrieron por su negro pelo. No sabía hacia dónde mirar, porque estaba convencida de que la tal Elena hablaba con su profesor sobre ella y su aparente fragilidad. La noche anterior se prometió que evitaría ponerse nerviosa, pero aquella chica se lo estaba poniendo muy difícil. Cuando parecía que todo esto era suficiente, Elena se acercó a ella para intentar dejarle claro que, teniendo en cuenta su apariencia, era imposible que se alzase con el primer puesto y que ese trofeo tenía su nombre escrito desde que comenzó a dar las primeras pinceladas en su pintura. Alika no tenía palabras, mas todos los estudiantes de su mismo colegio junto con su profesora Ana se dirigieron hacia ella para confirmarle que su compañera y alumna pintaba utilizando el corazón como fuente de ideas, y que solo de esta forma se podían conseguir escenas que causaran sentimientos de todo tipo en los que contemplasen el cuadros durante pocos segundos, ideas que escondiesen historias tras la tela impregnada de colores. Y que Alika conseguía todo esto gracias a su carácter pacifista y generoso, un brillo especial que la llevaba a plasmar paisajes que atravesaban el corazón de los demás.

Elena se sintió indignada y, llevada por la furia, se volvió hacia su cuadro y lo descubrió, tirando el tejido al suelo. Mientras los fo-

tógrafos no dejaban de bombardearla a ella y a su lienzo con flashes, miraba de manera retadora a la familia de Alika y a ella misma, preguntando si ahora estaba tan segura de que tenía posibilidades de ganar. Tras esto, Alicia se aproximó a su hija y, para tranquilizarla, empezó a expresar que no tenía claro quién iba a resultar ganador en aquel concurso, pero lo que sí sabía era que Alika contaba con una gran familia con la que podía compartir los momentos de felicidad y otros momentos de sufrimiento, y que, por el contrario, Elena se comportaba de aquella forma debido a que siempre estaba sola porque no dedicaba una parte de su tiempo a su familia, que se encontraba ausente en una esquina del museo. Posteriormente, Alicia recogió a sus dos hijas y las llevó hacia la posición que debían ocupar, ya que los jueces se encontraban dispuestos para anunciar el ganador del concurso.

En primer lugar llamaron a ambas para entregarles los merecidos premios: un libro donde se resumían todas las técnicas de pintura para cada estilo artístico, ya fuesen pasteles, carboncillo u óleo sobre lienzo; y un set completo con todos los tipos de pinturas y bastantes lienzos como para poder poner en práctica algunas de las técnicas del libro. Además de un cheque de 150 euros para comprar otros utensilios de pintura en una tienda especializada en este ámbito.

Una vez estuvieron en manos de las dos finalistas, apartaron el paño que cubría el único cuadro en aquel museo que seguía oculto a la vista de los demás y que los fotógrafos esperaban impacientes para capturarlo en una imagen que se publicaría en todos los periódicos de la ciudad al día siguiente. Fueron unos segundos interminables, quizás más de los que se necesitan para destapar un cuadro, unos segundos en los que los periodistas sujetaban sus cámaras, esperando el momento justo para apretar el botón.

Y sin embargo, cuando se dio a conocer el cuadro, ninguno de los reporteros o fotógrafos fue capaz de dejar libre el pulsador. Durante todas sus carreras no habían tenido la oportunidad de contemplar un cuadro que concentrase tantos sentimientos y que ocasionase en ellos varias emociones de forma simultánea. No solo ellos pensaban esto, toda la multitud, incluso la arrogante Elena, quedó paralizada ante tanta belleza salida de una niña que aparentaba fragilidad y que apenas tenía ocho años. Alika no sabía qué decir y empezaba

a sospechar que su cuadro no le gustaba a la prensa y a los demás invitados. Por el contrario, unos aplausos repentinos borraron sus falsas impresiones. La ovación aumentó hasta que toda sala acabó aplaudiendo, inclusive los jueces y los mismos organizadores del certamen. Mientras tanto, la hermana pequeña de Alika le dio otro de sus peculiares abrazos, junto a sus padres, que le daban la enhorabuena a su pequeña artista.

Una vez cesaron los aplausos, los jueces volvieron a dar las gracias a todos los participantes del concurso para centrarse en los finalistas y remarcar el duro trabajo que habían desempeñado para llegar al puesto en el que estaban, dejando atrás a más de quinientos cuadros de los más diversos estilos y utilizando distintas técnicas en cada uno. Sin más dilación, se dispusieron a anunciar el nombre de la ganadora y, como todos esperaban, los que ocuparon el primer puesto en aquel concurso de pintura fueron Alika y su emotiva pintura, que resumía aspectos de la vida de aquellos de quienes muchas veces nos olvidamos al pensar que todos tienen las mismas oportunidades de accesibilidad a una vida digna.

Y eso Alika lo sabía perfectamente, al conocer la situación en la que habían vivido sus padres biológicos. No obstante, sabía que se habían tenido el uno al otro y que el amor los unía y les daba la fuerza que necesitaban para seguir adelante. Entonces abrió su medallón y lo entendió todo. El símbolo que en él se representaba era el del amor infinito entre sus padres. Por eso ella siempre había tenido ese brillo especial en su mirada, porque de alguna forma seguía conectada a ellos, y todo gracias a sus padres adoptivos, que le habían entregado ese colgante para que, sin olvidarlos a ellos, siguiera conectada a sus raíces.

Los aplausos y vítores de sus compañeros la llevaron de nuevo a la realidad, donde la esperaban su familia y su profesora con los brazos abiertos. Se encontraba emocionada, una emoción que nunca antes había experimentado y que sus padres biológicos notaron desde dónde estuviesen, porque al fin se había cumplido la última voluntad de aquella joven pareja.

Mientras todos seguían felicitando a la futura artista, Elena apareció para disculparse por su anterior actuación, al igual que hizo con sus padres antes. También la felicitó por su premio y a partir

de entonces fueron muy buenas amigas. Además, con el paso del tiempo, Elena cambió su actitud frente a los demás y terminó estudiando Arte.

Volviendo al presente, Alika recibió el primer premio del concurso. Este consistía en la financiación de sus estudios de Bellas Artes en la universidad, además de la asignación de un buen agente para levantar su carrera de artista.

Pasado el tiempo, Alika fue mejorando aún más en pintura gracias a las clases a las que seguía asistiendo, además de las técnicas que aprendía en el colegio y, más tarde, en el instituto. De esta forma, llegó a la universidad, donde estudió Bellas Artes. Gracias a su agente y a sus dotes como artista, sus obras fueron contratadas para la que sería su primera exposición formal con solo veintidós años, cuando acababa de terminar su formación.

El día en que se inauguró la exposición, Alicia y Francisco Javier no trabajaron y Clara no asistió a clases en la universidad, donde estudiaba para llegar a ser microbióloga y trabajar en el laboratorio de algún hospital.

Todos los periodistas se encontraban alrededor del cuadro estrella que la famosa pintora Alika Esperanza estaba a punto de descubrir. Su familia estaba a su lado, al igual que su agente, un joven castaño y de ojos azules que era muy talentoso en su profesión, a pesar de sus dos únicos años laborales.

Después de darles a todos las gracias por venir, retiró la tela. Se empezó a escuchar cómo las cámaras recogían aquella pintura, que era la misma que su padre biológico había depositado en el interior del medallón que llevaba puesto. Era el cuadro estrella para una exposición que recibía el nombre de «Recuerdos desde la Esperanza».

MODALIDAD

ALUMNO

BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPERNICO
Diploma

DEMONIO DE LA GUARDA

Primer Premio
(Ex aequo)

CELIA BAENA MATEO

1º BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

Me estaba llevando las pastillas a la boca, pero llamaron a la puerta. No abrí. Esperé unos segundos para ver si volvían a llamar. Sin señales de esos nudillos tratando de crear una melodía, volví a lo que estaba. Pocos milímetros antes de que mis labios tocasen la palma de mi mano, volvieron a llamar. Esta vez decidí abrir, sabiendo que era mi padre, ya que éramos los únicos que estábamos en la casa por primera vez en mucho tiempo. Él siempre está trabajando y la mayoría del tiempo vivo sola. Quería despedirme de él con un abrazo, sin que se diese cuenta de que no iba a volver a ver a su hija con vida después de ese acto. Giré el pomo y abrí la puerta que ocultaba mis secretos, pero no había nadie en el pasillo. Volví adentro.

Era un día lluvioso. A pesar de que la ventana estaba cerrada, se podían oír con claridad las gotas impactando con obstáculos en su camino y el olor a tierra mojada se colaba por las pequeñas grietas creadas por el paso del tiempo en la madera de ébano del marco que rodeaba al cristal.

Cogí de nuevo las pastillas. Las miraba con odio. Con el mismo odio que me tenía a mí misma. Justo antes de dejarlas caer dentro de mi boca, me susurraron al oído: «No lo hagas todavía, aguanta un poco más». No había nadie en mi habitación más que mi alma vacía. No sabía de dónde provenía esa voz. Miraba hacia mis costados, giraba y giraba, pero no encontraba argumentos suficientes que me hiciesen pensar que mi subconsciente no me estaba tomando el pelo. Sólo veía muebles de color blanco sobre superficies oscuras. Sábanas dobladas sin pliegues ni arrugas, estanterías adornadas con objetos sin sentido, adornos minimalistas intentando dar color donde no lo había… Ornamentación creando un equilibrio que daba gusto verlo.

Era muy perfeccionista. Demasiado; odiaba todo lo que era imperfecto. Yo era imperfecta.

Decidí hacerle caso a esa voz, seguramente creada por la pizca de esperanza que aún existía dentro de mí, y no suicidarme. Al menos por esa vez.

Salí a pasear un rato, sin paraguas, para despejarme. Me gustaba la lluvia y no me importaba mojarme. Ya no me importaba nada.

San Francisco me traía enamorada, daba igual si pasaba siempre por el mismo camino, encontraba algo nuevo todas las veces. Vivía en las afueras, no me gustaban los sitios muy concurridos, me agobiaban. Me paré en un sitio concreto. Vi un banco rodeado de árboles frondosos y unas cuantas de flores. Estaba escondido entre la naturaleza, no podían verme con facilidad si me sentaba en él. Todo muy ascético. Me senté con calma, como si hubiese querido no hacer ruido. Prácticamente estaba actuando como cuando te quedas despierta hasta tarde leyendo y no quieres que nadie se entere de la hora a la que te escondiste bajo las colchas.

Me quedé sentada ahí, mirándome las cicatrices que empezaban a desaparecer de mis brazos. Era ambidiestra. No pensaba en nada, sólo observaba la gente pasar. Me gustaba ver cómo actuaban. Todos de una manera distinta. Mi mirada se estancó en una mujer que se parecía a mí. Quizás fuese mi madre. «Ella no fue más que un error». Aún recuerdo a la perfección el tono con el que dijo esas palabras desde el otro lado del teléfono mientras estaba hablando con mi padre. Nos abandonó a él y a mí nada más darme a luz.

Sentí una presencia moviéndose delante de mí. Se sentó en el otro extremo del banco mientras me miraba con una pequeña sonrisa. Ojos ámbar, pelo negro, pestañas largas y abundantes. Labios rosados, cejas pobladas, mirada cautivadora y espeluznante.

Hermoso, sin duda esa era la palabra que lo definía.

—¡Ey!, has encontrado mi sitio secreto —dijo con tristeza fingida. Para ser sincera, no era buen actor.

No le respondí, simplemente le brindé una pequeña sonrisa junto con un fruncimiento de nariz de un milisegundo de duración. Tenía esa manía; siempre que me hacían sonreír en días tristes lo hacía.

No paraba de mirarme. «Yo también puedo leer la mente, ¿sabes? —pensé en mi cabeza». Siempre hacía eso, sólo por si acaso. Me sonrió justo cuando lo pensé.

Me encaminé hacia mi casa de nuevo. No sabía si había sido por «educación», por si molestaba su lectura o por la aprensión que esa sonrisa me produjo.

Me eché a dormir sin haber cenado. No tenía hambre. Esa noche tenía la pequeña esperanza de que a la mañana siguiente las personas que se hacían llamar «compañeros de clase» no fuesen tan crueles conmigo. Como siempre, mi subconsciente me jugó una mala pasada.

—Anda, chicas, mirad, ahí está de nuevo… —dijo Anne con todo el desprecio posible en su mirada—, tan guapa como siempre… Hoy te ves más chamuscada de lo normal, ¿has ido a la playa o algo?

Cada día se metía conmigo de forma distinta. Ese día decidió burlarse de mi color de piel. Sí, era negra. Fue la única cosa que me mi madre me quiso dejar, aparte de dejarme de lado.

Ese día no tenía ganas de escuchar lo de siempre, así que simplemente seguí por el camino en el que iba. Ni la miré ni le dije nada.

Ya una costumbre, me fui directa hacia la esquina izquierda del fondo de la clase. Siempre me sentaba allí porque así les era más difícil verme. Se tendrían que voltear para poder hacerlo, y yo no era suficiente como para que alguien cambiase su postura para observarme, aunque sólo fuera para hacer burla de mi horrible aspecto.

Atendí a las clases como siempre y, de nuevo, en el recreo mis únicos amigos fueron los auriculares y un aparato electrónico que me proporcionase música. A veces me llevaba el móvil, otras el MP4. Dependiendo del día y de cómo me sentía, escuchaba la música de uno de los dos.

Llegué a mi casa, no sin antes haber pasado por las miradas de desprecio que mis compañeros de clase me brindaban cada día. Allí cogí el libro que me estaba leyendo: trataba sobre ángeles de la guarda. Yo en aquel momento necesitaba uno urgentemente, uno que me

ayudase a salir de la situación en la que estaba. Pero claro, los ángeles no existían, ¿no?

Me dirigí hacia el lugar que había encontrado el día anterior. Me transmitió mucha paz conmigo misma al llegar allí, así que decidí tranquilizarme un rato leyendo sentada en ese banco color pureza.

Llevaba un buen rato sumergida dentro de la historia cuando oí la voz de alguien familiar. Alcé la mirada y me encontré con Anne y su grupito de amigas a pocos metros de mí. ¿Cómo lo hacían? Siempre estaban donde yo. ¿Acaso me espiaban? ¿Me habían puesto un chip de rastreo en mi móvil o algo?

Empecé a recordar todo lo que decían de mí. Todo eran verdades: yo era una mierda. No servía para nada, sólo para ocupar huecos vacíos. Intenté ocultarme tras el libro que tenía en las manos, cuando de repente llegó el chico cuyo escondite secreto había descubierto. En aquel momento me transmitió tal seguridad que no fue hasta que mis manos tocaron mi regazo que me di cuenta de que estaba dejando mi rostro a la vista.

Me lo quedé mirando mientras él me oteaba con una sonrisa tranquilizadora. Me saludó sin quitarme ojo y yo le respondí con un tímido «hola» que escondía unas inmensas ganas de pronunciar un «gracias».

Me preguntó por qué me intentaba esconder. Tenía en mente decirle que no era por nada, pero sus ojos me gritaban «puedes confiar en mí», así que le conté por encima lo que me ocurría. Fue como si lo hubiese conocido muchísimo antes, como si hubiese hablado con él todos los días. No solía contarle a nadie mis penas. «Los buitres se abalanzan sobre los animales heridos».

Como se hizo tarde, pensé en irme, pero me sentía muy a gusto hablando con él. Entonces me dijo que me podía acompañar, si quería. Como no vi ningún inconveniente, nos dirigimos hacia mi casa. Le miré de reojo mientras caminábamos. Desde el primer día en que lo conocí notaba un aura a su alrededor que transmitía arcano. Quise saber más sobre él haciéndole un pequeño interrogatorio, pero me respondía a las preguntas que me quiso contestar con un tono no muy convincente. La única información de la que estaba segura era real fue su nombre. Se llamaba Damon. Me recordó a «demonio» en inglés.

Llegué a mi casa y subí a mi habitación. Me sentía rara. Era la primera vez que hablaba con alguien así, con confianza. Era muy duro sentirme sola cada día, era duro no tener a nadie con quien hablar, o pasear, o hacer cosas que supuestamente hacían las personas de mi edad. No sentía nada más que la tristeza que me invadía al recordar todos esos malos momentos por los que pasaba cada día, nada más que el vacío que sientes cuando tomas consciencia de que no tienes a nadie a quien contarle tus problemas, a nadie con quien ser feliz, a nadie que logre cambiar tu presente…

—Hola, Mess —me saludó Anne—, ¿te lo pasaste bien el otro día? —dijo con un tono burlón.

Ya habían pasado unos cuatro días sin ser criticada. ¿Cómo pude ser tan ilusa al pensar que no volvería a pasar?

—Sí, supongo… —contesté un poco incómoda.

—Se te veía feliz hablando sola —dijo. Todas empezaron a reírse como si las hubiesen obligado a hacerlo.

Si a mí me hacían el vacío, a Damon ya lo daban por inexistente.

Volví al banco donde iba todos los días. Esta vez examinando todo con atención. Yo era una de esas personas que sabían cómo llegar a un sitio, pero no sabía cómo se llamaba la calle en la que se encontraba, así que empecé a leer todos los carteles que encontraba en mi camino. Ese lugar estaba en la calle *F20*. «F20 —dije en mi cabeza—. Me suena mucho, quizás lo busque en internet cuando llegue a mi casa».

Damon no se encontraba en él. Desde aquel día no lo había vuelto a ver y si alguien me hubiese preguntado, habría admitido que lo echaba de menos a pesar de que no lo conocía del todo.

Llegué a mi casa cansada y decepcionada. Mi padre había llegado el día anterior para llevarse otra maleta. Le dije que no tenía ganas de cenar y me fui directa a mi cama. Estaba intentando conciliar el sueño, cuando de repente oí unos golpecitos en el cristal de mi ventana. Me asomé y era Damon tirando piedras desde el jardín delantero.

Fui a abrirle la puerta y le dejé entrar. Estaba siendo demasiado descuidada al dejar entrar a un desconocido en casa, pero la confianza que irradiaban sus ojos me decía que iba a estar a salvo.

—Mess, ¿con quién hablas? —me preguntó mi padre.

—Papá, este es Damon, un amigo. — «Amigo» me salió solo.

Se presentaron y Damon se quedó a cenar. Él fue la única persona que me convenció de cenar estando yo en modo depresión encendido. Creo que fue porque él hacía, de alguna manera, que mi decaimiento desapareciese.

Tantos días sin ver a Damon daba lugar a tristeza acumulada, esto a cansancio, y esto a no tener ganas de vivir. La suma de todo hacía que mis días fuesen más monótonos de lo normal.

Bajé a tirar la basura. Esa noche no me daba buenas vibraciones. Estaba pasando por el callejón que unía los contenedores con mi casa cuando apareció un hombre ebrio de entre la oscuridad. Se dirigió hacia mí, así que aligeré el paso todo lo que pude.

—¡Ven aquí, cariño, no te vas a arrepentir! —dijo.

Aceleró el paso, así que empecé a correr, pero, gracias a mi buena suerte, resbalé con una mancha, de lo que parecía ser gasolina, y caí al suelo. El hombre se abalanzó sobre mí. Yo, sin conocimiento alguno de artes marciales, empecé a lanzar patadas y manotazos a todo lo que tenía por delante. Gritaba y gritaba, pero nadie me escuchaba. Hasta en esos momentos era invisible para el mundo. Empezó a quitarme la ropa. Estaba aterrada, no sabía qué hacer. No paraba de manosearme, de lamerme, de empujarme. Logré darle una patada justo antes de que sus manos entrasen en mi ropa interior. Se quedó completamente quieto, mirándome. Yo, paralizada por el miedo, dejé de respirar. Entonces me pegó tal bofetón que me pitó el oído. No podía abrir los ojos, el dolor me lo impedía. Tampoco oía nada, sólo un pitido ensordecedor. Había perdido dos de mis sentidos en una décima de segundo. Intentaba gritar, pero mi garganta se cerraba cada vez que mi boca se abría.

¿Por qué todo me pasaba a mí?

Aquel hombre empezó a maldecir a todo lo que se le pasaba por la cabeza. Yo, tirada en el suelo, lo único que sentía era una gran presión en el pecho. No podía más. Ya me daba igual lo que hiciese conmigo.

No paraba de gritarme. Llegó un momento en que pensé que me iba a dejar en paz, ya que se levantó, pero lo hizo para empezar a pegarme patadas como si fuese escoria. Como lo que era. Entonces llegó Damon, su voz lo delató. Logró sacar a ese alcohólico de allí. No alcancé a ver cómo lo hizo, pero oí golpes.

A veces me asustaba que siempre supiese dónde estaba y que siempre llegase en momentos de sufrimiento, pero en el fondo sabía que él tenía algo que ver conmigo. Casi se podía decir que era mi ángel guardián, como sacado del libro que me terminé hace unos días.

Me sentía indispuesta. No me podía mover. Damon me cargó en brazos y me llevó hasta la calle *F20*. Me soltó en aquel banco y me miró a los ojos. Yo intenté pronunciar un «gracias», pero lo único que se oyó fueron las vocales, mientras que las consonantes se quedaron en un bajo susurro.

Él me observaba. Retiraba mechones de mi pelo y los colocaba tras mis orejas. Miraba con preocupación lo que supongo serían rojeces en mi piel, que pronto se convertirían en moratones. Me miró a los ojos. Sus ojos verde esperanza me recordaban que yo ya perdí la mía tiempo atrás.

—Mess, con respecto a lo del ángel de la guarda… —dijo.

—Sabía que podías leer la mente, esa sonrisa que me brindaste el primer día lo reveló —le interrumpí.

—Vale, me has pillado —admitió sonriendo—, pero te tengo que decir… Tienes razón en una parte. Soy un ángel de la guarda, pero no el tuyo. Tienes un don. Normalmente nosotros no somos vistos por humanos. Tú eres la única persona que ha podido verme desde que estoy aquí.

—Entonces…, ¿por qué me hablaste si se suponía que yo no tenía la capacidad de verte?

—No parabas de mirarme, me seguías con la mirada. Eso no podía ser una casualidad. Te hablé para ver si estaba en lo cierto, si de verdad podías verme.

—Esto es demasiada información que asimilar.

—Perdón por habértelo contado en este momento. Trae, quizás pueda hacer algo con respecto a tu dolor —dijo mientras hacía gestos raros.

Me curó. El dolor desapareció como me habría gustado que desapareciese la tortura que tenía en mi mente.

—La persona que te susurró ese día que no te suicidases fui yo. Tu ángel de la guarda, Felix, me dijo que te cuidara, ya que él no podía estar aquí —me explicó.

—¿Y cómo llegáis aquí? ¿Hay un portal mágico o algo? —pregunté con curiosidad.

—No, eso sólo pasa en los libros. —Me decepcionó su respuesta, la verdad—. Pero nosotros tenemos algo mejor. Si quieres te lo enseño, pero hay que coger carretera.

Acepté su propuesta.

Al siguiente día por la mañana, Damon ya me esperaba fuera de mi casa. Cogí el coche y nos dirigimos hacia un acceso a las afueras. Por suerte, en EE.UU. dejan sacarse la licencia de conducir a partir de los dieciséis años. El camino estaba completamente vacío. Era una carretera rodeada de árboles sin vida, sin carteles que anunciasen el destino.

—¿Sabes? Felix y yo no nos llevamos muy bien —dijo Damon.

La entonación con la que pronunció aquellas palabras no me gustó ni un pelo.

—Él siempre ha sido mejor que yo, y a mí no me gustan las personas superiores a mí. Yo soy el mejor, ¿entiendes?

—Sí… —dije con pavor.

—Y quizás, si él fracasase con la persona que le ha sido asignada, lo desterrarían… —dijo con un toque macabro.

—Damon, ¿qué quieres decir? —dije, intentando convencerme a mí misma de que mis sospechas no eran reales.

—Oh, Mess, sabes muy bien de lo que estoy hablando.

Me cogió de las manos, dejando el volante sin conductor. La carretera cada vez se hacía más curva. Yo, sin embargo, estaba rígida. No

podía ni mover mis ojos. Estaban contemplando mi muerte llegar.

Damon me quitó el cinturón de seguridad. Mi respiración ya no existía y la velocidad del coche iba aumentando debido al empujón que Damon ejercía sobre mi pierna. No cerré los ojos ni por un momento. Quería ver cómo acababa todo, el final de esta historia.

—No quería que te suicidaras porque quería matarte yo —me susurró.

Un choque contra una secuoya. Ese fue el final. Lo veía todo negro mientras un pitido insoportable se apoderaba de mi ser.

Desperté en una habitación blanca. Las luces LED me nublaban la vista. Me llevé las manos a los ojos por instinto. Mi padre, que al parecer se encontraba en una esquina sentado, vino corriendo hacia mí.

—Mess, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

—No —contesté dolorida.

—Mess, me has dado un susto de muerte. Por Dios, ¿cómo te has podido salir de la carretera?

—Para muerte la que iba a sufrir yo. No me he salido yo, me han obligado a hacerlo. Él empezó a comportarse muy raro y decía que me quería matar. Me quitó las manos del volante y lo último que recuerdo es un árbol delante.

—Cariño, ¿de quién hablas? Cuando encontraron el coche sólo estabas tú.

—Damon venía conmigo. Seguramente se habría escapado.

—Mess, ¿quién es Damon?

—Damon, papá, tú lo conoces. Vino un día a cenar.

—Cariño, ¿de qué hablas? Si he estado fuera desde hace tres meses.

—No, un día viniste y preparaste la comida —dije alterada.

—Mess, ¿has seguido tomándote las pastillas que te recetó el psiquiatra?

Yo no quería tomarme esas pastillas. Yo no estaba loca, no entendía por qué me las tenían que recetar. Yo estaba perfectamente.

—Mess… —dijo mi padre con un tono de advertencia.

—Yo iba con Damon.

SUEÑO EN LA CIUDAD

Primer Premio
(Ex aequo)

JUAN PEDRO GUTIÉRREZ MARTÍN

2º BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
Diploma

Capítulo 1: Antonimia

Arreciaba el cortante viento, y la declinación de la tarde se veía proyectada sobre un rojizo horizonte que escondía en el teclado de la clave sonora de la noche una cajita de fuego a la que una deidad en tiempos remotos avino en llamar Sol. Sobre un terreno de espinas, de alambre instituidas y con saliva de hiena guarnecidas, un hombre, condecorado con un orificio que espumaba sangre, agonizaba. Con el rostro apagado, las últimas luces de la mañana de la vida crepitaban en sus ojos, verdes como la maleza entre la que juegan al escondite las ranas y demás anfibios. Poseía un sombrero de ala ancha, de tonalidades glaucas engreídas que imitaban el celeste del cielo y el meditabundo color azulado de las augustas y marianas profundidades. Un río, más bien un efluvio de luminosidad mucosa huía, balbuciente, de sus registros nasales, y sus mejillas, grisáceas, palidecían ante un cúmulo de nubes que formaban un túmulo de rayos encima de su frente (que ya comenzaba a soñar con la muerte). Ataviado con unos ropajes que supuraban cromatismo de nigromancia, con una corbata francesa nacionalizada burócrata y un anillo envejecido que compartía protagonismo en su azotada mano con una miríada de sortijas invisibles, que, sin embargo, pesaban sobre la musculatura corroída de los dedos del adulto asesinado como se demora en la liviandad un piano o un yunque caídos desde los pisos de los suspiros de urbanidad, el muerto no dejaba de morir. Sus zapatos respiraban agua de mar, chapoteaban sobre el cemento y mentían con alientos de polvareda, grababan en la mente una insatisfacción perpetua y gravaban con el aplomo de una montaña que reposa sobre un suelo que no la anhela como compañera en la eternidad. Su límpida faz, sus labios ebúrneos, sus cinéreas mejillas

y su vitriólico cabello, cierta megalomanía amarga rehuía de su tez y alardeaba de soberbias banalidades, como se jacta un mendigo pedigüeño de vítores cuando se pavonea de su resistencia a la escasez de abundancia (aunque sus costillas despidan marmóreos tormentos buscando auxilio por la hambruna convenida). Recorriendo los gozos de carrera en su piel, unas fosas cristalinas enterraban una verde suerte que en el interior de un ataúd yacía. Recordé un escenario por mí muy amado, cuando en las cuencas oceánicas de una mujer adorada me hallaba yo reflejado, como un cesáreo espejo, voluptuoso y misterioso, que me devolvía la fuerza del ánima y me invitaba a una introspección salutífera que, en su evanescente condición, me colmaba de reconocimiento. En ese preciso instante, azotado el cielo por los relámpagos de la clarividencia y sus céreas crines, vime transmutado en ángel o en alguna émula criatura y, observando fijamente a aquel sufriente que sobre la arena de las rúas desfallecía, elucidé una circunstancia que me sobresaltó extrañamente, aquella persona tumbada era yo, yo mismo, mas no mi yo consciente.

Mis membranzas jamás atravesarán las cavernas del olvido en lo atinente a aquella circunvalación de mi espiritualidad estigmatizada, Sofía, nombrada por los ángeles y mancillada por un ínvido Lucifer celoso de su beldad inmisericorde, acariciaba las nervaduras infames y undosas de mi negra pelambrera con unos gusanos movedizos que me cantaban con hipnótica voz certera. En su nemoroso albedrío, aquellos apéndices de las maniobras por tan dulce entidad ejecutadas jugaban infantilmente con los poros de mi dermis y me arrestaban el alimento y los víveres de la supervivencia, con la justicia de sus pestañas omnisapientes satisfacía yo mis plegarias famélicas, y mi sitibunda inanición quedaba derrotaba por el lacustre pantano que del Edén de sus cejas se precipitaba. Materia de las estrellas, polvo del universo, expiración del cosmos, por sostener tus raíces entre mis impíos pensamientos concibo la fiebre del oro en su máxima extensión, siempre enroscada, siempre penitente, sempiterno me mostraría si nunca una cuerda terrible tu cuello hubiera agarrado.

Regresemos a nuestro cuadro de origen. En las periferias de la escena del crimen, la tierra y el asfalto se conglomeraban en su auxilio de dilucidación mutua. Las pistas que conducían al escla-

recimiento de lo que realmente había acontecido se desperdigaban despreocupadamente. Como en estos casos los utensilios e instrumentos incriminatorios actúan ante el juicio de la evidencia como los cervatillos corredores al atisbar un engalanado cazador, obviaré los detalles que requieran de una más amplia concepción del término que ciñe y define a la relevancia y evitaré los casos físicos y metafísicos más aposentados en la lontananza de las repercusiones tangibles e inmediatas que pudieren satisfacer nuestra ansia de conocimiento. Entre la clase restante de rastrojos quebradizos exudados por la vileza del postrer acto de arrebatamiento, encontramos unas astillas de barco bucanero y pendenciero rodeando al cuerpo del delito. Asimismo, en una encrucijada simulada que empuñaba con regio empoderamiento el perfil filoso de un artefacto de escritura, rasgaba los velos venosos de la mano enguantada del difunto una pluma con aspecto usado que se fortalecía con la edulcorada mirada de la nueva luna. Una seguidilla de muebles se había precipitado desde la más alta parte de una edificación presta a los lares en los que acaeció el asesinato. Entre éstos, un escritorio ungido como alcoba improvisada y coronado por un manto de morfina que aletargaba la labor de los arácnidos que planeaban posar sus nidos en las arterias de caoba, un ropero deslenguado y desleído que portaba unas insignias heráldicas ligeramente borrosas y que delataban un constante empeño en revivir las inscripciones pretéritas que alguna vez lo adoquinaron, una mesita de día que se utilizaba exclusivamente durante la noche, los luceros, con un galimatías inextricable de suspicacias adheridas al alma, habían enviado a varios de sus aniñados secuaces a guardar las puertas paradisíacas de aquel antro de ignorancia sórdida. Unas cartas azarosas revoloteaban por el aire inerte e ingrávido, unas cajetillas de tabaco deambulaban por los vagabundos sitios aledaños y unas cruces de metal que hirieron la médula de la térrea madre completaban el paisaje. Yo proseguía en mi avistamiento inmaterial, el futuro, irreal como el pasado empero más pavoroso si cabe, situaba su mano en transformación, pues cobraba forma de brotado cuchillo que apuntaba a mi garganta delicada y anestesiada por el plumífero sistema de atragantamiento del querubín. Flotando, reiterando los peldaños indivisibles de la fecundidad imaginaria, nace de mi ventanal cerebral una fogata que, con sus esporádicas bocanadas,

paulatinamente se va hundiendo en mi hipocampo ácueo. Válgame la existencia y los recuerdos si de este cuento deseo conocer la historia completa. Un único retrato acude a mi enturbiada psique, y ahora temo que donde antes contemplaba la más ínclita belleza serena, ahora sólo reconozca cantos de sirena. No obstante, eso no quiero pensar, las manijas de mi intelecto cerradas a esa comedia se translucen, mas la soledad incandescente me atormenta mientras descuelgo del firmamento que me sujeta estéril y rígido, he de meditar, pues la reflexión, aunque geminada a la inteligencia se traduzca y, por lo tanto, adquiera unas parecidas cualidades y calidades de daño y desesperación, desentroniza las más férreas cadenas o, al menos, logra la nada desdeñable hazaña de aflojarlas y permitir al tobillo sanar, noctívagamente, sus heridas.

El hombre muerto ostentaba una reseña entremetida por el corazón iracundo de la camisa, se asemejaba ciertamente a una clavada empuñadura, sólo la herida abominaba el tono marino ominoso y anegado del paño coriáceo que albergaba en la horca que quedaba engendrada a partir del tornado cuello intranquilo. El rigor del óbito había tatuado aciagas industrias en su cráneo, un mapamundi que separaba, con escisiones de cartabón, las zonas maniatadas de un complejo orbe incompleto que se desvivía en el penoso descubrimiento de un continente olvidado, el cual, con ecos licnobios de impacto solar, correspondía con la fase cenital de su cabeza, con la coronilla resentida de psicosomáticos dolores. Su careta humana, como ya referí en previas líneas de soliloquio, idéntica a la mía reposaba. El colorido ungüento en el que nadaba su iris reflejaba la misma capacidad etérea de adentramiento que mis ojerosos labios de captación de imágenes. En su perfilado icono se intuía un enrojecimiento cauteloso y tempestuoso, un carbúnculo volcánico, una ignívoma pirotecnia, un ladino mazacote taimado que avanzaba con dilación debido a la disipación de la oposición. Diminutos seísmos nerviosos florecían de su tierna y recientemente encrespada carne (en efecto, se asemejaba la circunstancia a un engaño lampante, pues los rencores de la vida y los epilépticos azotes no se correspondían con el tiempo que el cadáver llevaba soñante de monotonías sobre el puente de los espejos de grava, sobre la piscina de arcén), unos médicos con máscara de tiburón escudriñaban los

elíseos aires del salón y se aproximaban al cubículo no restringido que ornamentaba la prosopografía de aquel fallecimiento. Tentando, histriónica y parsimoniosamente, se encaminaron hacia el proceso de extracción del arma de negra sangre que succionaba las tripas del estómago del muerto. Al sonsacar de la carnaza el artilugio matador, diéronse cuenta los especialistas quirúrgicos de que el cuchillo se hallaba casi enteramente despuntado, mas no se alarmaron en absoluto, sino que, consecutivamente, se vendaron los ojos con las palmas ateridas de sus manos raquíticas y se dispusieron a tergiversar en el metaverso de un procedimiento ético reprochable, pues, sin hesitar en demasía, éstos emprendieron una suerte de juego o apuesta sucia y deshumanizada, de ésas que exclusivamente pueden entremorir entre el cívico ajetreo y las casas en ruinas, entre las factorías terroríficas que surgen en la mente de un suicida mientras contempla los rascacielos inusitados e insólitos justo antes de abandonarse a los trepidantes brazos (o brazadas) de la caída. Estos sujetos, aleccionados en la insensibilización, se taponaron los ojos e intentaron adivinar si el asesinato, a causa del puñal deshojado, más cruento en su mordacidad ocurrió o si el causante del suceso fúnebre fue, en efecto, la acción de otra clase de materia, de otro tipo de artefacto.

Parecía que no advertían mi presencia durante los instantes en los que comentaba y sobrevolaba la escena (o esquela), no obstante, mientras desentrañaban al difunto y lo apuntillaban mortíferamente con sus despiadadas miradas, no lograba evitar, quizá por cercanía anatómica con el hombre sin respiración, palparme observado. Los sabuesos mordedores depredaban los recodos de los muros y las cáusticas pinceladas de los artistas del tedio. Entró por la puerta (de marco hundido, clavijas chirriantes y dentadura postiza) un doctor, con bata esmaltada, pero sin lavar, con el tono de blanco de los dientes que traviesan piélagos de hebdómadas sin embargar la raspante usura del abrazo de un cepillo, enjugada en uso, carente de todo cariño, proximidad, óleo, tacto, enero, oreado, primor o primavera. Saturnino el adulto, rebanando la noche plutónica y sus sálicas riberas, que fungían de plumas graznadoras, progresó hacia el exangüe cuerpo, al cual, a partir de este momento, llamaremos «Escorpión», por su ennegrecida estirpe de ponzoñosos líquidos y

por el veneno sulfuroso en el que parecían sumergirse sus extremidades (que ya iban adquiriendo y patentando la aurora violácea que, como friso purpúreo, vacilaba renqueante por sus pies y talones). A medida que el más importante médico posaba sus estimulantes manos sobre la fría corporeidad de mi yo insensible, más presentía que los hilos indisociables que me unían al cielo se robustecían, como una cadena de férrea animosidad me apretaban los tobillos, pensativos e imbuidos en una opilación dubitativa. Como los jóvenes al mantener el equilibrio, fijé mis córneas encuadernadas en un punto inflexible, el rumor de un apéndice venéreo chapoteando en el ponto batía sus grandes alas ante mi inefable impresión. Me inmiscuí en mi espíritu, descansé como una efigie gélida, paralizada, creí entonces que, aunque tornara a dejar reposar mis piernas sobre la superficie terrena, no podría volver a caminar, mi propio peso, confundido en una simbiosis entre el hierro y el óxido, me lo impediría.

No nos desviemos, empero, tiempo poseemos, posiblemente, junto con el calor procedente del núcleo terrestre, la estulticia de la lengua cuando ésta invisible se deslengua, la estolidez de las papilas gustativas cuando sólo la soledad en su agria personificación recogen en su pesebre y la arena hiperbolizada cuchicheando como las negruzcas guerreras de la invasión en su lauto hormigueo, se muestre como el único elemento que nos sobra. Aun así, hagámonos un favor y anclemos la brújula de nuestra atención en la línea de narración por lo que me guiaba hasta hace unos segundos. Ya la recuerdo, el erudito se encontraba a escasos pasos del difunto despatarrado y su veredicto se preparaba para expulsar por medio de la palabra en el acta redactada, adelante pues, aventurémonos a continuar. El profesional doctorado analizó con rutinario interés el cadáver, tras ciertas ojeadas despreocupadas, un silbido de lechuzas, un flaqueo trémulo por la tensión y un despegue de las plumas que Escorpión tenía en una mano, el médico se alzó sobre la envanecida compostura y, con timbre amargo por ginebra enderezado y reverberación sónica que hizo desviar los sónares de los murciélagos que naufragaban en el sótano de aquel convento, sentenció, árido como las caricias del desierto y mustio como la flor del mal maldito: «Ha sido muerto a causa de quince ataques profundos y consecutivos con el cuchillo sin

filo encontrado en el lugar de los hechos. Apuñalamiento continuo hasta perforar la piel, además de una mutilación posterior en las periferias circundantes al foco de daño principal, corte regular, sello de rebanadas que, a pesar de lo ardoroso y animalesco del delito, indica una aureola de premeditación y devaneo que delata la condición calculada del asesinato. Un caso ambiguo, sin duda, exclusivamente me atrevo a catalogarlo, desde un punto de fuga subjetivo y superficial, como un arrebato pasional, instigado, quizás, por un amorío frustrado, o por una pérdida de irresoluble involución llevada por un descabalado rocío de ignominia y descalabro, de desengaño, propiciado por la píldora intelectual de la más honda mezquindad. Como una acotación ulterior a la efectuación de la capitulación, me pluguiera decir que la víctima presenta en su silueta una forma de hemisferio derecho, una especie de estigma engendrado bajo el fuego de una cuña impasible, que embriaga la fementida travesía de sangre primordial, asimismo, se mantienen vivos registros de unas punzantes marcas de dientes que subyacen en la epidermis de las manos. Como nota adicional estas aclaraciones deben interpretarse debido a que, según el lucífugo embelesamiento del parecer, la admiración del proceder y las pruebas pertinentemente realizadas, las mordeduras no guardan relación alguna con la ejecución material del crimen».

No existían restos del advenimiento de un segundo individuo implicado, no estaba el suelo regado de pistas o insinuaciones y no se veía como una posibilidad tangible el recabar datos para forjar una estadística habilitada para ayudar en lo concerniente a arrojar luz sobre el robador de la sapiencia, sobre el verdugo, sobre el asesino, sobre el delincuente (probablemente, tan acostumbrado a delinquir que cometió el más grande error que jamás pudo irradiar, ya que, al no sembrar ciertas materias de incriminación en los lares prestos al tablero del mental juego de destape, había llevado a cabo una maniobra absolutamente pulcra y envidiable, mas eso, antes que suscitar un halo de esperanza para el ejecutor del asesinato, había inoculado su firma directamente en el último extracto de papeleo de aquel macabro acontecimiento y de su sentencia de pena, de pena de la muerte).

Capítulo 2: Diversificación

Salía, desamparado, del hotel donde habíamos quedado, para después salir a explorar las calles en la silente noche y despertarnos con la alarma incipiente del véspero la mañana siguiente, en algún gremio situado en cierta colina con incierta ropa floreada y desayunando con ayunas de vil griterío y cacareos derretidos en la rósea aurora. Pero, por algún motivo que desconocía, ella no se había presentado. La esperé, como esperan las agujas del reloj, en su movimiento inerme, a que transcurran las marras de los días de intersección enhiesta, abrí mi desabrida boca hasta engullir una manzana pestífera que exudaba una fauna de mortíferas saetas en su roído corazón, las tenazas de los edificios nublaban mi raída existencia y el sombrero me dejaba sin circulación en las sienes de la testa. Depredé, parasitario, el prado depravado de las alfombras terráqueas del salón de recibimiento, ascendí y descendí las escaleras de dinamismo mecánico y ánima de roble y anudé mis sentidos a las alas aletargadas de la cinta elástica que me repelía con picaduras de electricidad efímera. Dolido y toqueteado, como un violín por un pésimo músico insultado y ensartado en su orgullosa muralla expugnada por la vulnerabilidad de la sensorialidad, escapé en la búsqueda de mi tiempo perdido, contraté los servicios de un arca que gravitaba entre los charcos de la llovizna contumaz que había acaecido la jornada anterior y me mojé la sal de mis ojos hechos estatuas en la tremebunda reinterpretación de un rojo licor pensado para aminar los desatinos de la concreción (y la corrección). En el fugaz guiño de los lapsos en su crisálida en el que a inyectarme en la sañuda presencia interior del automóvil que en el emolumento de su conductor hallaba las minas inacabables de su combustible (como todos) me predisponía, asistí, impertérrito, a una visión, a una aparición hectoplasmática, un organismo celular había otorgado los manjares de la vivificación a la otredad de lo vacuo, y ésta se había resarcido de la inexistencia con la vectación de un sujeto que, en su motricidad y su relampagueante brillantez, exhalaba un exorbitante amaño de sensaciones. Se asimilaba a un hechizo, a una ensoñación, a un

espectro, un fantasma pululante, un quebrantahuesos despreocupado, un lívido pasajero en el exorable tren de la ciudad, un circuito que olvida su final y reinicia su principio con decadente asiduidad. Transmitía dejación y desprendimiento, aquella persona mantenía algo extraño en su aspecto, algo que me recordaba a mí mismo, pero no sabía distinguir de qué se trataba exactamente. Una gorra confusa, unas pisadas difusas, unos andares sobrios y bamboleantes, una frente ensanchada, un cerebro que, desde la lejanía, se percibía privilegiado, unos receptáculos ópticos que delineaban inteligencia y propiedad y una notoriedad extrarradial que escrutaba la atención de cualquiera espectador que observase su caminar. Me giré sobre mí mismo, no con una tornada regular, vulgar y silvestre, no, sino con una torsión irrepetible de la que el más fiel secuaz de Atenea se hallaría fervientemente maravillado, y miré fijamente mi hotel. Desde el último piso hasta la bajeza de los mismos, la atmósfera respirada atraía a los felinos callejeros (que no de la calle) y alimentaba con historias de bohemia embutida en jeringuillas de dudosa condición higiénica a los cánidos transeúntes, perfectas víctimas para los cándidos cantos de las carteras de las serias fábulas residentes en los territorios periféricos. Me hospedaba en un Cuatro Estaciones que, por razones de presupuesto, se había desvelado abocado a despedir a tres de los periodos que componen un año según el calendario juliano y se apropió de uno solo, el otoño. Nunca quedaba en la piel enmudecida el grato trato frígido del invierno helado, ni del estío tórrido, ni siquiera de la fertilidad glacial en ciclos glorificada, sino que el protagonismo íntegro de aquel lugar se translucía batallando entre los escalofríos caóticos de las afiladas carpetas arbóreas en su desfallecimiento, de las cortinas de los arroyos transcurriendo como corren las cosas que no poseen demasiado sentido y que dirigen su vasto y cansado arrullo a la desembocadura (donde habita el olvido). Opté por seguir a aquel hombre que se había transfigurado, en unos segundos y para mí, en un catalizador de mi ansiedad y en una obsesión de mi nerviosismo compulsivo, que me inspiraba ideas y me ofrecía sustento para obligar a mi imaginación a inquirir en la divagación. Proclamé la apertura en las puertas cambiantes del restaurante y esculpí cámaras en los murales de cuadros que pintaban la insustancialidad y la alevosía con maestría innegable, pedí

amablemente al camarero de atenta faz que me sirviera un cazo de la mineralizada gruta de los milagros vitalicios y me vi reflejado en el metal destripado del mostrador. Una cicatriz inestable desnudaba mi rostro y pude entrever, con claridad meridiana, que unos musculosos acertijos me susurraban. El homínido pensante y galopante se había evaporado, un topacio se instauró en sustitución de la lámpara multicolor que aliñaba la planicie de la techumbre y un pitido sordo e inquisitivo comenzó a atolondrarme. La fatiga acudía a mi garganta cuando corroboré la hora con mi confidente ahorcado, me encajé la chaqueta expeditivamente y escapé, con velocidad impronunciable, del local, sin pagar, pues me di cuenta de que, verdaderamente, no había solicitado nada, y nada me habían traído los encargados como respuesta a mi inmutabilidad.

Al salir por la bocanada de humo cenicero que exhalaba con flagrante virtuosismo ennegrecido la puerta del restaurante pintado de neón, se abrió ante mí, como un libro de difícil lectura en el que se entremezclan los tintes y los alfabetos, una calle mareante y sudorosa, embriagada hasta el extremo de la desorientación en el tiempo y el espacio. Hundí mis zapatos en el suelo relativo, cambiante y mudable, se escuchaban susurros lacrimosos en los recodos de las fúnebres avenidas y los cuervos se apareaban con las cigüeñas para entretener al sombrío cielo deprimido con eugenésicos y grotescos relatos de monstruos inexistentes. Con las zancadas despegadas del talón, la cúspide de la testa carbonizada por la cefalea incombustible y el sentido de la abnegación retransmitiendo en un diferido redefinido, salté entre unas ciénagas que parecían charcos y e incauté unas hachas que a cuernos de animal sagrado se asimilaban. Triste, exhausto, abotargado, como un cefalópodo, con el cerebro en la planta y las enaguas del caminar encerradas en la memoria olvidadiza, atisbé mi razonamiento y observé el continuo transcurrir de los números impasibles por las casas que iba dejando, somnoliento, atrás. Con la vagancia que transporta la depresión en su interior, divisé las rojas alfombras que adoquinaban la entrada a mi mansión, clausuré los ojos y me dejé llevar por la caída horizontal, los imanes de la promisión me reportaron confianza momentánea, una imperturbabilidad lejana que me conmovió y me transportó hacia el timbre bendecido, con una suave mano incierta,

un dedo suspirante que trazaba surcos en el aire de circuito revestido, y una muñeca resquebrajada que vertía su hoto sobre el vientre de una más pequeña niña de porcelana, llamé a los portones de mi propiedad, quizás esperando una respuesta que sabía que no iba a encontrar.

Al conocer que, efectivamente (y como había sospechado desde un primer momento), mi apartamento apartado vacuo se deshilachaba, saqué la contraseña que en mi bolsillo yacía e intenté emplear mis más afinados y afilados métodos de adivinación para intuir qué llave cabría en la cerradura y cómo me las ingeniaría para introducirla y desencriptar la maquinaria de engranajes que conspiraban en el centro del núcleo de la ecuación de precisión. Finalmente, la tarea no se mostró tan ardua como imaginaba en una primera instancia, hallé la empuñadura metálica correspondiente y quedé inyecto en la soledad pasiva de la habitación principal. El salón exhalaba cintas flamígeras y mortíferas, las cortinas descansaban sobre el aparador y las fotos, rotas, sobre la superficie escandalosa se desparramaban. Un espejo, de proporciones gigantescas, en el suelo se expandía, ocupando, con regia prepotencia, la totalidad de la habitación y otorgando una suerte de redimensionamiento a mi morada que derivaba en una apreciación ampliada del espacio grácilmente definido en su cortejo corto. Seguía devanándome, pensando en aquel espectro que había percibido, ¿qué lo hacía tan parecido a mí mismo? Me interesaba conocerlo, mis elucubraciones de fijación subvirtieron sus largos tentáculos y se introdujeron en una concepción hilvanada de las pasiones que en mí despertaba aquel individuo. Lauca camisa, chaqueta de algodón, sandalias de tirano diminutas y escamas de ratón. Lo veía en diversos lugares, en los parajes desérticos de la aridez existencial, en las dunas de las cataratas jorobadas, en los cementerios de los que entresalen manos putrefactas que reclaman la resurrección, en bosquejos olvidados de las fantasías avejentadas de Europa, en los edificios indómitos de las somníferas fragancias contrapuestas de la modernidad, en los gatos que mían en las puertas de los convenios de sabios, en las sectas secretistas en el ocultismo agazapadas, lo dibujaba en los planos arquitectónicos y lo trazaba, imaginario, paseando por la acera que en frente de mi casa se encontraba. Sofía proseguía incólume

en su desaparición forzada, mi sustento vital se dirigía hacia las espinosas costumbres del maltrato obsesivo. Las voces, frugales y ensordecedoras al mismo compás, gritaban como inocuos timbres en las arcas de mis paredes desvencijadas, y el ordenador, como una carcasa desanimada que se enciende por el reconocimiento de la sordidez en la falta de agitación intelectual, me guiñó un ojo y me trajo de nuevo a la realidad.

Sobre la pantalla del aparato, un lema nació y el suspiro de numerosas ventanas abiertas me reconoció como a un ente cercano. Murió entre las pestañas emergentes un documento alargado que pretendía representar un pasado perdido, los recuerdos regresaron pavorosos a mi memoria enajenada. Las palabras que allí abundaban por mí mismo habían quedado dispuestas, los párrafos aglutinados por mí en su aglomeración subsistían. Intenté recobrar la compostura, deshacerme de mis delirios, mirar al frente con orgullo y meditación, quemar las retinas del astro rey en un intenso duelo, en un reto del cual obtendría una ardorosa victoria, no obstante, en ese preciso instante, un fantasma tornó a aparecer ante mis ojos. El hombre que antes me había encontrado, junto a mi dulce diosa blanca, a las plumas de mi almohada y a las hadas de las construcciones meridionales. Junto con mi sabiduría áurea el individuo derrapaba por las avenidas pedregosas, y ella, lacia y atestada por los tormentos de la metamorfosis de su dueño, se dejaba llevar, como unos mantos sin peso recayendo sobre los vehículos de un imperio comercial. La computadora detuvo su funcionamiento, y las células nerviosas de mi mente desaparecieron ante mis fatuos e impotentes marcos de piel en su eterna resolución inacabada, y salí, como un resorte, hacia el exterior, abandoné la casa en la que me alojaba indefinidamente, resquebrajé, un poco más, el espejo que descansaba como una nieve blanca esperando su matinal beso y avisté a los dos sujetos doblando las esquinas, jugando con ellas como una táctica de papiroflexia en mi perjuicio. No podía permitir que girasen esa última calle, los hubiese perdido para siempre si así se diese el caso, los perdería para siempre, los perderé para siempre si así ocurriese. Remando por las islas del olvido, los náufragos me susurran tramas y los vehículos escupen chistes de petróleo, los quioscos, encendidos, regalan los periódicos y las ratas leen las

revistas y los clásicos de la literatura universal a mi paso. Con sus bigotes me acicalan el cuello desnutrido, pasarán de la avenida y los perderé en la siguiente en la postrera hora de las rúas, artificios y engaños extienden una escisión entre nosotros. El rubio pelo suelto de esa nórdica deidad mujeril, esa hombría, ese carisma en el hombre desconocido, se alejan de mí a medida que me aproximo. Parábolas del universo, dejadme con vida para perseguirlos y para revivir este instante en el recuero y en la eternidad. Me acerqué a su vera mortecina y encontré a ese sujeto junto a Sofía, le pregunté por su nombre, mas ellos seguían caminando, parecían no comprender mi presencia, mi pregunta o mi idioma. Me expresé más claramente, agarrando un corcho vítreo de una celebración antepasada que en un callejón en mi carrera había hallado, y cuestioné de nuevo, «¿quién eres? ¿cuál es tu nombre, género, identidad o anhelo?». El individuo proseguía enmudecido, mas un apenas perceptible hilo carmesí empezó a despuntar desde la comisura de sus tercos y cosidos labios. El azulado globo tomó la parte por el todo, se desvirtuó y ofreció su maleta repleta de realidad deformada a mi punto de visión, ante mí, un convento penumbroso, un monumentalismo decaído, un corazón malherido por quince espadas y quince preguntas y unas cuerdas que me atacaban desde el cielo. Pugné contra ellas, las corté, pero nacieron de nuevo otras de más gruesa índole, conseguí deshacerme de las que penetraban mi cráneo y desnortaban mi cuello, sin embargo, mi sapiencia cristalina, en las primeras había caído, dejando reposar su beldad infinita, su fragilidad de rosa atemporal en el ahorcamiento de las sierpes engendradas por el mismo Júpiter antropófago. Las lágrimas de mis venas succionaron mi espíritu y, en consecuencia, mi memoria, había muerto, había quedado condenado a observar los lamentos rutinarios de los profesionales al estudiar y catalogar mi cadáver y de los fatídicos y falaces familiares que todavía poseía. Hasta que me enterraron no encontré la paz, bajo tierra, donde mi relato para siempre pervive y donde vosotros, mis hermanos de viscosa visión de la realidad, mis acompañantes de ceño torvo, rezaréis a la negra tierra por lo que reste de tiempo.

Capítulo 3: Sinonimia

Y me lanzarán tierra, y las flechas se estrellarán contra mi barco inabarcable, todas las esquivaré, con gracia y elegancia volátil, con aerífero aleteo, con el pico abrasado en la penumbra de la consciencia y con los brazos extensos flameando sobre los céfiros que dormitan y sobre las pánicas flautas que acompasen mi senda. Los gusanos, muerte embotellada en viscosas fragancias, triquiñuela de la vivaracha naturaleza para la expiación de los cadáveres languidecientes, ya han penetrado las perforaciones granuladas y se aproximan a visitarme, escucho de nuevo las rocas arrojadas y las partículas de barro amontonándose sobre mí, las ausculto, cada vez más diáfanas, cada vez más imperecederas, pero yo me mantendré aquí, contando historias, para el resto de mis días, para el resto de los días de todos los entes en el cerúleo globo, *per secula seculorum*, y hasta que un enemigo más voraz y feroz que la muerte me divorcie de la eternidad.

Descanse en paz: Hombre de los mil misterios. Muerto durante una Tormenta.

—Bueno, bueno, bueno…, generaciones han pasado y el final del cuento sigue invariable. ¿No te harías un grato e inmenso favor alargando la prosa o buscando un final alternativo? La narración comienza a mantenerse inmóvil y no puedo evitar entrar en el adormecimiento de la repetición cada vez que plasmo mis oídos en tu voz- comentó una larva blanquecina entre las rocas.

—La verdad nunca aburre, compañero, es atemporal. Como el mismo tiempo, no se sumerge en el espacio, como el mismo espacio. Y cuenta tan bien una falsedad guiaba por la mísera imperfección de la percepción humana que miente tan bien como la mejor mentira. No me atrevería jamás a modificar o a cuestionar mi historia, pues mi memoria me dicta

los párrafos y mi voluntad, sedada, no actúa para cambiar ni una sola coma en ellos- respondió el hombre muerto.

Prosigue resoluto, difunto. El relato es lo único que pudisteis robarle al celeste reino en su ancestral momento, aunque, en su respuesta vengativa, os despojaran de la inmortalidad y os condenaran al reposo hasta la llegada de las entidades superiores a los Dioses. En este ataúd posarás tú tus columnas. En cuanto a nosotros, nos basta servirte de alcoba pues, vive la naturaleza, hicimos algo mucho más imperdonable que robar la capacidad de transmitir historias. Nosotros, los seres arrastrados y de ínfima existencia, condenados a las brasas del núcleo estamos, quizás por ser hijos de la serpiente original, condenados por el deseo de escuchar y por el poder de la búsqueda del conocimiento. Sea como fuere, bajo el manto de subterránea agua que reside bajo nosotros, hay una gran mentira que esconde magma, y roca, y fuego- explicó la cama del yacente.

El ruido de la tierra sobre la sepultura cesó durante unos instantes. Al cabo de diez minutos, reapareció.

ÍNDICE

Presentación
Líneas imaginarias 7
(Juan Jesús Aguilar Osuna)
Agradecimientos 10

MODALIDAD INTERNACIONAL
Andrés Morales rotger - Segur de Calafell (Tarragona)
Aromas de arena (Primer Premio) 13

Ernesto Tubía Landeras - Haro (La Rioja)
El más inútil de los marineros (Segundo Premio) 31

INTERLUDIO
Juan Jesús Aguilar Osuna
Rojo Amazona 49

MODALIDAD ALUMNO
1º y 2º E.S.O.
El tiempo se acabó 61
Lucía Carmona Piña
(2º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

Demencia de amor 67
Ángel Gómez Rodríguez
(1º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

3º y 4º E.S.O.

La condena de un alma triste 77
Irene Bueno Oterino
(3º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

Esperanza 87
Ángela del Rocío de la Rosa Ruiz
(3º E.S.O. —I.E.S. San Fulgencio, Écija)

BACHILLERATO

Demonio de la guarda 105
Celia Baena Mateo
(1º Bachillerato — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

Sueño en la ciudad 115
Juan Pedro Gutiérrez Martín
(2º Bachillerato — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
UNIVERSALICAS
LIBERALICAS
HUMANICAS
ÉCIJA

AMPA
RONDA DE LAS
HUERTAS

PAPELERIA
BEATRIZ

SERRANO
Rafael Serrano Zurita

LIBRERÍA-PAPELERÍA-JUGUETERÍA
COPISTERÍA-IMPRENTA RÁPIDA
MIGUEL DE CERVANTES 7
955 902 723
DAVIDSERRANOCRESPO@GMAIL.COM